

CAPÍTULO IV

Los medos y los persas.

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Los fértiles pastos de la extensa llanura de Media, que subiendo hácia el Norte, se pierde poco á poco á lo largo del mar Caspio en barrancas boscosas y en plataformas elevadas, cubiertas de árboles, habrán seducido muy pronto la poblacion que llegaba del Este y aconsejádole á vivir más intimamente junta en unas moradas fijas. La silvestre, novelesca naturaleza del Noroeste, donde unas praderas abundantemente regadas alternan con montañas desiertas y estériles, que se reunen en algunas partes con las fuentes de Nafta y los lagos salados, en un conjunto de paisajes variados, debian despertar en ella una más espiritual actividad. Los recién llegados deben haberse reunido primero en las partes centrales de la Media, que gozan siempre de una risueña primavera, donde las frutas más sabrosas prosperan en un clima dulce y benigno, cambiando su primitivo sistema de vida errante en otro más tranquilo y social.

La tradición pinta á Media como un reino organizado. Habla principalmente del rey de Media Farnos, al lado del mítico rey de Asiria, Nino. Recuerda las guerras que tuvieron lugar entre estos dos monarcas y la caída de Media, bajo la soberanía asiria. En 700 años ántes de J. C., libertándose los medas de ese pesado yugo, que tan largo tiempo habian llevado, aparecen en la historia como pueblo independiente y activo.

Se ve Dejoce á la cabeza del Estado, cual soberano libremente elegido por el pueblo. Con inteligente firmeza y severo espíritu de orden, reunió el reino, que, como parece, estaba amenazado por la anarquía, le impuso leyes fijas, restituyó al Estado de Media, que habia sido aniquilado, su antiguo y respetado esplendor, y amparó el país al exterior por medio de construcciones militares. Durante su reinado, que fué de cincuenta años, logró con su sabiduría, y además con próspera suerte, elevar Media á ser otra vez un Estado poderoso é independiente. El sucesor de este enérgico restaurador de la soberanía meda, su hijo Fraorte, apoyado en tal herencia, pudo ya emprender conquistas. Apoderóse, penetrando victoriosamente muy en el interior del país hácia Oriente, de los territorios persianos, que probablemente estaban entonces poblados solamente por algunas tribus aisladas. Media, favorecida por las invasiones que habian efectuado las hordas del Nordeste y por el decaimiento de la gloria asiria, habia llegado á la cumbre de su brillo y de su fama, bajo el rey Cyaxares. Desde que hubo aniquilado Nínive y que Media se alió con el reino de Babilonia ya independiente, fué con este último la potencia principal del Asia anterior.

Entónces levantóse el pueblo de los persas. En su país, generalmente silvestre y montuoso, habia guardado sus primitivas sencillas costumbres, tan favorables al valor y á la fuerza, sin ceder á la influencia de la molicie enervante, que poco á poco habia penetrado en la Media. Las desnudas montañas en el Norte, que se juntan con distritos desiertos y estériles, los cuales se extienden hasta las fronteras medas y partas; las sierras escarpadas y casi inaccesibles en el Oeste, los infértiles arenales á orillas del mar, no podian contribuir á hacer menguar las fuerzas de la poblacion. En el interior del país, en un espacio relativamente limitado, en los valles rodeados de montañas, que se elevan

á manera de terrados, y abundantemente regados, podía y debia desarrollarse una más elevada cultura. El valle de Schiras, el más favorecido por la naturaleza, en el cual parece reunida toda la vegetacion de Persia, donde en la primavera las más hermosas flores derraman su exquisito perfume entre bosques de ciprés y mirtos, era muy limitado para el conjunto de la poblacion, ni podía tener más influencia que una espiritual y vivificadora para el alma. Quedó, pues, aquel pueblo, á consecuencia de las condiciones locales, fuerte físicamente y espiritualmente despierto.

Las diferencias climatéricas que, para decirlo así, repartian el territorio de Persia en tres secciones, reconocíanse tambien en sus habitantes. Los persas, despues, como se cree, de haberse separado en tiempo muy remoto, de los índios, con los cuales no formaban más que un solo pueblo, y haberse apoderado de aquellas campiñas donde vivian como pastores, habian llegado á vivir, parte como en tiempo antiguo, parte como labradores, formando tribus, establecidas. La mayoría estaba compuesta de robustos nómades, cuyos recursos eran la caza y el producto de sus rebaños. Las tribus establecidas tenian la mayor autoridad, que es la consecuencia de una más elevada cultura; pero tambien entre ellas se conservaba la patriarcal division de las castas, una especie de nobleza más ó ménos distinguida. A la cabeza estaba la raza de los aqueménides. Tambien los reyes de Media habian, segun la antigua costumbre de Persia, entregado á los miembros de aquella familia el gobierno del país, y tenian algunos de ellos como rehenes para asegurarse contra la rebelion del pueblo. En tales circunstancias Ciro, hijo del aqueménide Cambises, sátrapa persa-medo, fué criado en la corte de Media. Animado por el pensamiento de libertar á su pueblo, enterado del decaimiento de los medos y de la debilidad del rey Astiages, logró persuadir á los persas al levantamiento que causó la ruina del reino, quedando Ciro único soberano (550 antes de J. C.). Alentado por la victoria, sostenido por sus vigorosas tribus, continuó á avanzarse en los países occidentales. Como cuerdo general, activo y firme en sus empresas, sometió las tierras del Noroeste de Asia y los países de las costas del Mediterráneo; luego se estableció firmemente en Siria, y derribó el reino de Babilonia, que acababa de recobrar su antiguo esplendor. Los hebreos

llá prisioneros, le acogieron con júbilo; él les concedió volviesen á su pátria (538 antes de J. C.). Dueño entonces de toda el Asia anterior, llegó hasta el Cáucaso y los países orientales á orillas del Jaxartes.

Un tan extenso, poderoso, colosal Estado, tan rápidamente conquistado, fué la herencia de su hijo y sucesor Cambises. Este anhelaba continuar en sí mismo la gloria y la fama del padre, y dirigió las armas contra Egipto; peleó allí con próspera suerte; sus hazañas estuvieron coronadas por la victoria; tuvieron al contrario un éxito infeliz en Etiopía. Una revolucion de los magos, que estalló en su propio reino, le obligó á volver precipitadamente, y sucumbió en el regreso. Dario, hijo del gobernador persa Istaspe, colocóse á la cabeza del Estado, amenazado por una discordia general. Diestro y mañoso, valeroso y enérgico, logró reanudar las provincias divididas y frenarlas por el miedo. Con previsora sabiduría trató someter las tribus de la opuesta orilla del Mar Negro, hordas errantes que estaban siempre amenazando al Sur. Juzgó oportuno atacarlas por el lado del mar. Sin aguardar que estuviese enteramente dispuesta la innumerable armada que se necesitaba para aquella empresa, llevó al resto de su ejército consigo, atravesando el Bósforo sobre un puente gigantesco. En Bisancio, por primera vez pisaron los persas el suelo de Europa.

El éxito desdichado de esta campaña, que tuvo por consecuencia una excursion en las costa de Grecia, no pudo desalentar el enérgico y activo ánimo del monarca, el cual con un nuevo ejército en seguida se dirigió hácia el Este. Las victorias que allí alcanzó aumentaron desmedidamente la extension del reino. Despues de haber sabiamente ordenado las reglas para gobernar tan ensanchado coloso, establecido en todas partes gobernaciones de sátrapas y en su propia corte el ministerio central, á pesar de una segunda infeliz empresa contra Grecia, abandonó la vida como el más glorioso héroe del Oriente. Con él murió el temible poder del Este. Su hijo y sucesor fué Jerjes, cuyo objeto era someter á Grecia, lo que no habia podido lograr su padre. Entró en aquel territorio con un ejército tan numeroso, escogido entre todas las poblaciones de su inmenso reino, que nunca se habia entónces oido hablar de un tan innumerable conjunto de fuerzas. Pero la superioridad de la inteligencia en los amenazados, triunfó de la masa de fuerzas materiales.

Aquel ejército, compuesto de tantos millares de guerreros, fué dispersado, aniquilado, y sirvió únicamente para abonar el suelo de Grecia y asegurar á su pueblo una fama duradera, una formidable grandeza. Jerjes no poseía el espíritu de su padre: acobardado y debilitado por el fracaso de sus ambiciosos designios, entregóse desde entónces á los placeres, á la molicie y á la pompa, para lo cual le facilitaban los medios los inmensos tesoros de su reino. Siguieron su ejemplo muy pronto las personas principales de su corte. Tambien para Persia empezó el acostumbrado espectáculo especial de Oriente de la fuerza menguada por el lujo y los placeres. El Estado, sabiamente organizado por el rey Dario, llegó á ser tan solo una administracion de sátrapas. El mismo rey sucumbió finalmente víctima de una mezquina intriga de serrallo. Su sucesor fué Artajerjes I Longimano. Este tentó en balde impedir la separacion del Estado de las ciudades de costa del Asia Menor. Dario II se vió obligado á aliarse con el Occidente y á acoger en sus tropas soldados extranjeros. En los reinados siguientes de Artajerjes II y III no aparecieron más que relámpagos de la antigua gloria de Persia. El despotismo cruel y bestial de este último habia causado en el pueblo una corrupcion general. Bajo Alejandro, el Macedonio, el más esforzado monarca de Grecia, el Oriente poco á poco quedó sometido á este país. Las batallas de Ixos y Arbela contra Dario acabaron de arruinar y aniquilar el poder de los soberanos persas (entre 336-330 ántes de Cristo). Solamente algunos restos relativamente escasos del arte antiguo de Persia se han conservado hasta hoy día, ruinas de aquellas terribles catástrofes. Consisten en escombros de edificios, que se elevan en el interior de Persia, á manera de grupos, sobre los collados de los valles. Monumentos de las antiguas residencias, las ruinas de Pasargada y de Persépolis son las más notables; estas últimas sobre todo, pues ofrecen una clara idea del antiguo traje persiano en general, siendo, como las ruinas de los palacios asirios, cubiertas de varias esculturas. La campiña de Media posee bastante mezquinos restos del tiempo antiguo. Únicamente en el Norte del reino, en el moderno Azerbeidschan, algunos montones de escombros proporcionan unos pocos testimonios que consisten en algunos varios objetos. Como los persas, segun refieren los autores antiguos, poco á poco llegaron á

poseer la cultura y á imitar las costumbres medas, los monumentos que han dejado generalmente desquitan por la falta de los de Media.

EL TRAJE

Exceptuando una escultura de relieve que se considera como el retrato de Ciro, el cual adorna la parte anterior de una pilastra del antiguo palacio de Pasargada y recuerda en la ejecucion el sistema del arte asirio, las demás dejan reconocer una mezcla singular de varios estilos. Así como el traje de la citada figura es parte asirio y parte egipcio, indicando una estrecha relacion de los persas con aquellos pueblos, así la forma artística en las imágenes monumentales persianas aparece compuesta de elementos asirios y egipcios. Ni domina en ellas la pesadez amanerada, casi convencional, de las esculturas asirias, ni la regla fija, segun la cual las figuras de relieve egipcias, aunque elegantes y esbeltas, estaban ordenadas las unas tras las otras, en la misma actitud y faltas de animacion y de vida. Reconócese tambien en las figuras persianas la generalizacion de la forma natural; pero parece ser esencialmente causada por la pobreza de imaginacion en los artistas más bien que por una ley establecida exterior, que mandase no apartarse de un sistema fijo. Como todas las esculturas que se han conservado, en el mismo modo que los bajo-relieves egipcios y asirios, tenian por objeto un ornamento arquitectónico, y como sin excepcion debian únicamente representar la vida ceremonial de la corte, no podian los artistas traspasar ciertos límites, á consecuencia del asunto, y por ello mismo tienen algo de tieso. Miéntras los artistas debian conformarse por una parte á la simetría que requieren los edificios en la distribucion de las figuras y de los grupos, por la otra estaban obligados á reproducir el profundo reposo que reinaba en la corte persiana, en sus obras figuradas.

El sistema artístico persiano es, para decirlo así, la frontera que separa el oficio del arte. En él y por primera vez hay un más elevado sentido del plástico desarrollo en los pliegues. En el retrato de Ciro contentáronse todavía los persas como los asirios, con los contornos de la forma, dejando á parte los pliegues; al contrario en las imágenes

monumentales de Persépolis, se reconoce claramente el deseo de animar el contorno por medio de los pliegues. Esto se ve sobre todo en las figuras que tienen una actitud de movimiento, en las simbólicas representaciones de luchas de los soberanos contra las fieras, mientras que en las figuras en actitud tranquila, los pliegues son todavía simétricos y sumamente tiesos. El traje ceremonial, muy rico de pliegues, acaso causaba esa monotonía, siendo distintivo característico del mismo traje, que tampoco bajo el punto de vista del arte debía sufrir alteración ninguna. Solo vacilando se habían acaso atrevido los escultores a esculpir los pliegues con naturalidad, y debían contentarse con trabajar lo más importante, la forma, pues el adorno encargábase á los pintores. Es cierto que las imágenes monumentales persianas, también las partes arquitectónicas, estaban adornadas con pinturas de varios colores, como entre los egipcios y los asirios; testimonio de ello son las relaciones entre los persas y aquellos pueblos, y además algunas huellas de pintura que se encontraron entre los citados escombros.

Las inmensas riquezas y los tesoros de toda clase que les proporcionaron sus victorias sobre los pueblos vecinos, el señorío sobre todos los países adelantados desde muchos siglos en la industria y el comercio, pronto los familiarizaron con sus artículos de lujo, y, como acontece todavía entre pueblos primitivos, pero capaces de cultura, luego cambiaron su antiguo traje sencillo y desprovisto de adornos con la variada pompa de los vencidos.

El traje de los antiguos persas estaba relacionado con las condiciones climáticas del país, y sus primitivas ocupaciones, la caza y la cría del ganado, consistía, en un principio, sencillamente en pieles que cubrían el cuerpo.

Algunas tribus, que no habían recibido influencia extranjera, conservaron en todas las épocas del reino aquella vestidura, es decir, se cubrían las piernas con pieles y llevaban una capa formada también con pieles. Sin embargo, el trabajo necesario para que esa materia se cambie en verdaderos trajes llevó muy pronto la vestidura nacional, que cubría enteramente el cuerpo.

Este antiguo traje persiano, enteramente de cuero, según testimonios escritos, consistía para los varones en calzas, faldas y cintura, luego

una suerte de gorra y un sencillo calzado. Cuando los persas vencieron á los medos, Ciro introdujo en su alcázar, con el refinado ceremonial de la corte meda, tambien el traje de Media, y causó una relacion ceremonial entre la vestidura y el rango de las diferentes clases. El vestido medo fué distintivo entónces de los principales personajes. El monarca obsequiaba con una tal vestidura á sus favoritos; aquel traje separaba á los empleados de corte de las personas de rango inferior.

Quedaron éstas con su vestido de pieles, y este traje continuaba tambien en la servidumbre de la real casa. Ningun pueblo fué más inclinado que los persas á adoptar costumbres extranjeras; así no bastó á sus soberanos introducir costumbres y traje de Media. Extendiéndose su dominio sobre los países orientales y occidentales, tomaron de sus habitantes lo que convenia á su aficion para la pompa exterior. De los reinos del Asia Menor, de los lidios y frigios, de los asirios acostumbrados al lujo, y de las cortes babilónicas, hasta de las tribus del Nordeste imitaron el uso de tener esclavos para servirlos y ciertas particularidades del traje, que añadieron parte al antiguo traje persiano de los empleados de corte inferiores, parte á la vestidura meda de los superiores, como distintivos del rango y de la dignidad. Así el citado traje de cuero fué reemplazado por otro de igual corte, pero de más blanda materia; el antiguo sombrero por una gorra semejante á la llamada gorra frigia; en lugar de las apretadas calzas de cuero entraron una suerte de calzones anchos y botas, parte de traje que recuerda los países del Nordeste.

El único parecido que tenia el traje medo con el persiano consistia en lo que ambos cubrian enteramente el cuerpo. Por lo demás, estaba compuesto de anchas y largas vestiduras, superiores é inferiores, que ocultaban cualquier defecto en las formas, preciosos zapatos y no ménos rico tocado de cabeza. Unos escritores ménos antiguos nos informan que era parte del completo traje medo un abrigo á manera de capa y calzones. Sin embargo, mezclaban acaso lo persiano con lo medo, ó miraban sólo en imitar el lujo del tiempo ménos antiguo. Puede ser que los monarcas persas hayan adoptado aquellos trajes por la materia, que era comunmente una lana muy fina y, como es muy probable, tambien una fuerte seda purpúrea ó parda, ó encarnada oscura. Aquellos testi-

monios escritos y las imágenes monumentales de Persia demuestran que el traje medo era muy amplio, con anchas mangas, y tan largo que formaba cola y debía recogerse ó en los lados, ó delante y detrás, sujetándole debajo de la rica cintura, para dejar más libres los movimientos. Así formábanse esos simétricos pliegues derechos y diagonales, que la plástica persiana siempre estuvo obligada á imitar. Si los pliegues de las anchas mangas fueron expresados de la misma manera, la causa era sin duda la citada conveniencia y no la realidad. Sin embargo, en algunos casos, en los cuales la situación lo permitía, no dejaron de imitar la naturaleza con más libertad.

Las personas que más se acercaban al soberano, los más distinguidos entre ellas, que pertenecían, durante la dinastía de los Aqueménides, á sus familias y á las demás de la nobleza, y eran un crecido número de empleados, llevaban, como queda dicho, desde el tiempo de *Ciro*, exceptuando la servidumbre inferior, un traje medo. Entre éstos estaban comprendidos los que cuidaban las vestiduras reales, los médicos, los cocineros, los que preparaban los bálsamos, los que dirigían las cuadras y los caballos, luego los guardianes de los perros, los tapiceros, los barrenderos, los criados que ponían la mesa y partían los manjares, etc. No podían cambiar su traje ordinario por el traje medo, sino cuando el mismo monarca se lo enviaba como prenda de favor y adelantamiento. La diferencia en la vestidura de la nobleza no se limitaba al traje medo de color purpúreo, sino consistía, especialmente para los descendientes de los Aqueménides y los parientes del rey, que ocupaban el mismo rango, en el derecho de llevar un tocado de cabeza adornado con la faja real azul y blanca. Los empleos más elevados de la corte pertenecían exclusivamente á esta clase de nobles; á estos siguieron después el empleado que llevaba el látigo, la sombrilla, el bastón y la silla del rey, luego los eunucos encargados de velar sobre las mujeres y generalmente los camareros del monarca. Los distintivos de estos últimos consistían en un traje de corte de color menos precioso, en los útiles ricamente adornados que llevaban, y en los donativos de honor, cadenas de oro, brazaletes, armas, etc.; también calzaban lujosos zapatos de media, formados de cordones, y se cubrían la cabeza con gorras llanas, adornadas más ó menos con ornamentos de oro.

Además era costumbre en Persia llevar armas en la corte y hasta en la presencia del rey, aunque el respeto para la majestad mandase cubrir las manos con las mangas del traje.

Nadie hablaba al monarca sin poner la mano delante de la boca para que no le tocara el aliento. Los criados que debían por su oficio acercarse más á la real persona, llevaban continuamente una especie de capucho que ocultaba la boca.

Si el rey, introduciendo la vestidura meda como traje de corte, había tenido por objeto inspirar veneración en el pueblo para él mismo y para los que lo rodeaban por medio de vestidos majestuosos, no podía ménos, como representante del supremo poder, de llevar un número de insignias que distinguiesen al monarca de todos los demás. Estos objetos se aseguraban contra la profanación por medio de una ley, que castigaba severamente cualquier persona se atreviese á llevarlos.

Las insignias reales, introducidas por Ciro, que á la pompa reunían toda la elegancia del lujo oriental, quedaron distintivos de sus sucesores, pero cambiaron algo en el curso del tiempo. Alejandro el Macedonio, cuando amenazaba ceder á la pompa y á la molición asiática, cambió, á lo ménos en parte, su sencillo traje griego por la rica vestidura del soberano persa.

Dejando á parte el retrato de Ciro en Pasargada, cuyo traje es una mezcla asirio-egipcia (aquella imagen lleva un traje régio muy difícil de describir), pertenecía á la vestidura ceremonial un vestido inferior purpúreo con una raya blanca perpendicular muy ancha, que partía del cuello y prolongábase hasta los piés, luego una capa purpúrea, calzónes encarnados, zapatos preciosísimos con suelas que aumentaban la estatura del monarca, y en fin la tiara. A esto se añadía un preciosísimo adorno, collar y brazaletes enriquecidos de brillantes, rubíes, esmeraldas, etc.; el conjunto de este traje, especialmente en la época de la mayor afición al lujo, tasábase en 12,000 talentos (11.250,000 duros). Para completar el traje de ceremonia era necesario un cetro de oro, que tenía la forma de una larga vara, las barbas rizadas á lo asirio, á manera de escalones, luego el acompañamiento de los empleados que llevaban la sombrilla, las armas, etc., y de los demás criados de corte con la régia guardia del cuerpo.

Entre las citadas prendas de vestir, algunas de las cuales se ven representadas en un mosaico de Pompeya, lo que más caracterizaba al monarca era la capa, el color purpúreo y la raya blanca del vestido inferior. Otra diferencia, pero menos esencial, consistía acaso en la preciosidad de la cintura y en un riquísimo bordado de oro. Las reales vestiduras estaban cubiertas de bordados que representaban halcones y buitres, los sagrados pájaros de Ahuramasada. Es cierto, sin embargo, que alguna vez los grandes principales se honraban con los mismos régios distintivos, pues está escrito en el libro de Ester: «Mardoqueo salió de la estancia del rey con la real vestidura, de color de púrpura azulado y blanco, llevaba una grande corona de oro (tiara) y una capa blanca y encarnada; y la ciudad de Suzan se alegraba y jubilaba.»

Los calzones y las polainas, como queda dicho, eran de color semejante al de las otras vestiduras, pero más claro. Parece no han sufrido mudanza alguna durante todas las épocas; no sucedió así para los zapatos que, como observan varios escritores, eran muchas veces de color de azafran. Heliano refiere que los monarcas persas, desde el tiempo que tuvieron posesiones en la India, estaban aficionadísimos á llevar trajes cuya materia de maravilloso resplandor sacábase de aquel país. Eran, á lo que parece, blancos tejidos delgadísimos de algodón. Diodoro dice que Alejandro habia adoptado la real faja persiana, el traje blanco resplandeciente, la cintura y demás joyas de los persas, que habia despreciado la amplia capa y los calzones, y que habia honrado á sus más favoritos con vestidos guarnecidos de púrpura.

Parece que el tocado de cabeza especial de los monarcas persas habia sufrido mayores cambios en la forma y en los adornos que los trajes de ceremonia. La tiara de Ciro estaba rodeada por una diadema. Es muy probable que se pareciese á la corona asiria ménos antigua, la cual se ve en los monumentos de Khorsabad y de Kujundschnik. Puede ser fuese diferente la *Kidaris* que llevaba el mismo monarca y pasó á sus sucesores. Consistia, como tocado especial de Dario, en una especie de gorra tiesa, de forma cónica y una faja que la rodeaba, formada por dos cintas, la una purpúrea, la otra azul, torcidas á manera de espiral; á veces las cintas eran la una blanca y la otra purpúrea. Mucho tiempo duró esta forma del régio adorno, semejante sin duda á la de su som-

brero tieso, de varia altura, rodeado de cintas y aros de oro; la misma se usaba todavía en la época persiana-griega. El mismo Demetrio Piliórcetes llevaba un sombrero semejante con faja bordada de oro, cuyos cabos colgaban más abajo del cuello.

Los monarcas persas probablemente limitábanse, en la vida particular, como los principales dignatarios, al traje medo y al abrigo de anchas mangas, llamado Kaudys, sin tomar en cuenta la tiara y el cetro. El Kaudys se abría por delante en toda su longitud, y podía cómodamente servir de capa; las aberturas de las mangas eran bastante anchas para poder recogerlas enteramente y sujetarlas en la cintura. Esto se usaba especialmente en el combate y á la caza, para dejar mayor libertad á los movimientos.

La afición profundamente arraigada en los monarcas persas, no ménos que en los asirios, para las partidas de caza peligrosas, habia despertado el deseo de armarse convenientemente en tales ocasiones. Cualquiera que acompañase el rey á la caza (las personas que componian el séquito real eran innumerables) debia ir provisto de un arco, un carcaj, dos venablos y la espada, ó en lugar de estos últimos, un hacha y un pequeño escudo. Los cazadores que seguian al rey repartíanse en dos categorías: los ginetes y los peones. El rey, rodeado por su guardia particular, iba siempre á caballo. Sin embargo, en algunas ocasiones, sobre todo cuando se trataba mostrar su personal valor, se apeaba y acometia la fiera con escudo y espada. Era una gloria imperecedera haberla vencido y matado: así sucedia en el tiempo de la fuerza de aquel reino. El mismo Dario no habia despreciado pusiesen en la inscripción que debia decorar su tumba la noticia que él era el mejor jinete, arquero y cazador invencible.

Tal afición de los reyes persas no quedó sin ser eternizada por los escultores. Entre las imágenes esculpidas en Persépolis hay representadas escenas de caza como símbolos de agilidad y fuerza físicas, más bien que, como comunmente se supone, como símbolos religiosos. Algunas entre ellas ofrecen la más antigua forma del traje medo inferior, y esto es tanto más probable, porque es acertado suponer que éste solo tenían puesto en el combate contra las fieras, necesitando una entera libertad de movimientos.

Era el traje inferior una larga camisa sin mangas. Pero el citado cuadro en mosaico y algunas monedas del tiempo de Dario prueban que en época ménos remota ese traje tenia mangas cortas ó largas y estrechas, que llegaban á la muñeca: ¿quién sabe si ambas formas se usaran desde la época de Ciro?

La organizacion interior del coloso persa, cuyo real fundador debe considerarse á Dario, descansaba en una oportuna reparticion del país en satrapías ó gobiernos, cuyos hilos administrativos reuníanse en un ministerio central. Su jefe supremo era el rey. Cada sátrapa tenia su propia corte, semejante á la del monarca y relativamente no ménos espléndida y pomposa. Las mismas dignidades, los mismos empleos, caracterizados por los mismos exteriores distintivos, se encontraban, como en la del rey, en la corte de cada sátrapa. En el más exacto sentido de la palabra, los sátrapas eran soberanos de rango inferior.

Despues de estos príncipes, que formaban los más importantes quicios del gobierno de Persia, y cuya ocupacion era recoger los impuestos y gozar con decoro de sus riquísimas rentas, parece que la clase de los verdaderos empleados ocupaba un rango muy inferior. Era esencialmente una institucion, cuyo objeto limitábase á asegurar el regio dominio, á estar enterada misteriosamente de todo lo que pasaba y velar, observando especialmente el juego político de los sátrapas. Los empleados, encargados de este oficio, indicábanse con un nombre característico; llamábanse el oido y el ojo del monarca. La naturaleza misma de su empleo no permitia ostentaran distintivo alguno. El encargo ménos misterioso de otros empleados, entre los cuales se pueden contar los miembros de la policía ejecutiva, los de correos, institucion de Dario, los de impuestos, permitia insignias exteriores. Limitábanse éstas sin duda á donativos de honor, otorgados ó por los sátrapas ó por el mismo rey, como recompensas de servicios. Eran comunmente, como hemos varias veces indicado, vestiduras medas, armas y joyas, que únicamente llevaban las personas favorecidas con semejantes regalos. Claro es que tales adornos, procedentes de la corte, debian favorecer y desarrollar el deseo de exteriores distintivos, y despertar en el mismo pueblo la aficion para los ornamentos lujosos y brillantes. Las noticias de antiguos autores sobre los medios que empleaban los persas para adornarse, son

testimonio de la rapidez con que se generalizó tal inclinación, á lo ménos en las clases elevadas. Relatan que muy pronto fué adoptada la costumbre asirio-medea de teñir con color negro las cejas, con afeites la cara, y de arreglar el cabello á imitación de esos mismos pueblos. Por lo que se refiere al arreglo de la cabellera, igual cosa atestiguan las imágenes monumentales, pues entre ellas el rey solo lleva largas barbas, los empleados de corte y los guerreros más cortas. Usaron también los persas las pelucas y barbas postizas de los asirios y medos; y á tanto llegó su aprecio de las barbas, que las cubrían con una suerte de bolsa.

Las preciosas alhajas con las cuales adornábase los reyes y sus deudos, procedentes de los países conquistados, eran comunmente pesados collares y brazaletes de oro; mas raras veces pendientes-anillos; sin embargo, tales también encontraron los que acompañaban á Alejandro en la tumba de Ciro. Se llevaban también muchas sortijas, que servían como sellos para cerrar cartas y cajones.

Si á pesar de este amor al lujo, despertado y desarrollado tan pronto en el pueblo, este permaneció por mucho tiempo fuerte é invencible, y pudo subyugar á todas las naciones vecinas, esto débese atribuir parte á su vigorosa primitiva naturaleza, parte á la corrupción y decaimiento de sus adversarios. No era fácil triunfar de la fuerza natural de un pueblo montañés: no podía debilitarse su vigor mientras se ejercitaba en la actividad guerrera. Los lujosos trajes no podían ser para él más que preciosos juguetes en cuya variedad se entretenía. En un tiempo de primitiva fuerza, en que el mismo soberano no descansaba ni se adornaba sino cuando el áspero trabajo del campo lo obligaba á ello, los guerreros persas no rehusaban, á pesar de sus lujosas vestiduras, entregarse activamente á los más pesados y hasta más sucios trabajos militares. Después del reinado de Jerjes, quedó menguada la fuerza del pueblo. Cuando los reyes al caballo prefirieron la blanda yacija, cuando llegó á ser la molición su objeto y los hijos de los sátrapas los imitaron, el mismo ejército llegó á ser una masa desarreglada y despreciable. Así se arruinó la base y el poderoso sostén del estado persa.

EL EJÉRCITO

Ciro, juntando las varias tribus en una sola fuerza, había establecido los sólidos cimientos de la fuerza militar, y habíala poderosamente organizado por medio de sus victoriosas batallas; el ejército, pues, llegó, bajo el reinado de Dario, á la cumbre de su desarrollo.

Ciro queria que una gran parte de sus guerreros fuesen perfectos ginetes; ellos formaban una seccion especial del ejército. Luego fortaleció los carros de guerra, hasta entónces construidos muy poco sólidamente, y armó con fuertes corazas á los guerreros que en ellos combatian. A él se atribuye tambien la formacion de una caballería de camellos, y la construccion de poderosas máquinas de guerra y pertrechos para sitiar las plazas fortificadas.

Estas y otras mejoras, imitadas de los pueblos vecinos, especialmente la muy notable de una seccion de caballería en Persia, donde escasean los caballos, favorecieron naturalmente á Dario. *Ciro*, á causa del ensanchamiento siempre creciente del reino, se habia visto obligado á dejar en los países conquistados guarniciones especiales bajo el mando de determinados jefes; esta medida, por el siempre mayor engrandecimiento del Estado, habia llegado á ser todavía más necesaria para su sucesor victorioso. La natural consecuencia fué el desarrollo de un ejército permanente y su organizacion sumamente extensa. Quedó abolida la caprichosa reparticion de las masas que hasta entónces se habia usado. En su lugar fué establecida una acertada reparticion de las tropas en masas iguales por el número, llamadas divisiones superiores é inferiores. Hubo tambien progreso en la fabricacion de las armas, convenientemente repartidas segun el espacio y segun su objeto.

LAS ARMAS

Los persas, durante el tiempo de su vida nómada, en el cual eran cazadores ó pastores, tenian armas sumamente sencillas. En algunas tribus consistian únicamente en cortos cuchillos y largos lazos. Así se

armaban los sagartos, los cuales, ménos sometidos á influencias extranjeras, parece no hayan conocido otras armas tampoco en últimos tiempos. La poblacion más civilizada llevaba, al contrario, especialmente venablos, y sobre todo arco y flechas.

Bajo el reinado de Ciro se habia perfeccionado tambien esta armadura. Entónces los guerreros llevaban armas largas y cortas, necesarias peleando de cerca. Al mismo monarca se atribuye la introduccion de las armas defensivas. Sin contar las citadas corazas, destinadas á los guerreros que combatian en los carros, se cree haya provisto de semejante amparo tambien una parte de los soldados de á caballo y hasta sus cabalgaduras.

Las preciosas armaduras de los vecinos pueblos sometidos, especialmente de los medos y asirios, habian proporcionado el mejor modelo. Más tarde se adoptaron asimismo diferentes piezas usadas por otros pueblos; de los egipcios, por ejemplo, se tomaron sus antiquísimas corazas de lienzo. En la Sagrada Escritura se citan, como partes necesarias de la armadura de un guerrero, además de la coraza y del escudo, el yelmo, la cintura, las polainas, un arco y treinta flechas, una honda con igual número de piedras, un cuchillo (puñal ó espada), una clava y una lanza.

Entre las armas defensivas, figuradas en los monumentos persas, se ve únicamente un escudo de forma especial, cuya altitud es de cerca tres piés. Muy parecido á un violin, corresponde perfectamente al escudo que más tarde se llamó de *bootes*. Como estaba probablemente hecho de madera con una fuerte cubierta de pieles para darle más fuerza, le pusieron en el medio un disco de metal con chapas. Solamente una parte de la guardia real llevaba tales escudos. El número infinitamente mayor de los soldados persas (pues de ellos aquí únicamente se trata), usaron en el curso de sus guerras los varios escudos de juncos trenzados de los asirios, y tambien sus escudos redondos de metal y de cuero. Los guerreros, en el mosaico de Pompeya, se ven armados con semejantes defensas. Todavía son el arma principal de las tribus persas. Estrabon recuerda una cubierta de escudo de forma redonda, que se usaba en el ejército de Persia en los últimos tiempos. Tal recuerdo está acaso ilustrado por una escultura hecha en un escollo en Bavian; en esta escul-

tura, conocida hace poco tiempo, está representado un escudo de forma análoga.

El arma defensiva para amparar la cabeza, que fué más generalmente adoptada, consistía en una especie de sombrero, acaso de cuero. Desde su niñez, los persas estaban acostumbrados á llevarle, uso que Herodoto esplica por la mayor debilidad de su cráneo comparado con el de otros pueblos. Además de esos, que más bien podrian llamarse gorras, algunas divisiones llevaban la tiara asirio-meda (la tiesa), otros la citada gorra frigia inclinada hácia delante, la cual cubria el cogote y las orejas, y se sujetaba debajo de la barba. Tal gorra se llamaba Kirbasia, pero tambien se pudiera admitir que tal fuese el nombre de la tiara comun. Para resguardarse del viento y del polvo se usaba poner, ó debajo ó sobre la gorra, un pañuelo, arreglado de manera que cubria al propio tiempo el cuello y la boca. Solamente los guerreros de pesada armadura y los jefes, parece hayan llevado yelmos asirios-medos. Eran estos comunmente de bronce ó de hierro; los generales y personas principales á menudo los llevaban ricamente dorados y adornados con blancos penachos de crines ó de plumas.

Las varias piezas de la armadura defensiva para amparar el cuello, el pecho, la espalda, etc., estaban, segun el objeto militar del que las llevaba, y su rango más ó ménos elevado en el ejército, sometidas á mucha variedad, especialmente desde Dario. La armadura defensiva de los ginetes que pertenecían á la regia escolta, había ya sido arreglada por Ciro segun el modelo extranjero, es decir, el medo. Consistía, exceptuando el aparejo del caballo, en una coraza de lienzo egipcio-asiria ó en una asiria de metal, hecha á manera de escamas, un yelmo, brazales y polainas. Los caballos tenian varias piezas de armadura, las cuales cubrian y amparaban la frente, el pecho y los ijares.

Los peones de la escolta del rey iban armados de un modo análogo, pero con más ligereza. Las más numerosas masas de guerreros, al contrario, llevaban la ordinaria vestidura persiana de cuero; sin embargo, era á veces pintada de escamas.

Las armas ofensivas originarias del país, el venablo y el arco, parece no hayan mudado notablemente en el curso del tiempo. El primero era un palo, el cual tenia de 6 á 7 piés de longitud; estaba hecho de

una asta muy dura, y remataba en una punta á manera de lanza, de hierro ó de bronce; aquella arma era conveniente para arrojar y tambien para descargar golpes. Solamente en las guerras que sucedieron en tiempo ménos remoto, empezóse á usar lanzas más largas. Habrán correspondido á los venablos lidios del Asia Menor, y á los venablos egipcios más modernos, de cuyas grandes dimensiones hablan Herodoto y Jenofonte. El citado mosaico de Pompeya, además de varios testimonios escritos, demuestra que en los últimos tiempos los guerreros persas servíanse casi únicamente de tales lanzas mayores. Encuéntrase tambien en ese mosaico un arma arrojadiza, que debe sin duda ser persiana, provista de puntas.

El arco quedó el arma principal de Oriente, tambien durante el dominio de los persas. Ciro especialmente cuidaba se ejercitasen mucho los soldados en el manejo del arco, que siempre quedó fiel compañero del persa libre, el cual parecia hasta en el régio alcázar sin abandonarle. En Grecia habia llegado á ser célebre y generalmente conocida la destreza de los arqueros persas.

El arco comun persiano era de palo muy fuerte ó de músculos de animales. Su longitud era de un pié y medio hasta tres. A veces se llevaba sobre el hombro y estaba descubierto, á veces encerrado en un ancho estuche, colgando de la cintura al lado izquierdo. El arco del rey, encerrado en una riquísima caja, iba llevado por un empleado especial, el cual seguia al monarca. A pesar de su gran tamaño y preciosidad, que consistia principalmente en las ricas doraduras, el arco persiano nunca llegó á la fuerza de los arcos que usaban los etíopes, pues los guerreros persas tampoco podian servirse de ellos.

Por la descripción del estuche que encerraba el arco, se puede congeturar que el mismo estuche fuese á la vez el carcaj que contenia las flechas. Cuando el arco no estaba provisto de caja, entónces el carcaj con las flechas estaba separado del arco, y colgaba del hombro por medio de una correa. Uno de esos carcajes estaba acompañado por un azote de varios cabos. Las flechas eran de caña, con puntas de bronce ó de hierro, y con un ligero adorno de plumas.

Los persas desde la época de Ciro, llevaban, además de los citados venablos, clavos de batalla, hachas y guadañas; parece fuesen estas

armas asirias, y eran las armas preferidas de los sakos. Se usaban también martillos dobles de forma especial, con mango corto ó largo, y sobre todo espadas y cuchillos-puñales. Especialmente estos últimos no solamente eran usados por todos los grandes persas, sino que eran la más preciosa de sus alhajas.

La espada que llevaban los soldados comunes se parecía á un puñal, y su longitud no pasaba de un pié. Era derecha, bastante ancha, de dos cortes, y se llevaba, colgando de una correa, al lado derecho. Es probable que los persas conociesen y utilizasen la fuerza de los cuchillos encorvados: entre ellos acaso se puede colocar el arma llamada *copis*, de la que hacen mencion algunos antiguos escritores.

Parece que las espadas de oro medas, que llevaban los persas en la batalla, pero no en tiempo de paz (pues que entónces las llevaban unos criados siguiendo á sus amos), y también algunos puñales asirios, fuesen encorvados. El último Dario solamente, como imitador de las armas macedónicas, introdujo las espadas derechas, que no iban en zaga á los citados sables encorvados, por los riquísimos adornos, que sorprendieron á los mismos griegos, los cuales los consideraban el más precioso botin. Dario III, en la batalla de Ixos, ostentaba una espada ricamente adornada con piedras preciosas, colgando de una cintura de plata; la espada de Cambises, que sin duda no debía ser ménos, le causó á él mismo la muerte, pues, habiéndose desatado el adorno de oro del forro, la punta quedó libre y le hirió mortalmente.

Los soldados persas abandonaban la honda y el lazo á las tropas auxiliares y á los prisioneros. El persa libre imaginaba rebajarse usando tales armas vulgares.

El estandarte del reino era un águila de oro, el pájaro sagrado de las Escrituras. Era la bandera de los Aqueménides. Además de esta insignia, universalmente venerada, que siempre precedía al ejército, las diferentes divisiones ordenábanse en derredor de otras especiales, acaso igualmente simbólicas.

Los movimientos de las tropas se ordenaban además, en las marchas y en los combates, por medio del agudo y retumbante sonido de los cuernos y de las trompetas. Estos instrumentos daban también la señal, desde la tienda real, del principio de la batalla, lo que no podía

sucedier, según una máxima religiosa, antes de la madrugada. Es verosímil que, como en los ejércitos de Media y Asiria, tampoco en el de Persia faltasen músicos especiales para animar á los guerreros durante la marcha.

La repartición del ejército se había reducido á una división decimal. Había cuerpos de 10,000 hombres; cada uno estaba dividido en 10 batallones de 1000 hombres; y cada batallón en compañías de 100 hombres. Los que mandaban la tropa así repartida eran generales de división, coroneles, capitanes, oficiales, oficiales inferiores, etc.

La masa de los guerreros, sin contar la marina, que fué añadida más tarde en las guerras sucesivas, se repartía en peones, ginetes, guerreros en los carros, y en divisiones de armas pesadas y ligeras. Desarrollándose la caballería, especialmente desde el tiempo de Darío, fué poco á poco disminuyendo el uso de los carros de guerra, hasta que finalmente los generales solos y el monarca los usaban como emblemas de la suprema dignidad en el mando.

La caballería ligera y pesada tenía el arco además de la espada y del escudo. La primera tenía la citada coraza de lienzo ú otras de metal ligeras, hechas á manera de escamas; los guerreros de la segunda, al contrario, llevaban las pesadas armaduras ya descritas. Además, estaban provistos de las armas ofensivas de las tropas ligeras y de largas lanzas. Los caballos también estaban pesadamente armados.

Después de la caballería, que desde Darío formaba la fuerza principal del ejército, los soldados de á pié se repartían en guerreros de armadura ligera, espada, arco, venablo, y á veces escudo, y guerreros de armadura pesada, coraza entera, sable, hacha, guadaña. A la primera categoría pertenecían los soldados armados de honda.

Muy rica y pomposa, especialmente en los tiempos ménos antiguos, era la vestidura de los ginetes, como los principales en el ejército, vestidura que llevaban parte debajo, y parte sobre la armadura. En el conjunto parecíase mucho á la del mismo soberano. Consistía en dobles calzas ricamente adornadas, doble túnica con mangas, la cual llegaba á las rodillas; estaba forrada de color blanco, y era exteriormente de varios colores; en el verano, se usaba también una capa de color claro ú oscuro, y en el invierno una con dibujos de varios colores; en fin,

unos dobles zapatos muy ricos completaban este traje. Riquísimos adornos aumentaban la pompa del conjunto. Esquilo llama ejército dorado al de Jerjes, y el astuto Cimon engañó á los aliados de Grecia con los adornos de los prisioneros persas. Se ha atribuido la riqueza de los ginetes á las provechosas compras de adornos persianos, que adquirieron de los etotas ricos de botin, pero ignorantes, despues de la batalla de Platea.

El centro de todo este lujo era especialmente la guardia real. Imitación de una costumbre meda, fué introducida por Ciro, y desarrollada más y más por sus sucesores. Su número era cerca la décima parte del ejército. Se repartía en 2,000 ginetes escogidos, 2,000 lanceros á pié, y 10,000 peones, los cuales, llamados los inmortales, formaban la defensa y el espléndido acompañamiento del rey. Se distinguían particularmente los 2,000 lanceros, que llevaban parte el traje meda, parte el persiano, por venablos adornados en la extremidad inferior con bolas de oro ó de plata; las extremidades de las lanzas de 9,000 entre los inmortales estaban adornadas con granadas de plata, las de los otros 1,000 con granadas de oro. Algunos llevaban cortos cetros de oro.

Exceptuando las citadas divisiones perfectamente organizadas, el ejército entero, que en ocasion de guerra debia levantarse en todas las provincias del reino, formaba naturalmente una mezcla de especialidades nacionales. Llegando ese formidable torrente humano, al cual juntábanse en el camino numerosas tropas atrasadas, á las fronteras enemigas, pasaba una reseña general. Claro es que los equipajes solos, que tomaban la delantera, eran de grandísimo bulto. En el buen tiempo antiguo, cada guerrero tenia la obligacion de ir provisto de los útiles necesarios para la compostura de sus armas, etc.; más tarde encargábase este cuidado á una multitud de obreros que iban con el ejército, y con él iban tambien innumerables mujeres. Con la aficion siempre creciente á los placeres, en los últimos tiempos llegó el completo olvido de los ejercicios militares. Ya eran blandas almohadas las sillas de los caballos, ya se llevaban guantes de preciosas pieles. Conociendo su propia debilidad y su decaimiento, dejaban los persas preferentemente combatir en su lugar tropas extranjeras mercenarias, más bien que desafiar ellos mismos los peligros de la guerra.

Habíase introducido á la par con tan extremada molicie, una crueldad tan ígnominiosa hácia los prisioneros de guerra, que llegaba mucho más allá del desprecio para el individuo, profundamente arraigado en el espíritu del Oriente. Ya en tiempo remoto se habia adoptado la costumbre asiria de agujerear los labios de los prisioneros con anillos de hierro y arrastrarlos por medio de cuerdas. Sin embargo, un uso tan bárbaro no quedó entre los persas más que en tiempo muy antiguo. Los castigos de las épocas siguientes consistian en la pérdida de la nariz, de las orejas, de las manos, de los piés, de los ojos, etc. La pena de muerte infligíase por medio de la decapitacion, del palo, de la crucifixion, del fuego, y en fin, algunos condenados enterrábanse vivos. Los tormentos que se usaron más tarde en lugar de estos ó además de estos, bajo los más modernos y despreciables monarcas, consistian en aplastar poco á poco el cráneo, en la mutilacion parcial de los miembros, etc.

La institucion de los magos, que acaso Ciro imitó tambien de los medos, representaba, no tan sólo en la corte persiana, sino en todo el reino, el supremo poder, la suprema dignidad sacerdotal. Los magos ocupaban al lado del rey (el cual tambien en Persia, como imagen viviente del mayor dios Ormuz, gozaba de divino prestigio) los más elevados puestos de la monarquía. Ellos llevaban y sostenian las víctimas, que el monarca tenia obligacion de ofrecer diariamente á los símbolos de los poderes ideales—el fuego y el sol—y estaban pues á consecuencia de ello y de la justicia ejecutiva, que en sus manos únicamente descansaba, en la más íntima relacion con el soberano y el gobierno. Ellos formaban la asamblea legislativa y el consejo de Estado.

La administracion interior de esta institucion, unida por tan estrechos lazos á las condiciones políticas, estaba perfectamente adecuada. Como debia proveer todo el reino de sacerdotes y por ello mismo educarlos con ese objeto, llevaba esencialmente el carácter de un establecimiento monástico educativo. Los magos, formando un cuerpo unido, podian amenazar hasta el poder temporal. Parece así haya acontecido bajo el reinado de Cambises, lo que puede ser habrá causado la reforma de la institucion misma, su purificacion por medio de la doctrina de Zoroastro, y acaso habrá sido el gérmen de su final aniquilamiento.

Así como los miembros de esta corporación repartíanse, según los diferentes grados de consagración, en maestros perfectos (Destur Mobeds), maestros (Mobeds) y novicios (Herbeds), distinguíanse también por ciertas señas que caracterizaban su posición, pero que es difícil determinar. La sagrada cintura (Kosti) era común á todos los magos. Además, es cierto que llevaban, á lo ménos en los primeros tiempos, el ancho traje de la Media. Escritores ménos antiguos nos informan que los magos van vestidos únicamente de color blanco, mientras ejercen su ministerio, que no llevan adornos ni oro, que tienen en la mano una vara de caña y que, especialmente en las procesiones del fuego sagrado, su séquito se adorna con vestiduras purpúreas. Pues, según eso, su traje ceremonial se diferenciaba poco del de los sacerdotes asirios, los cuales, según Luciano, llevaban únicamente vestiduras blancas, á excepcion de un manto purpúreo para el gran sacerdote. Como la ley sagrada obligaba á los legos á proporcionar vestiduras á los templos, es muy verosímil que más tarde el traje sacerdotal fuese consagrado á las ceremonias religiosas, y que, fuera de eso, llevasen los sacerdotes el mismo traje que llevaban los seglares.

En la celebracion de las ceremonias religiosas, sacrificios, etc., el respeto mandaba, como en la presencia del monarca, cubrir la boca y la nariz con una venda de lienzo, hecha á manera de bolsa (Padom). De un modo análogo debia cubrirse el lego durante la plegaria. Su otro distintivo al entregar las ofrendas y en las demás solemnidades religiosas, limitábase á una guirnalda de mirto sobre el tocado de la cabeza.

TRAJE DE LAS MUJERES

Los antiguos monumentos persianos, como los antiguos asirios, carecen de esculturas ó pinturas correspondientes al traje mujeril. Sí por una parte la causa de ello se puede atribuir al escaso número de imágenes monumentales persianas, que se han conservado, por el otro también para Persia se puede suponer que poca diferencia habrá habido entre la posición de la mujer persiana y la de la mujer asiria, y así que como ellas no podían presentarse en público, tampoco fuese lícito exponer á las miradas del pueblo sus imágenes. Esto es tanto más cierto,

especialmente hablando de las esposas de los reyes y de los grandes; pues, como los monarcas de Asiria, eran adictos á la poligamia y tenían viviendas especiales para sus mujeres, cuyo número era á menudo muy crecido. En las clases inferiores, la mujer era ménos esclavizada, pero más sujeta al hombre, que servia como una criada sirve á su amo. Engendrar muchos hijos se estimaba entre los persas como una prueba de fuerza varonil. El rey premiaba con regalos anuales á los hombres que tenían muchos hijos. En los últimos tiempos, una ley especial concedia á los persas casarse con su hermana y hasta con su propia madre.

En la época más remota, el traje de las mujeres de Persia consistia, sin duda, como para los varones del mismo tiempo, parte en abrigos de pieles, parte en un traje más ó ménos cuidadosamente trabajado, igualmente de cuero. Desarrollándose la cultura, aquel traje fué reemplazado por vestiduras de lana y de fieltro; y finalmente, entrando en Persia las costumbres de la Media, á lo menos entre las mujeres principales, se usó únicamente el rico traje asirio-medo. Como este traje pasaba por haber sido inventado por Semiramis y, relacionándose á los medos por Medea de Colcos, correspondia más al sexo femenino que al masculino; es sumamente verosímil que se haya usado sin ninguna mudanza entre las mujeres de Persia. Algunas figuras de Medea, de estilo griego, con traje muy parecido al de Grecia, pueden dar una idea exacta del antiguo modo de vestir de las mujeres de Asia y tambien de Persia. Tales imágenes son testimonio de la correspondencia del traje mujeril con el de los varones medos. Como este último, es sumamente ancho y cubre todo el cuerpo; se parece por la forma á largas y anchas camisas con mangas cortas ó largas y anchas, cerradas en la muñeca. Es cierto que estas vestiduras, sujetas al cuerpo por medio de una cintura, y que formaban unas faldas dobles ó sencillas, eran casi siempre de telas delgadísimas y de elegante dibujo. El amor del lujo, que más tarde se desarrolló entre las mujeres del Asia Occidental y del Asia Menor, ofreció tambien á los persas los más variados modelos. La circunstancia de que algunos monarcas regalaban á sus esposas el producto de países enteros, bajo el nombre de dinero de cintura, prueba la desmedida afición para adornos de oro sumamente ricos que reinó en todos los tiempos. El principal, entre tales ornamentos, fué, hasta los tiempos

más modernos, un calzado preciosamente bordado, luego la riquísima gorra, el velo tejido de oro, el cual no se sabe si servía como en nuestros tiempos, en el Oriente, para ocultar enteramente el rostro. Por lo demás, parece que el traje de las esposas reales, no estuviese sujeto á una ley fija ceremonial. Solamente la mujer preferida del soberano, la cual ocupaba el primer lugar despues de la reina madre, usaba los emblemas exteriores de la dignidad regia. Sus vestidos eran de púrpura, entretejidos de oro, y se adornaba la cabeza con la tiara real, rodeada por la diadema. El cetro, sin embargo, pertenecía exclusivamente al rey como símbolo de dominio, delante del cual se inclinaba también la soberana.

Los reglamentos en las sagradas escrituras persianas están, á lo ménos en apariencia, en oposicion con las noticias que dan los escritores profanos de la antigüedad, acerca de las relaciones entre ambos sexos. Hacen conjeturar un lazo familiar protegido por la religion, y prohíben muy severamente todos los excesos del libertinaje, que unos antiguos autores atribuyen especialmente á los persas.

En el libro de la legislacion de los Parsis está mandado el matrimonio como un sagrado deber. En él se prefiere el hombre casado al soltero, el padre de familia al que carece de hijos, y se concede al primero, como jefe, una suerte de autoridad sobre los demás miembros de la familia. En aquel libro se invoca al dios Haoma para que conceda un buen esposo á las jóvenes solteras; mándase no casar una doncella ántes de los quince años; se ordena que guarden con mucho recato su reputacion y sean provistas de pendientes. Este adorno parece haya sido el símbolo de una jóven casadera. El culpable, especialmente el jóven de más edad de quince años, el cual, sin cintura y lazo, se entrega al libertinaje ó á vicios contrarios á la naturaleza, está considerado por la ley como un sér sometido al maléfico poder de los Daeri-Drukhs, como un compañero de esos malignos espíritus.

La ley mandaba que se lavasen primero las manos y luego todo el cuerpo de los infantes recién nacidos, primero tres veces con orina de buey y luego una vez con agua. A los quince años debían los varones llevar la cintura de crines ó de lana. Tal cintura era un amuleto contra los espíritus malos, y los hacia desde entónces responsables de sus

acciones. Así aquel cordón, que ahora entre los persas está formado de setenta y dos hilos, era un emblema de virilidad.

Los signos exteriores del dolor y del luto eran, entre esos pueblos, semejantes á los que se usaban en el Asia anterior. Se mostraba, sin duda, principalmente como entre las tribus de hoy día, por medio de un traje de color sombrío (camisa cerrada), que se ponían y desgarraban violentamente desde el cuello hasta la cintura. La ley estimaba el cuerpo del difunto una masa que pertenecía á los malos espíritus. Pues no se conocía peor impureza que la que se contraía tocándole. Lo que había estado en contacto con él, debía someterse á purificaciones solemnes, á lavarse con orina de buey y con agua. Tales purificaciones eran mayores para los hombres que se habían ocupado del entierro (hombres de la muerte). Estos, especialmente los que habían desnudado y llevado el cadáver, aparecían con trajes diferentes. Los que llevaban puestos en su triste tarea debían purificarse con orina, agua y tierra y ser venteados, ó si llevaban manchas de humedad, etc., los enterraban para entregarlos á la corrupción.

La grande veneración que mandaba la ley sagrada á los fieles hacía el fuego, el agua y la tierra, como emanaciones directas del divino Ahuramasda, y la máxima que nada existe tan impuro como un cadáver, dieron lugar á la ordenanza de entregarlos á los animales puros para ser devorados. Colocábase el cadáver desnudo en un ataúd abierto. Era castigado quien le hubiese cubierto con un traje ó un trapo cualquiera. Solamente en el caso que no se pudiesen celebrar las funerales en el mismo día de la defunción, se permitía llevar fuera el muerto en su propia cama. Se colocaba en la campiña, con la cabeza hácia el sol. Para que los animales no se llevasen alguna parte de su carne, é inficionasen el agua, la tierra, las plantas, etc., se sujetaba el cuerpo con hierro, piedra ó plomo por los piés y los cabellos.

Antiguos escritores afirman que los magos, originarios de la Media, los iranos y los bactrianos, acostumbraban entregar los cuerpos de los difuntos á los animales. Entre aquellos, sin embargo, parece que no sacrificasen más que una parte del cadáver, y cubriesen con cera y enterasen lo demás. Esta manera de celebrar las funerales, parece se haya usado en la Persia, á lo ménos en tiempo antiguo. Entónces se cumplía

simbólicamente la ordenanza, que más tarde se ejecutó real y verdaderamente.

LOS EDIFICIOS

La actividad edificadora, que se desarrolló desde la soberanía de los persas en la patria de los Aqueménides, parece haya sido sometida á las mismas influencias bajo las cuales fué cambiando la forma del traje persiano. Es cierto que los persas acudieron también en esto á la industria de algunos medos, que acaso trabajaban bajo la dirección de los sacerdotes; á ellos se juntaron más tarde naturalmente arquitectos del reino asirio-babilónico, otros del Asia Occidental y del Asia Menor, y desde el reinado de Cambises también egipcios. La unión de tan varios artistas para un solo objeto debía causar la mezcla de sus diferentes estilos. La mayor variedad de materiales que se encuentra en Persia, especialmente considerable cuando se comparen con los de Egipto y Mesopotamia, fué, sin embargo, un obstáculo para una verdadera fusión de aquellos varios sistemas artísticos; lo que en efecto tuvo lugar, fué el empleo de todos en la parte decorativa, según el objeto del edificio. La construcción de las murallas en los monumentos de la época de los Aqueménides en Persia, aparece, parte á la manera babilónico-asiria, formada con ladrillos secados al sol, parte con piedras de talla á la manera de la Media, y hasta según el sistema ciclópico ó sea egipcio. Las llanuras ofrecían barro, tierra de ladrillos y asfalto; las vecinas montañas abundaban de una piedra calcárea, semejante al mármol; los ricos bosques proporcionaban una preciosa madera de construcción. Tampoco se descuidó emplear los metales, según el método del Asia central; no solamente como adorno, sino también para fortalecer las varias partes del edificio. Más claramente que en el uso de tan varios materiales, de los cuales nada queda ahora sino considerables ruinas de piedra de talla, se reconoce la mezcla de los diferentes estilos en el plan y en la ejecución, luego en la falta de unidad arquitectónica y armonía en los monumentos. Consistían, como se desprenderá de una más detallada descripción, en un conjunto de vastos salones, algunos oreados, con elevados, elegantes sostenes, y en construcciones cerradas de gruesas murallas con aberturas de puertas y ventanas. Estas y

aquellos, parte de estilo asirio, parte egipcio, se elevaban los unos al lado y encima de los otros, colocados caprichosamente, según el gusto antiguo oriental, á manera de terrados, que comunicaban entre sí por medio de escaleras. Así en las grandes proporciones, como en las menores, reunían, especialmente en los ornamentos arquitectónicos, casi todas las formas conocidas por los demás pueblos de Oriente en el curso de las varias épocas. Solamente en cierta mudanza decorativa, producida en parte por el mismo material, del cual se valían, y especialmente por el empleo mucho más frecuente de elevadas columnas de piedra, causado puede ser también por el material, los monumentos de Persia demuestran alguna originalidad, relacionándolos á los del Asia central. La fuente para un artístico desarrollo de la columna, como se reconoce en las ruinas, es acaso más acertado buscarla en el Asia occidental y en el Asia menor que en la Persia propiamente dicha. Probablemente pasó de estos á los asirios en tiempos remotos, y fué empleada en las fábricas de Sanherib, y en el palacio de Kujundschnik, aunque en más escaso número. Si entre los escombros que quedan de aquel edificio no se encontraron más fragmentos de columnas que algunas bases, esto sin duda resulta de la circunstancia ya citada (especialmente por lo que se refiere al Asia central), que se empleaba madera también para sostenes, etc. La vida nómada de los antiguos persas, el recuerdo de sus móviles y oreadas tiendas, de los anchos tapetes que descansaban sobre elevados troncos, fué favorable al plan de grandes salones. Ellos daban á los edificios, á pesar de su solidez, un sello nacional, la forma á manera de tienda.

La tienda, bajo el punto de vista artístico, parece, pues, haya sido el origen de la originalidad en la arquitectura persiana en tiempos de los Aqueménides. No cabe duda, que el plan y la coordinación originarias hayan pasado también á las casas particulares de la población allí establecida.

Las moradas de los habitantes de los distritos más ricos de bosques en los países orientales, también hoy día están construidas con madera. Allí se encuentran en una manera sorprendente la extensa y sólida construcción de la tienda, como continua entre algunas tribus árabes. Aquellas viviendas acaso dan no solamente el modelo de las casas fijas

del antiguo Oriente, sino también y más aun un dechado de la más antigua arquitectura de madera y de las más antiguas columnas. Ese antiguo plan era probablemente el de las moradas cada vez más ricas de los persas establecidos, de esos palacios con columnas, vigas, ventanas y almenas, de los que se habla en las sagradas escrituras del pueblo. También el estilo arquitectónico persiano de nuestros días, en las viviendas de los ricos, en su ligereza y elegancia en el conjunto y en las partes, sus fachadas de varios colores con anchas puertas y ventanas, sus techos llanos, sus elegantes, elevadas columnas, el empleo en el interior de cortinas de varios colores como tabiques que separan las habitaciones, etc., demuestran los elementos de una construcción de madera, hecha á imitación de la tienda.

Los primeros planos dignos de atención de verdaderos edificios artísticos en la Media, se atribuyen al rey Dejoce, el restaurador del reino medo. Cuéntase que edificó un verdadero alcázar y además había fundado y edificado Ecbátana, capital del reino. Entonces fueron decayendo poco á poco el antiguo alcázar y la antigua capital Rhaga que se había edificado en la frontera de Parcia. Esta última había servido principalmente como baluarte exterior del reino, y la nueva residencia debía al propio tiempo representar la dignidad y majestad del restablecido y floreciente dominio. Así elevóse rápidamente como una gran diosa la unión de alcázar y palacios, de admirables magnificencia y solidez, como espléndida fortaleza de defensa, especialmente contra los asirios.

El espacio que ocupaban todos los edificios que pertenecían á ese régio plan, se calcula por autores más modernos en siete estadios. Siete murallas de circunvalación (número sagrado) rodeaban todo el conjunto. Ocupaba el punto céntrico el palacio propiamente dicho, y ese edificio era también el tesoro que encerraba las riquezas del reino. Las murallas, en su mayor parte formadas de piedras cuadradas, se elevaban, como se lee en el libro de Judith, á 100 piés de alto y tenían unos 42 de espesor. Las torres edificadas sobre ellas median 28 piés en cuadro y 142 de altitud. Los arquitectos, favorecidos por el terreno montuoso, habían podido satisfacer la afición general para las construcciones que imitan la forma de una agigantada escalera. Los varios edificios y las mismas murallas de circunvalación subían elevándose más

y más hácia el punto céntrico, ocupado por el verdadero alcázar, de modo que se apercibían todas las almenas de las murallas las unas encima de las otras. Las almenas mismas eran de varios colores, acaso por medio de un barniz, de manera que formaban una especie de enorme cintura rayada de blanco, negro, púrpura, azul, encarnado claro, plata y oro.

Este original, precioso ornamento de las murallas exteriores, anunciaba el lujo arquitectónico de la residencia real. En ella estaban reunidos todos los tesoros del reino y todo el esplendor de la pompa oriental. Aunque no fuese visible en ninguna parte la madera que había servido en la construcción, sin embargo, se habían escogido para este uso palo de ciprés y de cedro. Las vigas, las paredes y las columnas de las salas y estancias eran todas cubiertas de lámina de oro, de plata ó ensambladas con marfil y otras materias preciosas. Los cielos-rasos también estaban cubiertos con lámina de plata. Aunque una tal riqueza, que á lo menos en parte encontraron Alejandro y más modernos conquistadores, desapareciese poco á poco, Ecbátana conservó para largo tiempo después la fama de ser poderosamente fortificada. No solamente los reyes persas, sino también Alejandro guardaron con preferencia en ella los tesoros del reino y de la guerra.

La residencia real de los Aqueménides era Pasargada. Los antepasados de Ciro habían escogido aquel sitio para su morada y lo habían fortificado. El mismo Ciro se cuidó después de hermosear y ensanchar Pasargada; fundó allí un nuevo palacio, y elevó aquel mezquino arrabal á la importancia de una ciudad. Aumentándose el lujo de la corte de Persia y el ya crecido número de los empleados, se produjo naturalmente la necesidad de grandes y lujosos palacios. El sucesor de Ciro, Cambises, no se contentó con la antigua residencia, aunque ensanchada. Erigió y fué á morar en la de Susa, fabricada según el estilo arquitectónico de Babilonia y preciosamente alhajada. Susa, cuya posición, también bajo el punto de vista topográfico-político, era mucho más favorable que la de Pasargada, quedó para siempre desde entonces la principal residencia de los reyes persas. Cada uno de los sucesores de Cambises fabricó allí un palacio, el cual, como en Nínive, fué una especie de archivo monumental de su reinado y encerró los más impor-

tantes tesoros. Allí Ahasverus (¿acaso Jerjes?) en el tercer año de su gloria, dió un convite á todos sus príncipes y empleados, á los jefes del ejército persiano y medo, á los grandes y los príncipes de todos los países, para ostentar la riqueza de su reino y la sublime pompa de su grandeza; el convite duró ciento ochenta dias. Acabado éste, el rey convidó á todos los vecinos de Susa, desde el más principal al más mezquino, y este segundo convite, que tuvo lugar en el patio del régio jardín, duró siete dias. Colgaduras de finísimo lienzo, blancas y moradas, sujetas por medio de anillos de plata, adornaban las columnas de mármol. Los asientos ó camas con almohadas y ornamentos de plata, descansaban sobre un suelo de mármol, esmeraldas y perlas. Bebíase el vino en copas de oro; habia abundancia de vinos y á menudo se cambiaba la vajilla. Es probable que todo este lujo se ostentase en los extensos patios exteriores, que, adornados con columnatas, encerraban jardines y fuentes. La entrada en el patio interior estaba vedada bajo la pena de muerte. Este patio, sin duda cuadrangular, descubierto, guarnecido con columnatas, se abria delante del régio alcázar. Atravesándolo en el medio, se llegaba á la puerta, al sitio donde estaba el rey sentado en su trono cuando concedia una audiencia. Parece que las habitaciones de las mujeres estuviesen en una construccion apartada de la verdadera morada del soberano.

Desde la época de Dario se habia prodigiosamente extendido el reino, y á consecuencia de ello fueron obligados este monarca y sus sucesores á visitar de vez en cuando las varias provincias; esto produjo casi una vida nómade para la córte. Todos los años, á fines de primavera, los reyes, acompañados por sus innumerables cortesanos, abandonaban Susa y moraban durante el estío en Ecbátana, donde el clima es más fresco, y luego pasaban á Babilonia.

Aunque pareciese algo olvidada la primitiva residencia de Pasargada, sin embargo estaba asegurada contra un completo descuido por una ley religiosa. Mandaba esta ley á los monarcas persianos residir á lo menos una vez anualmente en aquella ciudad; luego allí debia tener lugar la coronacion de los reyes, segun antigua costumbre. Dario fué probablemente el primero que pensó en hacer erigir cerca de Pasargada un vasto y conveniente edificio para las asambleas nacionales. Escogió

para este objeto un valle, diez millas lejos de la ciudad, hácia el Norte, que ofrecia en las montañas que le formaban, un excelente material de construcción, y era muy hermoso por sus naturales encantos.

Empezóse el edificio con todos los ricos medios al alcance del rey. Mientras vivió Darío no estuvo acabada más que una parte relativamente reducida de la fábrica. A pesar del esmero con el cual sus sucesores, Jerjes especialmente, trataron de llevarla á cabo, parece que no se haya nunca enteramente concluido. Habíanse empleado los más preciosos materiales para erigir el palacio, rodeado por sólidas fortificaciones, y que encerraba un inmenso tesoro de oro y plata. También después de haberlo Alejandro entregado al furor de las llamas y del saqueo, las riquezas que se encontraron en los escombros eran de bulto tan extraordinario, que fué preciso emplear bestias de carga para llevar el oro y la plata derretidos á Susa.

Las ruinas de esa fábrica colosal cubren hoy día la llanura del valle de Merdescht. Los árabes las llaman «el trono de Dschemschid» ó «las cuarenta columnas.» Esas ruinas son testimonio de la puntualidad de las descripciones de los historiadores griegos de la antigüedad, cuando refieren la pompa de aquellos edificios, comprendidos bajo el nombre de Persépolis.

Los escombros todavía existentes descansan sobre una plataforma artificial. Sus cuatro lados están colocados exactamente hácia los cuatro puntos cardinales. Apóyase al Éste con un ligero arco natural á la escarpada pared del monte Rachmed. Por lo demás sigue, á manera de un largo cuadro oblongo, la propia forma natural del escollo tallado á ángulo recto. Su lado occidental mide más de 400 piés, el septentrional más de 900, y el meridional casi 800. La altura es de 20 á 30 piés, según la masa de los escombros amontonados, etc. La altura absoluta puede ser haya sido de 40 á 50 piés. Sobre la plataforma elevanse los edificios sobre dos pisos, á manera de terrados. El más bajo, que mide como unos ocho piés de altura, extiéndese al Norte á lo largo de la parte anterior, en una anchura de cerca 138 piés. Forma, para decirlo así, el punto céntrico adonde se une el segundo, en una elevación de 10 piés, más aun cubierto de escombros. Este cabía probablemente la parte más magnífica de todo el conjunto.

Llégase á la primera plataforma por medio de una doble y colosal escalinata, formada, como el terrado, de losas de mármol cuidadosamente trabajadas, en algunas de las cuales fueron tallados de 10 á 15 escalones. Esos escalones son tan cómodos y anchos, que dan paso á diez ginetes juntos sobre una sola línea.

Al llegar en lo alto de la escalinata y andando hácia Oriente, se llega á las ruinas de un agigantado portal, que antes era la entrada á los demás edificios, rodeados por una muralla, cuyos restos llegan todavía á 40 piés de altura. Delante del portal, ancho solamente 13 piés, se elevan aun cuatro pilastras. Delante de cada una hay una escultura de 18 piés de largo, que representa uno de esos animales fabulosos, que adornaban las entradas de los palacios asirios. Una pareja de ellos está vuelta hácia la escalinata, la otra hácia la montaña. Entre ellas, sobre los ángulos de un cuadro de 20 piés, descansaban cuatro elegantes y esbeltas columnas. Dos solamente existen todavía; estaban probablemente en comunicacion con las pilastras por medio de arquivadas, y formaban un verdadero pórtico. Su altura es de 45 piés, el diámetro de 13 piés y 10 pulgadas; en la parte superior están adornadas con acanaladuras, que miden 4 pulgadas de ancho. El espacio detrás de esta construccion está cubierto de escombros, entre los cuales se descubren solamente los restos de una cisterna, y más léjos las ruinas de una puerta con toros esculpidos; en fin, la base de una colosal columna.

Desde el punto céntrico del citado pórtico, en línea recta hácia el Sur, se llega á una magnífica doble escalinata, que conduce al primer terrado principal. Las paredes laterales de esta soberbia escalinata están adornadas con esculturas, que representan probablemente una de esas asambleas nacionales, para cuya celebracion especialmente habíase construido aquel colosal edificio. Se han conservado solamente de las fábricas que ocupaban dicha plataforma, cuyas ruinas se extienden en un espacio de cerca 380 piés, algunos fragmentos de pared, restos de puertas y ventanas, y muchos trozos de columnas. Como se desprende de algunas inscripciones, esos edificios debian su existencia á Dario y Jerjes. Al presente se puede ver todavía en una pilastra la imágen esculpida del monarca en traje medo, y acompañado por el empleado que lleva la real sombrilla y el real abanico, y es cierto que aquella es

la imágen del mismo Dario. Sobre este terrado elevábase el palacio propiamente dicho, ó sea la casa de la asamblea. Entre los escombros se reconocen los restos de una vasta columnata, que debía ser compuesta de 72 columnas. Esas columnas median de 60 á 64 piés de alto; el diámetro inferior era de 5 piés. Descansaban sobre bases en forma de cálices, delicadamente trabajadas, y llevaban, en lugar de capiteles, esculturas de animales fantásticos ó volutas. Las columnas que llenaban el palacio central, no llegaban á la altura de las que formaban las columnatas laterales. En medio del salon del centro se elevaba el trono del soberano. Allí, rodeado de la nobleza, recibia los tributos, escuchaba á los embajadores. No se encontró huella alguna de techo, pero es cierto que á lo menos algunas partes de aquellos edificios habrán estado cubiertas. El cielo-raso de tales techos habrá sido compuesto de vigas de palmera y de cedro, y adornado con lámina de metal ú otras materias preciosas.

El segundo terrado principal se eleva sobre aquella columnata. La doble escalinata que lleva á este segundo terrado, tambien magníficamente adornada con esculturas, está ahora casi enteramente destruida, y tambien la parte oriental está llena de escombros y ruinas. Otra magnífica escalinata apóyase al SE. á la plataforma; tampoco ésta carece de esculturas, ilustradas con una inscripcion, que rodean colosales figuras de relieve. A 90 piés hácia el Sur yacen otras enormes ruinas, á las cuales se llega por la tercera escalinata. Detrás de todas esas ruinas, en las cuales algunos pretenden haber reconocido el comedor, los baños, las salas de audiencia, se elevan hácia el Este, sobre una ligera altura, los restos de localidades más íntimamente relacionadas entre ellas. Allí se distinguen un vasto salon central, columnatas laterales, celdas y estancias contiguas, y los restos de dos grandes dobles escalinatas. Algunos restos de paredes llevan esculturas de relieve, que representan el monarca y unos criados que le están sirviendo.

Reconócese tambien allí el cauce de un canal, el cual, pasando por debajo de un edificio aislado, desembocaba en un bacin cavado en la montaña. Este canal estaba en comunicacion con la citada cisterna, y acaso proporcionaba el agua necesaria para las fuentes y los chorros artificiales que se encontraban entre las habitaciones.

Entre las demás ruinas esparcidas en la plataforma mayor elévanse las de un colosal edificio cuadrado, que mide 210 piés por lado, con los restos de 100 columnas y las murallas de una puerta colosal, adornada con toros esculpidos.

Las fábricas más arriba citadas y estas últimas gigantescas construcciones parecen originarias de la época de Dario y Jerjes.

A pesar de la mano destructora del tiempo, las ruinas de Persépolis ofrecen todavía un golpe de vista majestuoso. Si se toma en cuenta que en tiempo antiguo el conjunto de aquellos edificios estaba rodeado por una doble muralla, que la primera media 16 canas de alto y 32 la segunda, que despues seguia, como tercera fortificacion, la elevada plataforma, luego que tenia palizadas de cobre y puertas de bronce, será explicada la profunda admiracion y el error de los griegos, que se imaginaron fuese la capital persiana aquel inmenso alcázar.

Casi enmedio del declive del monte Bachmet, que mide 900 piés de alto, el cual forma la frontera de Persépolis al Este, se encuentran las tumbas de los reyes, y por ello mismo se llamaba el escollo montaña de los reyes, nombre que despues se cambió en el de imágenes de Bustam. Allí están ordenadas las sepulturas de los Sasanidas, monarcas de las épocas más modernas; sobre ellas, 300 piés más arriba, están las tumbas de los Aqueménides. Son cavadas en la marmórea pared del escollo; las fachadas, ricamente esculpidas, miden 130 piés de alto y 72 de ancho. La coordinacion, en lo esencial, es igual en todos. Cada fachada está dividida en dos partes; la inferior pertenece más á la arquitectura, la superior más á la escultura. La decoracion de la más importante de esas moradas representa el sacrificio que se celebra en el techo del palacio. La parte inferior de la fachada representa la sala régia.

La tumba de Ciro, cerca de las colosales ruinas de la antigua Pasargada, en la que ahora se llama llanura de Murghab, es muy diferente de las ricas sepulturas esculpidas de Persépolis, entre las que fué reconocida por una inscripcion la tumba de Dario Istaspe. La de Ciro es una construccion aislada, que se eleva sobre 6 gradas, y reúne los elementos del antiguo plan babilónico con las formas de una arquitectura casi griega.

Segun las más antiguas noticias, esta tumba está compuesta de una base oblonga muy ancha, de losas de mármol, sobre la cual descansa la tumba propiamente dicha en forma de casa con una pequeña puerta. Las ruinas esparcidas en su derredor prueban que allí surgian vastos edificios, pues hay restos de columnas, de monólitos, etc. Aquellos edificios, probablemente erigidos entre jardines, adornaban el sitio y servian de morada á los magos que allí celebraban las funciones religiosas en obsequio de los difuntos.

Los testigos que afirman haber existido, en tiempo de Alejandro, una inscripcion en la tumba de Ciro, la cual decia: «¡Hombre! yo soy Ciro, el cual adquirió el señorío para los persas y dominó el Asia,» pertenecen todos á la época del decaimiento de Persia. No concuerdan con las noticias sobre la muerte de Ciro, sobre ese punto, ni Herodoto ni Jenofonte. Si fuese lícito formar una conjetura, considerando especialmente el estilo del monumento, pudiérase decir que es más bien la tumba de Ciro el jóven, amigo de los griegos. El mismo habia logrado la satrapia de Lidia, Frigia Magna y Capadocia, y pereció, como es sabido, en una batalla contra su hermano Artajerje Mnemon. La noticia que ha dejado Jenofonte sobre su muerte no contradice esta suposicion; tampoco la descripcion originaria de la tumba en Pasargada.

Parece exagerado el decir que era un sarcófago de oro con piés de oro, descansando sobre un féretro de oro, cubierto de preciosísimas alfombras babilónicas, pero que se haya encontrado en esa tumba el traje ceremonial del rey, el manto régio, calzas de India, ricas alhajas con piedras preciosas, armas primorosamente adornadas, puede convenir tanto á Ciro el viejo como á Ciro el jóven. Considerando finalmente que Ciro sucumbió en el campo de batalla como usurpador, acaso se explica porqué no fué enterrado como los demás reyes en los sagrados sepulcros de Persépolis, sino muy léjos, pero sin embargo con pompa régia. El mismo Alejandro envió á Persépolis el cadáver de Dario, para que fuese enterrado en los sepulcros de los Aqueménides.

Además, la circunstancia que la tumba de que se trata está á poca distancia del sitio donde se encuentra todavía la citada escultura con la inscripcion: «Yo soy Ciro, el rey Aqueménide» es de poca importancia; tampoco las columnas medio destruidas de estilo antiguo persiano, que

rodean el monumento, prueban contra lo dicho, pues son enteramente independientes de la tumba, y naturalmente están trabajadas según el arte antiguo.

Como se desprende de las ruinas que cubren las vastas áreas de Persépolis y Pasargada, los monarcas persas las adornaron y fortalecieron con magnificencia. Persépolis ya por sí misma, semejante á los palacios asirios, babilónicos y medos, formaba un conjunto de alcázares; Pasargada estaba amparada exteriormente por murallas, torres y fosos.

Las construcciones militares de los persas eran casi imitadas de las medas. En todas las ciudades de mayor importancia, que los monarcas persas no encontraron bastante fortificadas, y cuya posición topográfica necesitaba más defensa, pusieron vastos castillos, que parte servían como morada de los sátrapas, parte como baluarte para la guarnición. Sardis tenía un castillo, edificado sobre un alto escollo, rodeado por tres murallas; Celene tenía un alcázar tan extenso, que en el parque que le rodeaba tenían lugar grandes cazas y reseñas de tropas compuestas de 12,000 soldados. Donde la localidad lo permitía, erigíanse castillos sobre ó en rededor de alturas, los cuales eran probablemente fabricados según el sistema medo. El antiguo castillo de Orhaga, en la frontera de Parcia, como muchos otros, formaba un conjunto de murallas circulares provistas de torres. Acaso se parecían á las fortalezas no asirias, representadas en algunos monumentos asirios.

Entre los más antiguos é importantes restos de castillos persianos, se cuentan los escombros de Istakhr, á la entrada de la llanura de Merdescht, á 5 leguas de Persépolis. Ellos coronan la cumbre del escollo en forma de cono, el cual llega á una altura de cerca 1,200 piés. Entre las ruinas de las murallas distingúense varias torres, varias puertas medio derribadas y cuatro surtidores de agua.

Además de las citadas obras militares en grandes proporciones, otras menores estaban esparcidas en todo el reino. Por medio de ellas asegurábanse las fronteras al Este y al Norte contra los enemigos. En algunos casos aumentábase su importancia por medio de murallas fronterizas provistas de torres con sólidas puertas de madera ó de metal.

Parece que los persas nada hayan hecho nuevo en el arte de sitiar

las plazas; contentábanse, como los asirios, con tentar, por medio de escalas, entrar en la plaza enemiga ó con rodear las murallas con un baluarte de tierra. Las fortalezas, que resistían á semejantes ataques, eran amenazadas por ardides de guerra, ó con inmenso gasto de tiempo y de fuerzas, lograban socavarlas y derribarlas. En el largo sitio de Babilonia trataron de formar un camino para penetrar en la ciudad, vaciando el cauce del torrente.

A Ciro atribúyese una disposicion especial del campo. La tienda real estaba colocada siempre hácia Oriente. En derredor de la regia tienda estaban las de sus adictos; luego, formando círculos más anchos, los ginetes y los conductores de los carros. A la derecha y á la izquierda habia los lanceros; delante y detrás los arqueros. Los panaderos tenian su puesto reservado á la derecha, los cocineros á la izquierda; así se ordenaban los caballos á la derecha, los animales de tiro y las reses para alimentacion á la izquierda; rodeaban todas las secciones los guerreros armados de espada. Para llegar con prontitud al sitio señalado, en caso de alarma, los guerreros debian dormir en orden de batalla. Si el sitio era largo, defendíase el campo con fosos y baluartes.

Entre las tiendas (las de los jefes tenian distintivos especiales) reconocíase fácilmente la del rey por la capacidad y los ricos adornos. En ella habia bastante lugar para convidar numerosos adictos, y tambien repartos especiales para las mujeres preferidas del monarca. Su coordinacion interior parecíase sin duda á la de las tiendas de los generales asirios. Allí tambien ostentábase el lujo de los soberanos orientales. Las tiendas de los guerreros comunes eran sencillas, pero espaciosas: en cada una podian caber cien hombres.

Tambien los soberanos persas erigian monumentos en los países conquistados. Dario especialmente mandó esculpir en muchas partes del reino, sobre las paredes de las escarpadas peñas, testimonios elocuentes de sus victorias. A estos monumentos pertenecen las inscripciones en parte descifradas de Persépolis, y antes de todas la tabla de Behistun.

Herodoto dice que los persas no eran navegantes, pues entre ellos no pudo desarrollarse el arte de construccion naval. Ciro, aunque sea alabado por haber provisto de torres los buques de guerra, limitóse sin

duda á servirse de balsas y de barcos extranjeros. Aun las armadas de los monarcas que le sucedieron, cuyas guerreras empresas adelantáronse mucho en el mar, estaban formadas por los pueblos vencidos y por sus aliados, habitantes de la costa. Tambien el puente sobre el Bósforo fué obra de Mandrocles, artista griego.

No eran navegadores los persas, tampoco grandes comerciantes. El comercio les parecia una ocupacion baja, indigna de un guerrero. En su país no tenian mercados, ningun sistema regular de venta y compra. Todo eso lo dejaban á los pueblos vecinos sometidos, especialmente á los sirios; así tambien la construccion de las fábricas que al mismo comercio se relacionan.

Los edificios religiosos no tienen su origen en los primeros tiempos de los persas. Segun noticias de antiguos escritores, los persas no tenian templos ni altares, ni ídolos, sino que ofrecian sacrificios á sus dioses en la cumbre de las montañas. Autores más modernos solamente hablan de santuarios, de sagrados lugares, en cuyo centro ardia un fuego que nunca debia apagarse. Cuentan tambien que Artajerje Anaquita habia erigido un templo con columnas doradas y paredes cubiertas de láminas de oro y plata, además que en todas las capitales habia levantado estatuas de forma humana.

El uso de los altares del fuego sagrado en tiempos de Dario está probado por la escultura sepulcral más arriba descrita. El altar en ella representado tiene la forma de un cuerpo oblongo, el cual descansa sobre tres gradas con una tabla que sube en sentido opuesto, tambien por tres gradas. Se han conservado restos de semejantes altares. Están cerca de Nakhschi Rudjib, esculpidos en la peña, á la altura de 5 piés, sobre una plataforma que mide de 12-14 piés de altura, á la cual se llega por medio de una escalera.

Entre las más importantes ruinas de templos rodeados con murallas, cuyo origen no es posible determinar con certidumbre, descuellan las de un templo en la provincia Azerbeidschan y las de un edificio probablemente más antiguo en la vecindad de las grutas sepulcrales de Persépolis. En las primeras se reconoce claramente un edificio cuadrado, el cual media 55 piés por lado, construido con excelentes ladrillos y argamasa, que sostiene una bóveda llana con murallas, las cuales tie-

nen 15 piés de espesor. Un corredor interior, alto, pero cubierto, conduce á una estancia central, con la cual comunica en los cuatro lados por medio de un arco muy grande y muy ancho. Las murallas interiores de 10 piés por lado, tienen tambien un espesor de 15 piés. En esta estancia central estaba probablemente el altar del fuego sagrado. El templo cerca de Persépolis, bastante bien conservado, está construido con losas cuadradas de mármol, y ocupa una área de cerca 40 piés cuadrados. Todavía se eleva á 35 piés sobre los escombros que rodean su base. La puerta, 11 piés más arriba del suelo, es un rectángulo de 6 piés de alto y 5 de ancho.

Muy intimamente relacionadas con el culto eran, sin duda, desde el tiempo más antiguo, entre los persas, las ocupaciones más primitivas, la cria del ganado y la agricultura. La sagrada ley las mandaba repetidas veces cultivar, y los reyes más modernos tampoco desdeñaban ocuparse personalmente en ellas.

Se cuenta de los monarcas persas, que velaban especialmente para que los sátrapas cuidasen con esmero la agricultura, y que privaban de su dignidad á los que la descuidaban. Se atribuye á Ciro la reparticion del rio Gindes en 360 canales de riego.

Los persas cultivaban con preferencia los árboles frutales, y los consideraban como objetos sagrados. Muy difícilmente se resolvían á derribar un árbol, y sólo en caso de apremiante necesidad, y Jerjes hizo adornar un hermoso álamo, que le llamó la atención, con ornamentos de oro.

Los parques ó paraísos, favorecidos por esa afición á los árboles, llegaron, aun más que bajo el gobierno asirio, á ser muy extensos y hermosos bajo los reyes persas. Los monarcas y los sátrapas los enriquecían con calles de árboles frutales y fuentes. Con preferencia plantaban cipreses, cuya forma piramidal les parecia el símbolo del fuego. Parece que Dario haya sido el primero en adornar con cipreses el templo del fuego. Aquellos paraísos, generalmente rodeados por una muralla ó un seto, ocupaban muchas veces un vasto territorio. Así la espaciosa llanura de Babilonia, siendo destruida poco á poco la ciudad, llegó á ser un paraíso y un parque de caza.

LOS UTENSILIOS

La riqueza de los monarcas persas se fundaba en la de los Estados vencidos. Ensanchándose su poder, aumentóse el número de los preciosos objetos de toda clase que encerraba su tesoro. En el tiempo de Darío se juntaron á los inmensos tributos, que llegaban de todas las provincias del reino, la arena de oro indiana y el oro, el marfil y el ébano de Etiopía.

La vajilla persiana tiene generalmente formas más esbeltas que la asiria. La mesa del rey se arreglaba, como todo lo demás en su modo de vivir oficial, según reglas fijas de especial etiqueta. No comía ni bebía más que lo mejor de los productos del reino. La misma sal debía ser la del oasis Sivah, pues estimábase la mejor, y el agua debía ser sacada del Choaspes. Este último artículo tampoco le faltaba en sus viajes, pues la llevaban detrás del monarca en grandes jarros de plata, con los que cargaban numerosos carros.

El crecidísimo número de los que componían la real servidumbre y comían de las regias cocinas, produjo un inmenso aparato gastronómico. Parece que los comensales del soberano llegasen al número de 1,500 y que las reses diariamente matadas fuesen 1,000. Extraordinariamente grande debía ser pues el tamaño de las fuentes, etc., necesarias para alimentar tantas personas, aunque, según antigua costumbre, no se sirviesen de platos, tenedores ni cuchillos. Tomando en cuenta también que en el grande convite ya citado, que ofreció Ahasverus á los grandes y al pueblo, la vajilla era de oro, que cambiáronse á menudo las copas durante la comida y que cada convidado especialmente por el rey recibía, como regalo de honor, una taza de oro, se puede conjeturar, no tan sólo el lujo del mismo rey, sino también los enormes tributos que estaban obligados á llevar al monarca los pueblos vencidos. Testimonio de ello dan también las noticias sobre los muebles, con los cuales los grandes, y especialmente los reyes, adornaban sus moradas.

Parece que los persas hayan cambiado su antigua costumbre de sentarse contra la de acostarse sobre almohadas y alfombras, como los habitantes del Asia Menor, y especialmente los lidios. Claro está que se

inventaron camas é yacijas. Servian en los convites como las sillas. En la grande comida del rey Ahasverus los convidados descansaban sobre almohadones tejidos y bordados con oro y plata. Tambien el féretro que sostenia en la tumba de Ciro el real sarcófago era de oro, y las camas de las que Jenofonte se apoderó en la tienda de Tiribazo, jefe persa de rango inferior, tenian piés de plata.

El uso de las sillas quedó esencialmente entre el sexo femenino, y en los recibimientos de ceremonia, para los reyes. La silla del monarca era, segun la costumbre de la corte asiria y de la meda, un sillón ricamente adornado, acompañado de un precioso banquillo, cubiertos los dos con magníficos tapetes. Se elevaba en su rededor un dosel de púrpura, entretejido de oro, que podia abrirse y cerrarse.

ARMAS Y UTENSILIOS MILITARES

Atribúyese á Ciro el Viejo, el esforzado libertador del pueblo, la introduccion de casi todos esos objetos. Jenofonte dice que desterró la antigua forma de los carros de batalla, é hizo construir otros nuevos, con ruedas más fuertes. Eran más sólidos en todas sus partes y más á propósito para llevar á los guerreros de pesada armadura.

Esta mudanza, cuyo objeto era la utilidad práctica, llegó, sin embargo, como todo lo demás, á ceder al lujo. Así el carro del cual apeóse Dario en la batalla de Isos, estaba cubierto con ricos ornamentos de oro y plata en relieve, ni ménos magnífico era el aparejo de los caballos que lo arrastraban. El ya varias veces citado mosaico de Pompei prueba que entónces pintaban los carros con varios colores. En aquella época tambien se hicieron las ruedas de un tan grande tamaño, que llegaban al borde superior del toldo.

Una especial mudanza en el carro de guerra, que se debe considerar como un invento de los persas, fué la construccion del carro falcado, objeto que aterrorizaba más de lo que debia, pues acaso no eran sus efectos tan terribles como comunmente se estimaba. Bajo Ciro el Joven fueron empleados de 150 á 200 tales carros. La diferencia entre el carro falcado y el carro comun consistia, en que el primero estaba provisto de un cierto número de hierros puntiagudos, en forma de guadaña,

encorvados hácia abajo y sujetos á la punta del timon, al eje y al toldo, de manera que destrozaban todo lo que encontraban. Los caballos y los conductores estaban armados; estos últimos iban provistos de látigos. Tambien los llevaban los oficiales para animar, como dice Jenofonte, á los soldados atemorizados.

A Ciro atribúyese, además del invento de los carros falcados, el de las máquinas para sitiarse las plazas fortificadas. Reunió unos artistas mecánicos ó carpinteros militares, que debian trabajar segun su plan. Él destinaba la masa de las vigas para la construccion de las torres ambulantes y el modo de juntarlas, probablemente segun el modelo asirio. El piso inferior de aquellas torres media cuatro canas; los otros pisos, que encima de aquel se elevaban, estaban amparados con parapetos; en cada torre cabian 20 guerreros. Arrastrábanla ocho parejas de bueyes, colocados entre cuatro timones. Introdujo tambien Ciro entre los persas los arietes, máquinas de las cuales se servian ya desde mucho tiempo en el ejército asirio. No faltaron las trabas, los azotes puntia-gudos, etc., como instrumentos para castigar y atormentar á los prisioneros y á los culpables. Su número se aumentó con la crueldad creciente de los monarcas persas.

UTENSILIOS PARA EL CULTO

No tenemos bastantes testimonios escritos ó figurados sobre tales objetos. A excepcion del recipiente sagrado (Havan), destinado para los sacrificios, que correspondia probablemente al asirio en el cual se ponía el agua sagrada, nada más se puede afirmar acerca de semejantes objetos. El mismo Havan, puede ser, consistia esencialmente en tazas de oro, un haz de ramos, aparatos para incensar, etc.



CAPÍTULO V

Los hebreos y los fenicios.

OBSERVACIONES PRELIMINARES

A sí como los árabes se separaron muy pronto de la tribu originaria, que había llegado en el oeste del Asia, esa misma tribu se dividió en varias secciones. Llegaron á ser masas de pueblos más ó menos numerosas, en los territorios de los cuales se habían apoderado. Entre ellos se cuentan los edomitas, emigrados en el sur del mar Muerto, de los que se separó Jacob. Pasó á Egipto, en el país inferior del Nilo, el territorio de Gesen; allí su posteridad, en varios siglos, se aumentó hasta formar un pueblo considerable.

Los hebreos, guiados por Moisés y rejuvenecidos, tocaron las fronteras de Siria. Fortalecidos por las fatigas de su peregrinación, mejorados en sus costumbres por la verdadera religión, repartidos en tribus como sus antepasados, combatieron victoriosamente contra los habitantes del país de Canaan. Bajo el mando del esforzado Josué, se apoderaron del país y de sus ganados. Aquellos territorios sin embargo no

favorecían la unidad del pueblo. Atravesados por numerosas sierras, y por ello divididos naturalmente en varias provincias, debían causar la separación del pueblo hebreo.

En los países fenicios de costa habíase desarrollado la actividad comercial. Sin contar las colonias, que ocupaban desde los más remotos tiempos las islas de la punta meridional del Asia menor, llegaron los fenicios con sus barcos á poseer emporios en Sicilia y en el Africa del Norte, y á defender con fortificaciones su desembarque y sus establecimientos en el sur de España, inagotable tesoro de oro y plata; en fin, tenían los fenicios relaciones comerciales en la costa meridional de Inglaterra. Miétras en los antiguos, célebres puestos de Sidon y Tiro, concurrían los tesoros del mundo entero, miétras en Fenicia reinaban la riqueza, la pompa y la molície, encontró David en el rey tirio Hiram un apoyo para favorecer el desarrollo de un lujo semejante en su propia córte. Después de haber fortalecido al exterior el reino adquirido, y haber elegido Jerusalem por su residencia, allí, con la ayuda de arquitectos tirios, hizo edificar un espléndido palacio. Rodeándose con toda la pompa de los monarcas orientales, ordenó las cosas militares, y estableció un número de empleados, sometidos á su voluntad, en lugar del capricho desenfrenado del pueblo.

Cuanto más brillantes llegaban á ser las condiciones de los grandes, comparadas con el sencillo modo de vivir de las clases inferiores, crecía también la mala voluntad de estas últimas. Hubo una revolución, á cuya cabeza estaba el jóven Absalon. La muerte del rey y la elección de Salomon calmaron el enojo del pueblo. Salomon favoreció el lujo y la magnificencia más aun que su padre. Tenía relaciones secretas con el rey Hiram, se casó con una hija del faraon Pruseunis, y ostentaba en su córte una pompa deslumbradora. Sin embargo, su sabiduría dominó completamente las circunstancias desfavorables. Tomó parte en el comercio universal, fundó emporios, como Palmira, en su mismo reino, y aliándose con navegantes fenicios, los ayudó á descubrir la rica India, Ophir, enriqueció el reino, y con justicia fué llamado universalmente el Sabio. Tanta riqueza sin embargo facilitó el paso á la molície. La muerte del grande Salomon fué la señal de la división del reino. La Judea, más favorecida, quedó fiel á Roboan; los israelitas, mucho

más numerosos, eligieron otro rey llamado Jeroboan. Imposible era siguiere pacíficamente el sistema de gobierno del rey Salomon. Los pueblos vecinos enemigos, aprovechando la division, emprendieron de nuevo sus guerras de conquista. Ni la alianza de los dos Estados bajo el activo y enérgico rey Josafat, ni el parentesco entre ambos reyes pudieron volver la antigua unidad del Estado. Durante el sangriento despotismo de Jehú, y el afeminado gobierno de su hijo y sucesor Joacás, cayó Israel aniquilado, enteramente falto de fuerzas. Ya parecia debiese sucumbir á los ejércitos triunfadores de Damasco, que se acercaban. Surgió un nuevo héroe en Jeroboan II. Logró con su esfuerzo, despues de sangrientos combates, recobrar las tierras perdidas, devolver su antigua dignidad al reino, y volver la paz y el bienestar á la poblacion. Bajo el gobierno del rey Usia, habia recobrado tambien Judá condiciones favorables.

Poco tiempo duró una paz, que tan cara habia costado. Faltaba al pueblo esa firmeza moral, que asegura la cosecha del fruto que madura en tales condiciones. Aumentándose las riquezas, volvió la aficion al lujo, que le habia una y otra vez arruinado. Más inclinado á lo material que á lo espiritual, volvió á caer en la idolatría siria. No valieron los avisos de hombres inspirados como Amos y Osa. Volvió el antiguo desórden, preparando la ruina total del Estado. El rey Manahen, acusado por las guerras interiores y los ataques de los enemigos exteriores, se vió obligado á pedir el auxilio de Phul, rey de Asiria. Su sucesor fué Ahas, rey de Judá. Las profecías de Isaías, despreciadas, entonces se realizaron. El influjo de Asiria produjo en Israel una mezcla de costumbres del país y extranjeras.

No pudieron lograr los reyes que vinieron despues, sacudir el yugo de la dominacion extranjera. *Habíalo vaticinado Jeremías, penetrando con la fuerza de su inspirado espíritu la depravacion del pueblo. Todas sus profecías se cumplieron. Despues que Salmanasar hubo sometido Fenicia y Filistea, obligándolas á pagarle tributo, sitió la capital Samaria, apoderóse de ella y transfirió el pueblo de Israel en sus Estados. Igual suerte amenazaba al reino de Judá bajo el sucesor de Salmanasar, y debió su salvacion á la especial desdicha de Senaquerib.*

Despues de los encarnizados combates entre Nínive y los Estados

aliados medos-babilonios, hubo un intervalo de tranquilidad para el reino de Judá. Duró bajo el sucesor de Manasés, Iskias, hasta que subió al trono el rey niño Josías, el cual tenía ocho años, sin cambio esencial en las condiciones interiores.

No quedó ociosa entonces la casta sacerdotal. Fundándose en la ley de Moisés, había recogido un libro llamado Deuteronomio, obra del mismo Moisés, y con él habíase presentado delante del rey, todavía de menor edad. Creyóse entonces haber encontrado unos cimientos seguros de un ordenado estado social.

Tranquilos estaban los países orientales; había caído Nínive y surgido en su lugar Babilonia. Harto pronto debíanse realizar también para Judea los temores que inspiraba el creciente poder de Nabucodonosor. Luego después de los victoriosos combates contra el ejército egipcio del faraón Neco, pareció delante de las murallas de Jerusalén como había profetizado con ardientes palabras Jeremías, fué la ciudad presa del vencedor, la mayor y mejor parte de la población hecha prisionera, y los tesoros fueron todos llevados á Babilonia. Así estuvo aniquilada la independencia de Judea, así parado nuevamente el progreso tranquilo de su desarrollo.

El pueblo vivía á orillas de los lagos de Babilonia, según las antiguas costumbres de sus antepasados, adorando á Jehová, pero fué corrompido, á pesar de ello, por las costumbres idólatras y lujuriosas de sus conquistadores. Luego que por la caída de Babilonia, bajo el dominio persiano, volvió á su patria, reapareció la antigua división, que impidió por mucho tiempo no tan sólo la reedificación del templo, sino que multiplicó las herejías y los errores. Solamente reinando Darío volvió á fabricarse el templo con la ayuda de arquitectos extranjeros, y fué provisto y adornado con los sagrados muebles y utensilios devueltos por Ciro. Pero tantas mudanzas en las condiciones políticas de los hebreos, habíalos esencialmente debilitado. Desunidos, con vacilante sentido moral, á pesar de la presente prosperidad, no les fué posible volver á su primera importancia.

Caído el Oriente bajo la espada de Alejandro, cayó también Judea en poder del conquistador griego. Fué, bajo sus sucesores, que á menudo eran enemigos, juguete de su fortuna y de sus caprichos. El pueblo

debió soportar, con oculto enojo, que Antíoco Epífanes despojara el templo de sus tesoros é hiciese erigir en el santuario del verdadero Dios la estatua de Júpiter. Aunque más tarde lograsen los judíos oprimidos, enfurecidos y desesperados, apoderarse de la ciudad y volver al culto de Jehová, y también recobrar la exterior prosperidad, poco duró ese cambio dichoso.—En el año 37, antes de Cristo, Jerusalem fué tomada por Herodes, que el Estado romano habia señaládole por rey, y el emperador Augusto le confirmó en su trono. Una tranquilidad de corta duracion siguió ese acontecimiento, se elevó el templo herodiano, y luego Tito cumplió la fatal malediccion.

No existen objetos de la antigüedad fenicia ó hebrea que puedan darnos datos fijos sobre el traje que usaban esos pueblos. En el curso del tiempo algunas cosas se encontraron de escasa importancia, restos de la industria fenicia, parte en el país, parte en los territorios lejanos de sus colonias. Exceptuando unas pocas monedas menos antiguas y algunas imperfectas imágenes de sagrados utensilios en el arco triunfal de Tito, en Roma, no hay más noticias sobre el pueblo hebreo que las que ofrecen las Sagradas Escrituras.

EL TRAJE

Bajo la cruel tiranía que soportaron en Egipto los israelitas desde la muerte de su protector José, no les fué posible participar de la creciente civilización de las costumbres del país. Como pastores nómades, se parecían á los habitantes de las costas del Nilo, acostumbrados á una vida rigurosamente arreglada y fija, una especie de bárbaros; los faraones los miraban como una masa del pueblo amenazadora, que trataban de someter obligándoles á trabajos de esclavos.

La ordenanza para la Pascua, relativa al traje del pueblo, dice: «Ceñid la cintura, poneos los zapatos y tened los bastones en las manos.» Los hijos de Israel, como las últimas clases de Egipto, habian emprendido su peregrinacion, desnudos ó apenas cubiertos con delantales, llevándose sus ollas de barro y demás cosas envueltas en trajes más anchos; los acompañaban una multitud de populacho y un grandísimo rebaño de ovejas y reses mayores, y así lograron escaparse de la muerte

que el faraon les destinaba. Es cierto que sus armas, escasas en número, eran únicamente espadones, cuchillos, arcos y hondas; pronto estuvieron obligados á combatir las tribus errantes del desierto.

Aunque el pueblo llevase consigo, emigrando, varios objetos de los egipcios, útiles de oro y plata y acaso trajes tambien, en la larga duracion de su viaje debia haber acudido á su propia industria. Ocupado casi únicamente en la cria del ganado y en su defensa, el mismo ganado le proporcionó los medios necesarios. Obligado así á volver á sus sencillas y originarias costumbres de pastores nómades, debió tambien volver á sus antiguas ocupaciones, necesarias para ese modo de vivir. La habilidad de las mujeres israelitas en hilar y tejer, especialmente desarrollada bajo el influjo egipcio, el recuerdo de los oficios perfeccionados en esa tierra, contribuyeron á facilitarles la fabricacion de los trajes. Pues es lícito suponer, á pesar de la oscuridad que envuelve esos antiguos tiempos, que generalmente en lo esencial se pareciese el traje hebreo al de los árabes nómades, usado en parte tambien hoy dia, las armas á las antiguas del mismo pueblo y así tambien los adornos.

Las guerras encarnizadas que proporcionaron un rico botin á los israelitas, les hizo usar algunos objetos ya citados del traje del Asia anterior y de Siria. Pero más numerosas fueron las armas que adoptaron que los trajes extranjeros.

En la época de los Jueces, en la cual los israelitas se apoderaron por medio de sus victoriosas guerras contra los ricos pueblos vecinos, de varios preciosos tesoros, los emplearon más bien en adornar espléndidamente lo que tenia relacion con el culto religioso. Si Aaron habia erigido en el desierto el becerro de oro con los pendientes del pueblo, el héroe Gedeon hizo con los anillos de los madianitas vencidos, las lunas de plata y collares, adorno de los camellos, y los trajes purpúreos de los príncipes muertos, un ídolo de oro, y para adornarle, un ephod (especie de manto) entretejido de oro.

Desde el firme establecimiento de la monarquía y el Estado más tranquilo de Israel, empezó el traje del pueblo á ser más completo y más rico. Aunque Saul quedase aficionado á las antiguas y sencillas costumbres; aunque tuviese poca inclinacion al lujo, ya durante su reinado empezó á dominar la pompa, especialmente en la armadura de los

grandes. Preciosas eran las armas del rey, y tan conocidas hasta de sus mismos enemigos, que las enviaron en el país como señal de la muerte de ese monarca.

Mucho se desarrolló el lujo bajo el reinado de David. Sus relaciones con los fenicios, especialmente el pomposo ceremonial de la corte tiria, que él imitó, tuvieron por consecuencia el desarrollo cada vez más extenso de la pompa exterior, la cual dominaba en los países occidentales. Bajo Salomon el lujo llegó á su apogeo.

A pesar de los tristes cambios de fortuna que sufrieron más tarde los hebreos, quedó siempre floreciente el lujo personal. Aficionados á adornarse con los productos del lujo extranjero, nunca habían rehusado tampoco de los enemigos admitir objetos especiales de adorno. Entregáronse voluntariamente al influjo de la pompa asiria, y durante su esclavitud en Babilonia, mezclaron su traje nacional con el babilónico. Bajo el dominio de los Tolomeos y de los romanos, parece también adoptaron algunos trajes especiales griegos y romanos.

Tales cambios tuvieron lugar, naturalmente, entre los ricos y los principales. Los hebreos pobres llevaron siempre su antiguo traje nacional. Este consistía en una especie de camisa con mangas cortas, un abrigo á manera de capa y un calzado sencillísimo.

Una notable influencia sobre la duracion de esa vestidura ejerció la circunstancia que la ocupacion principal de las mujeres israelitas habia sido siempre hacer los trajes de ambos sexos, ni despreciaban tal trabajo las de rango principal. Bajo el reinado de Herodes, las reinas y las princesas hacian los trajes de lujo.

Mientras las clases pobres empleaban especialmente la lana de las ovejas, de las cabras, de los camellos y el cáñamo crudo, las más acomodadas se servían de la lana más fina del país ó extranjera y del lino, procedente casi siempre de Egipto. Se prefería el color blanco en los trajes tejidos con esas preciosas materias, especialmente en las fiestas y ceremonias religiosas, pero usaban los hebreos también las vestiduras de varios colores como los pueblos vecinos. Los trajes purpúreos especialmente tenían mucha aceptación entre los ricos.

Sin tomar en cuenta la ley que prohibía á los seglares vestir trajes entretejidos de lana y lino, se permitía sin embargo cualquier clase de

adornos. Es cierto que desde Salomón también las industrias asiria y babilónica de bordar y tejer en varios colores habían sido cultivadas con perfección entre los hebreos.

Con la creciente preciosidad de los trajes y la facilidad de ensuciar los tejidos blancos en un clima caliente, aumentó la necesidad de lavarlos con mucha frecuencia; llegó á ser ésta una medida higiénica para la salud. Los lavaderos formaban una clase aparte, y tenían comúnmente sus oficinas fuera de la ciudad, en distritos especiales.

Pocas noticias nos dan las Sagradas Escrituras, exceptuando lo que se refiere al traje ceremonial de los sacerdotes, sobre la forma de las vestiduras de los ricos hebreos.

El traje varonil, á lo menos hasta el tiempo de la esclavitud babilónica, consistía principalmente en un traje interior sencillo ó doble, una cintura para sujetarle y un abrigo á manera de capa.

La forma del traje interior quedó siempre igual también en la época del mayor lujo; era una camisa con mangas cortas ó largas, que á veces llegaba solamente hasta las rodillas, más á menudo hasta los pies. Los más pobres la llevaban de los citados tejidos groseros. Aunque fabricadas sin el auxilio de la aguja, su espesor no favorecía la formación de elegantes pliegues como las telas finas de las largas y anchas camisas de los ricos. El que no llevaba más que un solo traje, se llamaba desnudo en el lenguaje común ó á lo menos miserablemente vestido; al contrario el traje doble, se consideraba lujoso. Jesús lo prohibió á sus discípulos. Los profetas del tiempo antiguo se contentaban con un solo traje y sandalias; algunas veces con un delantal de piel ó de crines y una capa también de crines, como el profeta Elías. Los grandes, en la época de los Jueces, y más aun en las épocas siguientes, usaban, debajo de la de lana, una camisa de lienzo. Esta última era ó más corta que la otra, ó más larga, como entre las tribus vecinas.

Bajo la influencia extranjera que sufrieron los israelitas durante la esclavitud babilónica y la dominación de los persas, adoptaron probablemente de los caldeos el traje interior muy ancho y de los persas la larga camisa con mangas.

Una parte muy importante del traje era la cintura. En los primeros tiempos, la cintura era de piel ó de fieltro de lana, más tarde quedó de

esta manera únicamente para las clases pobres. Los ricos también en ella imitaron el lujo extranjero, pues llevaban, á manera de cinturas, fajas de lienzo ó lana, entretejidas de oro y á veces adornadas con piedras preciosas. Los ricos llevaban el puñal y el cuchillo en la cintura; los escritores ó sabios el recado de escribir: la cintura á veces servía también como bolsillo.

El traje exterior, en su más antigua forma, era sin duda una manta oblonga-cuadrada, muy ancha, que se usaba como un abrigo. Además de esta sencilla vestidura, los israelitas usaron también las capas de las tribus del Asia occidental, luego la de sus vecinos orientales.

Desde que se rozaron con los habitantes de Damasco, aficionadísimos al lujo, bajo el reinado de Joacas y el siguiente de Jeroboan II, el traje de esa ciudad acaso había penetrado entre las clases acomodadas con el traje fenicio ya en parte adoptado. Usaron entonces, no tan sólo el más rico ornamento de los trajes interiores, sino también el más elegante desarrollo de los abrigos, como se ven en algunas esculturas asirias, que representan prisioneros de otras naciones.

Tales abrigos, como los mantos preciosos imitados de los asirios, que también se encuentran representados en unos bajo-relieves de Nínive, eran, entre los judíos, distintivo especial de las personas de rango elevado. Así más tarde los anchos caftanes medo-persas.

El lujo en el traje de los más ricos entre el pueblo, quedó limitado, por lo que se refiere á los trajes exteriores, parte á verdaderas faldas, cuales ya en tiempo antiquísimo parece hayan usado especialmente los habitantes de las costas, parte á las ya citadas anchas mantas dobles ó á una capa formada con dos mantas. Los trajes á manera de faldas, casi siempre procedentes del extranjero, tal vez se usaban únicamente en el invierno. A menudo preciosamente teñidos en color carmesí, á veces estaban guarnecidos y forrados con pieles. La capa se parecía enteramente al antiguo traje de las mujeres cabilas; probablemente originaria de otro antiguo traje hebreo. Consistía en dos piezas de tela oblongas, iguales, unidas enrededor de los hombros, y cubría, como el traje árabe, la parte anterior y la posterior del cuerpo. Ese traje, que se llamaba Ephod cuando lo llevaban los sacerdotes, se sujetaba con cintas ó ganchitos en las aberturas. En ese traje, que acababa en cuatro ángulos,

y en el largo y ancho abrigo podía efectuarse el precepto de adornar las puntas de los trajes exteriores con flecos y cordones purpúreos. Este adorno, que más tarde ofreció favorable ocasión á los hipócritas, es decir, á los fariseos y escribas, de aparentar mayor religiosidad engrandeciéndolos en lo posible, encuéntrase en los trajes de las esculturas asirias y en las imágenes de los monumentos persas.

La época griega añadió á los citados abrigos, pero solamente para militares, la ligera capa del ginete (clámide), y la época de la dominación romana la pénula, á veces provista de capucho y enteramente cerrada; verdadero traje romano para lluvia, viaje é invierno.

Las calzas usadas por los vecinos orientales de los hebreos, asirios y babilonios, á las que eran especialmente aficionados los persas, tuvieron aceptación muy tarde, y los israelitas las llevaban sólo raras veces, aun mientras moraron en Babilonia. Parece que allí solamente los judíos de rango elevado las usaron, así como en general el traje caldeo.

Se amparaba y se adornaba la cabeza con fajas más ó menos anchas, arregladas ó como gorras ó como turbantes. Estas, y acaso también las gorras á manera de capuchos, eran únicamente artículo de lujo para las personas principales. Los más pobres se contentaban con anudar el cabello por medio de un cordón, ó como los árabes de nuestros días, cubrían la cabeza con un sencillito y grosero pañuelo de lana.

El calzado quedó en análoga relación á las diferentes clases como su tocado de cabeza. Las personas principales únicamente, y casi siempre al salir de su casa, usaban las suelas y los zapatos elegantemente trabajados de los fenicios, asirios y persas, mientras el pueblo trabajador y los criados iban descalzos ó llevaban groseros zapatos de piel ó de palo.

Muchas veces los grandes, también en tiempos más modernos y lujosos, hacían llevar su calzado por los esclavos que los acompañaban.

Lo parecido entre el traje usado generalmente entre los antiguos pueblos asiáticos, tanto varonil como mujeril, puede servir también para el de los hebreos, además porque esa analogía, especialmente para los pueblos no asiáticos, está probada por las imágenes. Si pues la ley,

(probablemente fundada por el culto afeminado tiro-sirio, que se había introducido entre los judíos) mandaba: «No debe el varon llevar traje mujeril ni la mujer traje de hombre; Jehová, tu Dios, aborrece al que lo hace;» esto indica, no solamente la citada semejanza entre el traje de los dos sexos, sino también y especialmente la diferencia de que ya se habló entre el tejido que servía á los varones y el que servía á las mujeres.

El traje de las mujeres principales, por el número de las prendas, consistía, como el de los varones, en varias vestiduras superiores é inferiores y varios adornos de cabeza de diferentes formas. Como prenda especial de mujer, á lo dicho se añadía el velo, preciosas joyas y riquísimo calzado. Tan lujoso traje pertenece, sin embargo, al período en que más dominaba la pompa. Hasta el tiempo de Saul, y también bajo el reinado de David, las esposas é hijas parece se hayan contentado con el antiguo y sencillo traje que seguían usando las clases inferiores. Desde aquella época, especialmente bajo Salomón, y después, los blandos y delgados tejidos, la muselina de algodón, el lienzo finísimo que proporcionaban el comercio egipcio y el indio, como los trajes purpúreos de los fenicios y los bordados de Asiria y Babilonia, encontraron demasiada aceptación entre las mujeres. No solamente las citadas telas eran preciosísimas, sino que también se adornaban las mujeres con prendas de esas mismas telas sumamente anchas, ricas de pliegues y tan largas que las arrastraban por el suelo. Así se hacía la camisa de anchas mangas, que en el interior de las casas casi siempre llevaban las mujeres como única vestidura. Hasta en los últimos tiempos se acostumbraba generalmente abandonar antes de acostarse esa única prenda é ir á la cama enteramente desnudos.

El principal adorno de aquel traje tan elegante como sencillo consistía en una bonita guarnición de los bordes y en la preciosa cintura, que se reemplazaba con otra más sencilla cuando otra más preciosa prenda cubría la inferior.

En este segundo traje se desplegaba todo el lujo más espléndido. Las mangas, muy anchas y largas, llegaban, en elegantes pliegues, hasta el suelo; diminutos adornos de lámina de oro, ornamentos de perlas y piedras preciosas guarnecían el borde y la abertura del cuello.

La ancha tira que servía de cintura ó la faja ricamente bordada correspondía á la variedad de los colores de los demás adornos. Las cinturas eran especialmente preciosas, casi siempre adornadas con cadenitas de oro, chapas del mismo metal, piedras preciosas, etc.

Las fajas se formaban con ricas tiras tejidas de diversos colores, muy largas y anchas; esas fajas rodeaban varias veces el cuerpo, llegando al pecho ó más abajo. De ellas colgaban, por medio de elegantes cadenitas, unas bolsas de piel finísima ó de estofa, también adornadas con dijes de oro.

El traje superior, que se vestía ó se echaba sobre esas prendas inferiores, daban cumplimiento al esplendor del conjunto.

Es muy probable que esa prenda fuese, como para los hombres, un caftan más ancho—traje largo ó corto, abierto delante, con mangas largas ó cortas—ó un abrigo muy ancho, á manera de capa; tanto el caftan como la capa no eran menos ricamente adornados que los trajes inferiores, pero de color purpúreo ó vario, mientras que los inferiores eran de un blanco deslumbrante.

Un velo rodeaba la cabeza y se anudaba debajo de la barba.

El tocado de cabeza, debajo ó encima del velo, según el capricho y la riqueza de cada cual, consistía, parte en cofias de oro, á manera de red, adornadas con perlas, piedras preciosas y otros dijes; parte en preciosos cordones de perlas ensartadas, de piedras preciosas, coral y chapitas de oro, con los cuales se trenzaban los cabellos, y parte en ricas cintas de púrpura bordadas con flores de oro.

No menos precioso era el adorno del calzado. Consistía especialmente en suelas de cordones ó zapatos de cintas, hechos con piel encarnada ó amarilla, adornados con ganchitos de oro. Sin duda las hebreas imitaban la costumbre de las jóvenes solteras tirias, las cuales, dice el poeta Virgilio, anudaban el coturno de púrpura hasta las pantorrillas; y también Judit, para agradar á Holofernes, debía sujetar las suelas á los piés.

Al salir, en fin, se cubría enteramente la mujer con un ancho manton, más ó menos fino, á veces transparente, de color oscuro ó purpúreo, y hoy día se lleva negro.

Ni los profetas dejaron de hablar contra un lujo tan afeminado como

el que acabamos de describir, el cual duró, especialmente entre las mujeres hebreas, hasta la época de los apóstoles. Quedó siempre un punto muy principal en sus sermones contra la corrupción de las costumbres del pueblo. Amos y Osea no callaron nunca acerca la desmesurada afición al lujo que se había introducido entre la raza de Jacob bajo el reinado de Jeroboan II. Isaías, aumentando aun más la pompa bajo el gobierno de Jotam, lanzó contra ella las más encarnizadas reconvenciones. Pintó con espantosos colores la molicie y el desenfrenado lujo en los trajes de las bellas judías, y trataba de aniquilarlas con aterradoras comparaciones: «Pues que las hijas de Sion, dijo, andan orgullosas con la cabeza erguida y los ojos afeitados, pisando lentamente el suelo con añillos de oro en los piés, el Señor hará desnudas de cabellera la cabeza de las hijas de Sion y descubrirá su vergüenza. Luego el Señor borraré y destruirá todos los adornos, el brillo de las cadenas de los piés, los pequeños soles y las pequeñas lunas, los pendientes, los brazaletes y los velos, los ornamentos de la cabeza, las cadenas, las cinturas, los frasquitos de esencias olorosas, los amuletos, los anillos para los dedos y la nariz, los trajes inferiores, las capas, las anchas vestiduras, los bolsillos, los espejos, las camisas, las tiras para la cabeza y los trajes superiores.

»En lugar del perfume de los bálsamos habrá el hedor de la podredumbre, cuerdas en lugar de cinturas, calvicie en lugar de trenzas, un estrecho saco en lugar de una ancha capa, y en lugar de la hermosura las cicatrices de las quemaduras.» No ménos amenazador fué Jeremías: «Aunque te vistas de púrpura, te adornes con alhajas de oro, te afeites los ojos, en balde tratas de parecer más hermosa; los amantes te desprecian y desean quitarte la vida.» — «Los que comían únicamente golosinas y manjares exquisitos, se mueren de hambre por las calles; los que descansaban en la púrpura, abrazan el estiércol.» Todavía en el tiempo en el cual, en Oriente, se preparaba, también bajo Nabucodonosor, la ruina de Judea, Ezequiel encontró la oportunidad de vituperar, como Isaías, la corrupción del pueblo. El también habla largamente del adorno, de la especial afición para ornamentos preciosos y brillantes, del arte de aumentar con medios artificiales la hermosura natural. Mientras reconviene al pueblo hebreo por su idolatría, llamándole una mujer adúltera,

se dirige lastimosamente contra Jerusalén, en nombre de Jehová: «Te he purificado con agua, he lavado tus manchas de sangre y te consagré con óleo. Te cubrí con trajes bordados, te hice preciosas sandalias, te adorné con finísimas telas y te puse un velo. Te adorné con alhajas, te regalé joyas para los brazos y el cuello, pendientes para las orejas y la nariz, y coloqué una preciosa corona sobre tu cabeza. Estabas adornada con oro y plata, vestida de telas finas, de velo transparente y cubierta con prendas bordadas.»

Todos los artificios para aumentar la hermosura y todos los adornos indicados por los profetas encuentran su explicación en el arte cosmético de los antiguos pueblos orientales. Hace enteramente falta una, aunque mezquina, prueba material para averiguar en cuanto se diferenciaban formalmente de las joyas de los egipcios, de los árabes, y de los asirios. Sin embargo, una especialidad de los adornos hebraicos parece haya sido el más frecuente uso de cadenas y dijes colgando, con los que probablemente adornaban las mujeres los brazaletes y aros para los tobillos, siendo por lo general sólo las mujeres las que se adornaban tan ricamente.

El principal, acaso el único adorno del varón, era un anillo de sello, además de una vara, que estaba sin duda también adornada.

TOCADO DE CABEZA

Hombres y mujeres cuidaban igualmente mucho el peinado. Estimábase el color negro, y en las mujeres, el cabello largo y espeso.

El Cantar de los cantares le celebra con lisonjeras palabras:

«Hermoda eres, amiga mía, muy hermosa. Tus ojos, como los de la paloma, brillan bajo la sombra de tus rizados cabellos. Tu cabellera se parece al reluciente pelo de las cabras, que pacen en el monte Gilead.»
—Las mujeres principales, especialmente las jóvenes solteras, rizaban ó trenzaban sus cabellos y llevaban esas largas trenzas sueltas ó arregladas elegantemente enderredor de la cabeza. Aumentábase su brillo natural por medio de preciosos bálsamos y esencias olorosas.

Era un oprobio tanto para el varón como para la mujer la pérdida

del cabello, aunque antiguamente no permitía la costumbre llevar larga cabellera, á lo menos á los hombres entrados en años. Agradaba, sin embargo, á los jóvenes, y en todo Israel no habia hombre más bello que Absalon. Mucho más tarde consideróse el cabello largo en los hombres como señal de molicie ó afeminacion, aunque habia bastantes casquivanos que llevaban largo el cabello y le hacian rizar artificialmente por el peinador ó peluquero. La ley se ocupaba de las barbas, que los hebreos así como los árabes y los asirios, consideraban el mejor adorno del hombre, y perfumaban cuidadosamente con bálsamos y esencias. Mandaba á los legos (en oposicion á la ley de los árabes): «No cortareis el cabello alrededor de las sienes, ni la punta de las barbas;» y á los sacerdotes: «No formareis corona ó tonsura en vuestra cabeza ni cortareis la punta de las barbas.» Las barbas eran además distintivo especial del hombre libre. Así como el cortarlas con violencia, se miraba como el mayor de los agravios, el besarlas y rociarlas con aguas olorosas se consideraba como testimonio recíproco de respeto. Tuvieron influencia especial sobre las barbas las relaciones ceremoniales del traje, tan importantes en la vida de los israelitas, y más todavía en la manera de expresar el dolor, sobre todo en caso de muerte de algun íntimo amigo ó algun pariente. En tales circunstancias arrancábase el pelo de las barbas, ó bien se cortaba del todo ó á lo menos se descuidaba enteramente para largo tiempo. «Ciro, cuando supo que los israelitas se habian casado con mujeres infieles, desgarró su vestido y su capa, arrancóse los cabellos y el pelo de las barbas y sentóse sumido en el más profundo pesar.» Siendo sumamente vivas las pasiones de ese pueblo, la primera expresion de su dolor iba acompañada de descompasados y violentos ademanes. Se retorcian las manos, se golpeaban la cabeza y el pecho, se arrastraban en el suelo ó se echaban polvo y ceniza en la cabeza, y hasta se arañaban el rostro y el cuerpo. «Tamar echóse ceniza en la cabeza, desgarró el traje de varios colores que llevaba, y con la mano sobre la cabeza andaba gritando: «Las doncellas suspiran como palomas y se golpean el pecho.» «Llegaron de Siquem, Silo y Samaria ochenta varones con las barbas cortadas, los vestidos desgarrados, el cutis arañado; llevaban holocaustos é incienso en sus manos, para depositarlos en la casa de Jehová.» Tan violento desahogo del

pesar, como había llegado casi á una especie de idolatría para el difunto, dió lugar á una ley que prohibía en nombre de Dios arañarse la piel por un difunto. Llevar luto, al contrario, no solamente era permitido, sino que pertenecía á las costumbres generales. Durante el tiempo de luto, ambos sexos vestíanse con suma sencillez, sin adornos y hasta sin calzado alguno; se descuidaba en fin enteramente dar realce á la hermosura. El traje de luto era un saco grosero, tejido con crines, de color oscuro ó negro, y una cuerda ceñida á la cintura; cubríase la barba ó tambien toda la cabeza con un pañuelo. Las mujeres especialmente llevaban esa clase de traje, que puede ser pertenecía al traje de las viudas. En tiempos más modernos se ordenó que las mujeres acusadas de adulterio llevasen un traje completamente desprovisto de adornos durante la ceremonia del juicio de Dios que debía absolverlas ó condenarlas. Debían presentarse delante del juez sacerdotal en traje negro, sujeto al cuerpo por medio de una cuerda, sin llevar el más mínimo adorno.

El traje de la novia era completamente contrario á esa triste sencillez. Tambien entre los hebreos el matrimonio era una especie de operacion comercial, que se arreglaba entre los padres de ambos novios, sin que ellos tuviesen en esto parte alguna; sin embargo, los ricos, especialmente en los tiempos más modernos, celebraban las bodas con muchísima pompa. En ese día novia y novio ostentaban los más ricos trajes; la novia arrastraba una larga cola y cubria con un caftan precioso las demás vestiduras; el novio llevaba elegantes trajes inferiores y superiores.

De un modo análogo se adornó Judit cuando fué á visitar á Holofernes: «Abandonó el traje de luto que llevaba puesto, se despojó del vestido de viuda, lavóse el cuerpo con agua y le perfumó con óleo de mirra; arregló sus cabellos, los sujetó con una tira, se vistió con sus trajes de alegría, los mismos que llevaba cuando vivia su esposo. Anudó las sandalias á los piés, adornóse con collares, brazaletes, sortijas y pendientes; no dejó nada de sus alhajas preciosas; hermoseó su rostro para que sirviese de cebo á los ojos de los hombres que la vieran.» Una parte importante del traje de la novia, que Judit debió descuidar, era un espeso velo de color purpúreo. La novia cubríase con ese velo, cuando, acompañada por sus amigas y compañeras, entre música y danzas, de

noche, á la luz de las antorchas, iba con su esposo á su nueva morada. El novio ostentaba una corona de flores ó de hojas durante la comida preparada en su casa, donde se reunia todo el séquito. Con el desarrollo de las relaciones políticas en Israel y Judea, cerca el fin de la época de los Jueces, ó sea época heroica del pueblo, el traje habia llegado á tener un carácter más fijo y ceremonial. Si los ilustres guerreros que entonces surgieron, despues de alcanzada la victoria, volvieron en parte á las antiguas costumbres patriarcales de la vida particular, el pueblo los miraba como varones de especial sabiduría. Los consideraban no solamente como enérgicos capitanes, sino tambien como sabios intérpretes y ministros de la ley, á cuyo dictámen todos se sometian en los casos dudosos. Así formaban, tambien por su edad, la privilegiada casta de ancianos y jefes de tribus. El pueblo los seguia espontáneamente donde querian llevarlo, y ellos eran los que montaban las borricas de varios colores, y sentábanse en alfombras los que llevaban la vara del mando.

El dominio de los reyes, establecido por Samuel, en lugar de la teocracia pura, habia ocasionado una representacion del poder reinante tambien en el traje. El poder del monarca, casi siempre libremente elegido por el pueblo, no era sin límites. Tenia facultad de hacer la guerra, la paz, pero estaba sometido á la ley de Jehová. No era sino el juez supremo.

En el espíritu de la antigua teocracia, era un puro representante de Dios, y, despues de la casta sacerdotal, conservador y defensor del culto nacional.

Considerando al rey como á un hombre, debia ser limitado el lujo de su exterioridad. Esencialmente, para ser digno del trono, se requeria un talle alto, fuerza física y un cuerpo sin el más mínimo defecto; cualidades que exigían tambien los fenícios en sus reyes. En algunos casos particulares solamente tenia lugar una solemne consagracion ó coronacion del soberano. Así sucedió bajo Atalia, madre de Aias, en la consagracion del niño Joas: «El sacerdote entregó al jefe de los cientos las javelinas y los escudos del rey David, los cuales estaban en la casa de Jehová. Los correos se pusieron, cada cual con sus armas en las manos, desde el lado derecho de la casa hasta el izquierdo, á lo largo del altar y de la casa, en derredor del rey. Luego condujo fuera al prin-

cipe real, le puso la corona y le consagró; le hicieron rey, le echaron el bálsamo y palmotearon gritando: ¡Viva el rey! Oyendo Atalia las voces de los correos y del pueblo, entró en el templo. Y vió al rey en su sólio, segun la costumbre, y los cantores con las trompetas al lado del rey, y todo el pueblo regocijado tocaba las trompetas. Atalia entonces desgarró sus vestidos y gritó: ¡Conjura! ¡conjura!

Los reyes, especialmente los más antiguos, adornábanse comunemente como les parecía más propio de su dignidad. La costumbre de los ancianos en tiempo de los Jueces, de montar burros y mulas, se habia conservado en la ceremonia de la consagracion. Por lo que se refiere al demás aparato, David ya habia imitado la pompa tiria, lo que llegó al extremo del lujo bajo Salomon. Este último sin duda habia adoptado no solo los mantos y trajes bordados de los príncipes del mar, sino tambien el traje purpúreo del rey de Tiro, cubierto con toda clase de preciosas piedras, corniolas, topacios, diamantes, turquesas, onix, jaspes, záfiro, ametistas, esmeraldas y oro, y sus vestiduras perfumadas de mirra, etc., además su cetro y corona, insignias régias de aquellos monarcas, como de los asirios y persas. Luego los reyes hebreos, como los asirios, etc., adornábanse tambien con diademas, numerosos brazaletes y anillos.

Reinaba la misma pompa en el aparato de las reinas y esposas del rey, cuyo número, desde Salomon, aumentó desmedidamente. El mismo Salomon tenia en su harem 700 mujeres princesas y 300 concubinas, pues le agradaban al rey muchas mujeres extranjeras, además de las hijas de Faraon: moabitas, amonitas, edomitas, sidonias, etc. Cada una de ellas llevaba consigo la pompa de su tierra en el harem, donde pues debia verse infinita variedad de trajes. Es cierto que entre todas, por la riqueza y primor de los adornos, debian distinguirse las princesas tirias, especialmente honradas por el rey.

Los cortesanos del rey recibian del soberano, segun antigua general costumbre oriental, donativos de honor, los cuales eran lujosos trajes de ceremonia, adornos y armas preciosas; así los empleados de corte, especialmente el mayordomo, el tesorero, los camareros, los coperos, y sobre todo los jefes de la real guardaropa. Tambien los especiales distintivos de los empleados del gobierno, consejeros, secretarios, escriba-

nos, parece haber consistido en semejantes donativos, mientras los jueces y empleados inferiores del municipio se distinguían muy poco en su traje del pueblo en general. Sin embargo, aquellos que, como ancianos, representaban la supremacía local, justiciera y política, parece igualmente haber siempre conservado el derecho de llevar la vara del juez. Pronunciaban las sentencias en las plazas públicas ó debajo de las puertas de la ciudad, donde los pleiteantes se presentaban muchas veces en traje completo de luto. La sentencia cumplíase inmediatamente después de pronunciada y delante del mismo juez; pues «si el culpable merece azotes, le ponga el juez en el suelo y le haga azotar en su presencia, tantos golpes cuantos ha merecido, etc.» Por lo común, los castigos eran blandos, no crueles como era la costumbre general en el demás Oriente. Muy á menudo consistían en prisiones, en devolución de lo ajeno y azotes con látigos nudosos. Si el culpable era reo de muerte, la ley no permitía otro suplicio que la espada ó el apedreamiento; sin embargo, en los tiempos más modernos añadió la horca, la cruz, etc., á esos suplicios.

Es probable que, mucho antes que existieran relaciones políticas, el culto haya ejercitado una influencia ceremonial en el traje. Moisés, caudillo y legislador del pueblo, criado en la corte egipcia é iniciado en los misterios religiosos de Egipto, había acaso adoptado algunas exterioridades que allí se usaban é introduciéndolas en la antigua clase sacerdotal hebrea.

Sin embargo, comparando los trajes sacerdotales egipcios y los hebraicos, encuéntrase entre ellos esencial diferencia. El traje de los sacerdotes israelitas tenía muy poco parecido con el de los fenicios, el cuál, menos el régio manto de púrpura para el gran sacerdote en el santuario de Melkart (Tiro), se asemejaba en general al traje sacerdotal egipcio; tampoco se parecía al traje ceremonial de los magos medo-persas. En el traje sacerdotal egipcio se reconocían las huellas de la antigua tradición egipcia; los ornamentos del gran sacerdote eran una mezcla de pompa asiria y de sencillez hebrea, especialmente en la camisa y el traje de *espaldas*. La parte más rica de ese traje habíase acaso desarrollado desde la época en la cual se aliaron más íntimamente Israel y Judea con el reino de Asiria, especialmente desde que entraron costumbres y

culto asirios en Israel bajo Menahem, á lo que quizás se refieren las palabras de Ezequiel sobre la idolatría de Samaria y Jerusalem. Samuel, en tiempos de Heli, vestía una sencilla capa de lienzo, pero más tarde todas las vestiduras sacerdotales fueron más ricas y variadas.

La consagración de los sacerdotes era acompañada por una purificación, la cual consistía en lavar enteramente el cuerpo y echar bálsamo en algunas partes de él. Luego vestíase solemnemente el traje sacerdotal y se ofrecía al mismo tiempo un sacrificio. Todas las prendas de aquel traje debían ser de lienzo cándido como la nieve. Consistían esas prendas, contrariamente al traje sacerdotal egipcio, en una suerte de calzas, en una camisa de una sola pieza, una cintura de varios colores y un tocado de cabeza, que tenía la forma del caliz de una flor; ese tocado era también de lienzo. En las funciones religiosas no llevaban los sacerdotes ningún calzado; tampoco era lícito á los sacerdotes llevar tonsura, ni entregarse á las excesivas demostraciones de luto que usaba entonces el pueblo hebreo, y estaban obligados, sin embargo, fuera de sus funciones, á vestir como todos los demás.

Las calzas sacerdotales anudábanse con un cordón ó cerrábanse por medio de botones. La camisa llegaba á los pies; tenía mangas estrechas y poquísima amplitud, llegando casi á dejar ver la forma del cuerpo; era muy escotada delante y detrás, y llevaba cordones de piel sobre las espaldas. La cintura, que sujetaba el traje, llamábase originariamente Abeneth. Era de un precioso tejido con dibujo de flores, con fondo blanco variado de escarlata, púrpura, azul claro. Era bastante alta, y daba varias vueltas en rededor del cuerpo, y tenía dos cabos que llegaban á los tobillos. Esos cabos, en la celebración de los sacrificios, echábanse encima del hombro izquierdo.

El tocado de cabeza era doble. Una especie de tira de lienzo trenzada cubría dos terceras partes de la cabeza. Cubríase luego con una pieza que la sujetaba por medio de un cordón, y así no podía caer en los varios movimientos que hacía el sacerdote celebrando el sacrificio, etc.

Todas las citadas prendas, especialmente las calzas, el traje inferior y la cintura, pertenecían también al traje ceremonial del gran sacerdote. Su consagración, las ceremonias de purificación y unción con óleo preciosísimo, los holocaustos expiatorios, los de acción de gracias duraban

más que las que se celebraban para los demás sacerdotes (siete días), y también su traje ceremonial distinguíase de los demás por prendas de adorno y ornamentos especiales. Á esos pertenecía, según la ley, un riquísimo traje superior, una *vestidura de los hombros*, una preciosa alhaja de pecho, y un precioso y rico tocado de cabeza. No podía tampoco el gran sacerdote entrar en el santuario sino descalzo, ni ponía los citados vestidos y adornos de ceremonia sino en ocasiones solemnes. En los días comunes de penitencia y reconciliación, iba con modesto traje, como la comunidad, con sencillas vestiduras de lienzo. Estas fueron dobles en tiempo menos antiguo. En fin, y como los otros sacerdotes, fuera de su oficio llevaba el traje de los seglares.

Este era el orden con el cual el gran sacerdote añadía al traje común de los demás las prendas que le distinguían. Encima de la camisa (*chetomene*), sujeta por medio de la cintura, llevaba el traje superior (*meir*). Este, probablemente más corto que aquella, estaba tejido en una sola pieza, y tenía una abertura para el cuello y dos para los brazos. Era de color purpúreo, adornado en el borde inferior con borlas de tres colores, interrumpidas á intervalos iguales por campanillas de oro, que servían á llamar la atención sobre el sacerdote. Luego poníase el *traje de los hombros* (*ephor*), más corto todavía. Esta prenda, que era probablemente el traje usado antiguamente por el pueblo, originaria vestidura de los sacerdotes más rica y adornada, con la cual el héroe Gedeon había decorado su ídolo, había llegado á ser el más rico ornamento del gran sacerdote. Parecido á la prenda sagrada que usan los sacerdotes al celebrar la misa solemne, consistía en una pieza que cubría el pecho y la espalda, de un tejido de lienzo (*biso*) purpúreo, morado, carmesí y oro. La parte que cubría el pecho estaba profundamente escotada en forma cuadrada, con bordes guarnecidos de tres rangos de piedras preciosas; sujetábase en los hombros á la parte posterior por medio de láminas de oro cargadas de piedras preciosas; anudábase en los ángulos inferiores por medio de cintas. En fin, sujetaba ese traje la rica cintura de varios colores. En el escote del *ephor* llevaba el gran sacerdote la alhaja que es el emblema de su dignidad. Era una cápsula oblonga, enteramente de oro, adornada con doce piedras preciosas, colocadas en tres líneas y en el orden siguiente: esmeralda, topacio,

cornerina, ónice, záfiro, rubí, amatista, agata, jacinto, jaspe, bérilo, crisólito. En cada piedra estaba grabado el nombre de una de las doce tribus del pueblo hebreo. Esas piedras rodeaban el urim, que parece haya sido un conjunto de cuadritos de diamantes. Esa alhaja, siendo muy pesada, estaba sujeta por medio probablemente de anillos, cadenas y ganchos de oro á los hombros y á la cintura del ephor.

El gran sacerdote se cubria la cabeza con una especie de turbante. Una diadema de oro ocultaba la frente, y sujetábase con cordones morados. En él estaba grabado el nombre de Dios Jehová santo.

En las fiestas solemnes, procesiones y sacrificios, tambien el lego parecia en su mejor traje de fiesta; si la solemnidad era especialmente de alegría, se adornaba con una corona de yedra. En el tiempo de la plegaria, poníanse los judíos en rededor de las manos, en la frente cubriendo los ojos, en el brazo izquierdo, en la region del corazon, tiras de pergamino que llevaban escritas varias sentencias sacadas de la Biblia, para mejor acordarse las palabras de Jehová. Esta costumbre llegó más tarde á servir para aparentar una falsa santidad, como las borlas en los trajes: «Lo que hacen todavía, dice Jesús, es para mostrarse; llévan anchas tiras de pergamino con las palabras de la Escritura y grandes son las borlas que guarnecen sus vestidos.»

Desde la llegada del pueblo de Israel en el territorio de los hijos del desierto, especialmente desde su toma de posesion de la tierra de Canaan, tenia continuamente la necesidad de estar preparado á la defensa contra los ataques de los enemigos que habia echado con la fuerza. Por su separacion topográfica en varias provincias, su vigor quedaba menguado, sus empresas guerreras bajo el mando de Josué, estando unidas todas las tribus, ya habian concluido. Hasta la época de su nueva union bajo un solo comun jefe, sus batallas, más bien escaramuzas y represalias, debian tener resultas de corta duracion. Todavía bajo el mando de Abimelech, despues tambien de formada la alianza de las ciudades, siguieron durando tales condiciones; aunque se hubiesen gastado 70 siclos de plata, sacados del tesoro del templo de Baal Berith, para pagar soldados mercenarios, éstos eran malos sugetos. Cuando se juntaban todos los aliados para una larga é importante guerra, esa union no era muy larga. Concluida la campaña, los hijos de Israel volvian á sepa-

rarse; cada cual iba á su tribu. Con Saul, finalmente, las cosas militares de los israelitas tomaron más fuerza é importancia. Los enormes armamentos de los filisteos contra Palestina ofrecieron el primer obstáculo. «Había reinado dos años sobre Israel, cuando Saul escogió tres mil hombres de Israel; dos mil estaban con Saul en Michmasch y en el monte Bethel; mil estaban con Jonatan en Gibeá de Benjamin, y dejó ir todo el resto del pueblo á sus tiendas.» «Y los filisteos se juntaron para combatir Israel con treinta mil carros, seis mil ginetes y peones numerosos como la arena del mar, y se avanzaron y pusieron el campamento cerca del Michmasch.» «Y era una terrible guerra la que hacía Saul todos los días contra los filisteos, y cuando el rey veía á un hombre fuerte y valeroso, le acogía en su tropa.»

El inmenso botín que ganó el ejército de Saul en las victorias sobre los filisteos, sin duda no tuvo poca influencia en el modo de armarse. Estaban antes los israelitas desarmados bajo la opresión de ese pueblo, y hasta desprovistos de cualquier útil de metal, de manera que no había en toda Israel un solo herrero, el cual hubiese podido hacer espadas ó javelinas. Después de aquellas guerras, parece hayan los hebreos poseído todas las armas de las que hay mención en el Antiguo Testamento. Su armadura, pues, era poco diferente de la de los más ricos habitantes de la costa; pero es cierto que en el ejército de Israel, como en el de los filisteos, solamente los jefes llevaban completa y aún en parte muy lujosa armadura. Mejor armáronse también los soldados probablemente solo bajo David; más riqueza apareció en las armas bajo Salomón: «Y Asa tenía un ejército, armado de escudo y javelina, trescientos mil hombres de la tribu de Judá y doscientos ochenta mil de la de Benjamin, que llevaban escudo y arco. Eran todos guerreros.

El escudo, el arma defensiva más importante también entre los israelitas, y, por consiguiente, la que más usábase en su ejército, tenía especialmente tres distintas formas. Correspondían á las tres clases de escudos usados por los asirios y los babilonios. Eran escudos de mano, más ó menos pequeños, y escudos de tamaño mayor, que cubrían enteramente al guerrero. Más tarde se usaron también, acaso á imitación de la armadura persiana, escudos de forma ovada. También esta arma debe haber sido semejante á la que usaban los citados pueblos. Era de

juncos trenzados ó de palo, cubierto con piel y fortalecido con guarnición de metal ó enteramente de metal, pero raras veces. Escudos dorados ó cubiertos de lámina de oro, como mandó hacer Salomon 200, pertenecían á los adornos del traje ceremonial del rey y de su guardia particular.

La armadura de batalla del rey Saul consistía en un yelmo de bronce y una coraza. Demasiado pesada era para David, el cual todavía no estaba acostumbrado á las cosas militares, ni tenía, llevándola puesta, libertad de movimientos. Sin embargo, siempre no era de bronce el yelmo de los israelitas, sino, especialmente en tiempos primitivos, como algunos yelmos egipcios, de fuerte fieltro ó de cuero; no se sabe si adornaban con copos sus yelmos, como los asirios. Más probable es, por el contrario, que los principales guerreros israelitas llevarsen corazas parecidas á las de los asirios, las cuales cubrían el pecho y la espalda. Tales corazas amparaban el pecho y la espalda hasta el cuello; eran de bronce ó formadas de chapas del mismo metal, colocadas á manera de escamas ó, como en tiempos de los macabeos, eran una especie de túnicas formadas de anillos metálicos. La cintura que sujetaba las unas y las otras eran fuertes correas, muy anchas y fortalecidas con chapas de metal.

Un arma defensiva especial, acaso imitada de los pueblos de la costa, era una armadura de las piernas formada con placas de bronce. Á ella se anudaba un fuerte zapato, que probablemente tenía la forma de los botines asirios, más tarde calzado de los soldados romanos.

La espada, la javelina, el arco y las flechas eran las principales armas ofensivas. La espada, cuchillo más ó ménos largo, comunmente puntiaguda y de doble corte, estaba encerrada en un forro y colgaba de una cinta especial al lado izquierdo. Más tarde acompañó la espada un puñal algo encorvado, arma de los guerreros romanos. La javelina, que podía servir también de arma arrojada, es probable fuese parecida á la de los asirios y de los persas; así el arco, el cual los israelitas hacían, como aquellos, parte de palo duro y elástico, de asta ó músculo, parte de metal y de diferentes tamaños. Ellos también, cuando no lo usaban, lo guardaban en un estuche. Las flechas eran de caña, á veces envenenadas, y casi siempre se guardaban en un carcaj; algunos eran preciosamente adornados.

Mucho se usaba entre los israelitas la honda, su arma favorita, y despreciaban las guadañas, las clavas, los martillos de combate, usados por los pueblos vecinos.

En los más antiguos tiempos había entre los hebreos banderas y estandartes que servían de señales para rehacer las tropas de las varias tribus. Pero es dudoso si más tarde también tenía el ejército semejantes signos de reunión, acaso parecidos á los que usaban los egipcios, los asirios y los persas. Puede ser que entre los hebreos no hubiesen otras señales que estacas ó palos fijos, colocados en puntos elevados, ó fuegos visibles á considerable distancia, con el objeto de reunir á los guerreros. Otros instrumentos audibles para señales eran los cuernos ó las trompetas.

DIVISION DEL EJÉRCITO

Ya hemos dicho que tomó esa división un carácter más determinado solamente desde el tiempo de David, y descansaba sobre todo en la añadidura de infantería que hizo el mismo rey á las tropas, que se componían hasta entonces de guerreros montados en carros y de su guardia particular, formada de soldados extranjeros. Además, después de haber averiguado el número de los varones hábiles para la guerra, los repartió en 12 masas, cada una de 24,000 hombres. Más tarde, bajo Salomón, fué introducida una numerosa caballería, y así desde entonces el ejército de los israelitas podía competir por las armas con los de los pueblos occidentales y orientales. Usia introdujo otra repartición de tropas. «El tenía un ejército de guerreros que iban por escuadras, según el número de su reseña por Jegiel, escribano, y Maa-seja, director, bajo la conducta de Hananja, uno de los jefes del ejército real. El número de los patriarcales caudillos de los fuertes héroes era 2,600. Mandaban una fuerza de 307,500 guerreros para defensa del rey contra el enemigo. Y Usia armó á toda la tropa con escudos y lanzas, yelmos y corazas, arco, y honda con piedras. Las divisiones del ejército más ó menos completamente armadas (no se sabe si tenían también uniforme), ya en tiempo antiguo consistían en masas de mil, ciento y cincuenta hombres, que tenían un jefe para dirigirlas y mandarlas. Si

no era el mismo rey el jefe supremo de todo el ejército, había un general superior; eran á él sometidos los oficiales de las varias divisiones, que formaban juntos el consejo de guerra.»

Los exteriores distintivos de los comandantes eran probablemente poco determinados, y dependían acaso de su riqueza y del favor del rey. Consistían, pues, en las citadas más lujosas armaduras, á cuyo conjunto contribuía el botín adquirido, y también como entre los asirios y los persas, en trajes y armas de honor. Prendas escarlatas ó purpúreas representaban entre esos objetos el papel principal. Pero, á lo ménos en los más antiguos tiempos, solamente los primeros generales se adornaban con semejantes vestiduras. Probablemente más comunes llegaron á ser en tiempos más modernos. Durante la época de los romanos, los guerreros judíos llevaban las capas pluviales griegas y romanas, y quizás sus generales se adornaban con el llamado *paludamentum*, manto enriquecido con tiras de púrpura.

EDIFICIOS

El primero que erigieron los israelitas después de haber salido de Egipto, en el desierto, fué un santuario móvil, consagrado al culto de Jehová. Era éste un pabellon-templo, el cual, estando relacionado con la vida nómada de sus constructores, parecido á sus tiendas, las cuales reemplazaban las casas, podía fácilmente formarse y deshacerse. Este templo, magnífico por sus ornamentos, estaba destinado á encerrar los sagrados objetos dejados al pueblo por Moisés, y á celebrar las ceremonias del culto religioso. «Moisés tomó una tienda, la elevó fuera del campo, lejos del mismo, y la llamó pabellon de la asamblea; y cada cual deseando interrogar á Jehová, iba al pabellon de la asamblea, el cual estaba fuera del campo. Y cuando Moisés salía para ir al templo, se levantaba el pueblo, y cada cual se colocaba en el umbral de su puerta, y seguían todos á Moisés con la vista hasta que llegase al sagrado pabellon. Entrando él, bajaba la columna de nubes, y se paraba á la entrada de la tienda, y hablaba con Moisés. Y todo el pueblo veía la columna de nubes, que estaba á la entrada del pabellon; y todos se

levantaban y se inclinaban, cada cual delante del umbral de su propia morada.»

Habitar en tiendas ó en sencillas cabañas de juncos y cañas, consecuencia de la larga peregrinacion del pueblo atravesando el desierto, fué costumbre duradera entre la mayoría de los hebreos, tambien despues de la toma de las tierras de Canaan, y casi continuando el mismo primitivo plan; por un lado la causa era que el pueblo habia reducido muchas de las ciudades conquistadas á un eterno monton de escombros, por el otro, porque continuamente molestado por los enemigos, no pudo luego lograr una firme, segura morada. Se fortalecian los hijos de Israel en cuevas y cavernas. Hecha la siembra, Madian, Amalek y los hijos de Oriente, los acometian, y destruian las mieses hasta el sitio donde está Gaza; no dejaban alimento alguno, ni ganado menudo, ni ganado mayor, ni borricos. Llegaban numerosos como las langostas; sus camellos tampoco podian contarse, y venian para arruinar el país.

Los habitantes de la parte oriental del territorio del rio Jordan quedaron especialmente expuestos á semejantes repetidas invasiones. Más largo tiempo, pues, estuvieron obligados á seguir en su vida de pastores nómades que las tribus establecidas más en el interior, sobre todo en el occidente de Canaan, favorecidos por la localidad. Pero, aunque por esas dichas circunstancias se hubiese establecido más pronto entre ellos la agricultura y, á consecuencia de ello, los principios de la vida de ciudad, aunque poseyeran grandes ciudades, algunas reedificadas desde el tiempo de Josué, preferian, sin embargo, levantar sus oreadas tiendas en el interior ó exterior de ellas. En la época más brillante del gobierno monárquico, especialmente desde David, parece que los israelitas experimentaron la necesidad de establecerse en ciudades. Pero en esto tambien fué más tarde la sola riqueza, la cual, gozando completamente la propiedad, estableció sus moradas fijas en derredor de los magníficos palacios del soberano, que eran, por decirlo así, los puntos céntricos del reino, tratando de participar de su esplendor. La mayoría del pueblo, sin embargo, parte por falta de medios, parte por aficion á sus habitudes, quedó fiel á su antigua manera de vivir. Todavía bajo el pacífico y próspero reinado de Jeroboam II, cuando en la ciudad de Samaria brillaba la riqueza en pomposos palacios y casas de marfil, el

pueblo de Israel vivía, como los asirios y los babilonios, todavía en tiendas.

Las casas pues, moradas de la clase acomodada, llegaron en parte á ser habitadas por el pueblo, si se encontraban en una ciudad conquistada, y después el mismo pueblo empezó á erigir otras sobre el mismo plan.

La forma general y la distribución de aquellas moradas parecen no haber variado mucho desde el tiempo más antiguo hasta nuestros días. El clima, los materiales de construcción, y más que todo esto, la limitada cultura de los pueblos orientales, la costumbre que tienen de vivir casi continuamente al aire libre, las poco cambiadas relaciones entre los dos sexos, ejercitaron especialmente en las construcciones de los particulares (también en Palestina), una influencia siempre igual. Esto con mayor seguridad puede afirmarse especialmente para las moradas más pequeñas, pues que hoy día tienen casi exactamente la misma coordinación que las más antiguas casas egipcias y asirias. Una mirada sobre una parte de la masa de casas de Nazareth, demuestra perfectamente lo dicho. Un patio exterior cerrado y descubierta, del cual arranca una escalera, que lleva al terrado de las habitaciones, sólidamente construidas. Esta correspondencia entre el plan de las modernas y antiguas casas, hace conjeturar análoga relación entre las más extensas é importantes mansiones particulares de los países occidentales.

Ladrillos de barro quemados ó secados al sol, menos frecuentemente piedras y guijarros, argamasa de cal ó yeso, y, para los tablados y las vigas, palo de sicomoro, de palmera y en algunos casos de olivo, de sándalo y cedro, eran los materiales de las casas de Palestina. Edificios cuadrados, encerraban un patio más ó menos espacioso, el cual, en las casas de más importancia, estaba rodeado de columnas de madera, muchas veces enlosado y provisto en medio de una cisterna. Ese patio, á veces adornado también de árboles, reemplazaba el moderno recibidor. En él se abrían las puertas de las varias habitaciones, grandes y pequeñas, las que comunicaban entre sí por medio de puertas y pasillos. «Se fueron de prisa los dos. y volvieron á la casa de un hombre en Bahurim, el cual tenía un pozo en su patio.» Era al entrar de la noche; David se levantó de la cama y fué á pasear en el terrado de

su real casa; y desde allí miró en el patio de la casa vecina, y vió una mujer que se estaba bañando. Sobre las habitaciones extendíase, pues, un pavimento, rodeado por una barandilla, que la ley mandaba se colocase, para evitar las caídas. «Cuando fabriques una casa nueva, debes rodear tu techo con una barandilla, para no cargar con la responsabilidad de una muerte, cayéndose alguno del techo abajo.» Una ó varias escaleras conducian parte desde el patio al interior de la casa, parte desde la calle al terrado. Como tambien en Palestina, allí pasaba la familia la mayor parte del dia, y hasta dormia en los meses del verano, colocando en el terrado los diferentes muebles necesarios á la vida particular. «Se levantaron temprano, y cuando apareció en el cielo la rosada aurora, Samuel llamó á Saul en el terrado, y le dijo: Levántate, yo te guiaré. Saul se levantó; los dos echaron á andar, y salieron de la casa.» «Las casas en Jerusalem y los palacios de los reyes de Judá llegarán á ser impuros; todas las moradas en cuyo terrado se quemó incienso y se hicieron libaciones á los dioses extranjeros.» «Andan en las calles con traje de luto, en los terrados y en las callejuelas todos gimen, y se derriben en lágrimas.» En las casas pequeñas todo consistia en un cuarto superior, cerrado por todos lados, que servia para dormir, ó colocar enfermos ó bien objetos misteriosos, ó en fin como en Egipto, servia para capilla doméstica; y el rey destruyó los altares, que estaban en el terrado del cuarto superior de Ahas. «Fabriquémosle un pequeño cuarto superior, pongámosle allí una cama, una mesa y una silla, y un velon, para darle habitacion cuando vendrá.»

Las personas principales y los ricos, los cuales, cuando Jerusalem fué el punto céntrico del reino, se habian establecido no tan solo allí, sino tambien en las otras residencias escogidas por los reyes sucesivos. Tirza y Samaria, habian imitado probablemente en la construccion de sus casas, como los reyes israelitas en la arquitectura de sus palacios, sobre todo modelos fenicios. De éstos, puede ser imitaran la construccion de varios pisos, que la aglomeracion del pueblo habia aconsejado en Tiro y Arado, y más que todo los jardinillos en los patios cerrados, y mayor lujo en el interior de las casas.

Los grandes palacios de Palestina, además de un buen patio céntrico, tenian otro anterior, cerrado por murallas. Servia, por decirlo

así, de antesala ó sala de espera. Estaba rodeado de columnas, como el patio del centro, y de él tambien arrancaban escaleras, las cuales llegaban á las galerías del techo. Desde este patio, por la puerta de en medio, se llegaba al segundo y á las habitaciones que le rodeaban. «Entonces el ejército del rey de Babel sitiaba Jerusalem, el profeta Jeremías estaba encerrado en el patio anterior del cuerpo de guardia, el cual estaba en la casa del rey de Judá.»

Las puertas que, como mandaba la ley, llevaban esta inscripcion: «¡Escucha, Israel! ¡Jehová, nuestro Dios, es un Jehová; luego ama á Jehová, tu Dios, con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas!» eran de madera, comunmente pequeñas; tenian goznes perpendiculares, y se cerraban por medio de cerrojos de madera. «Gira la puerta en sus goznes; así el perezoso en su cama.» «¡Mira! como nadie abria la puerta del cuarto superior, tomaron las llaves y abrieron.» «Quien fabrica su puerta demasiado alta, busca la caida.» Las ventanas, como las puertas pequeñas, daban á la calle; sin embargo, en las casas de varios pisos, parte de las ventanas de los pisos superiores daban al patio interior. Las cerraban rejas de madera ó cortinas, que se podian abrir y cerrar. Tales ventanillas más comunes, parecidas á las egipcias, no eran las únicas que se usaban; habia tambien mayores. Estas, para distinguirlas de las pequeñas, se llamaban tirias. «Por la ventana de mi casa, á través de mi reja miré hácia fuera.» «Elisa puso su mano sobre la del rey, y dijo: ¡Abre la ventana hácia el Mediodía! y él la abrió.»

Las estancias cerradas que rodeaban el patio interior, se repartian en casa anterior y casa posterior. Esta última servia de morada exclusivamente á las mujeres. El solo dueño de la casa podia penetrar allí, pero no parece fuese prohibido á las mujeres entrar en las habitaciones de los varones. La decoracion de estas estancias consistia para los pobres, en una sencilla capa de pintura uniforme en las paredes; para los ricos al contrario, en imágenes y adornos, tapicerías, ensambladuras de madera, mármoles de varios colores, etc., etc.; así el suelo, comunmente cubierto con argamasa de yeso ó formado de ladrillos. «¡Maldito sea el que fabrica su casa con injusticia y sus cuartos superiores con agravio! ¡El que hace trabajar á su prójimo sin recompensarle

y le niega el salario merecido! El que dice: Me haré una casa espaciosa y cuartos superiores oreados; quiero ventanas talladas en la piedra, paredes cubiertas con palo de cedro y pintadas.» «Y yo destruiré la casa de invierno, la casa de estío, se derribarán las casas de marfil, acabarán los grandes edificios, dice Jehová.»

LOS PALACIOS DE LOS REYES

Esas regias moradas, que se elevaron orgullosamente pomposas desde el principio del periodo del lujo en Israel, sobrepujaban naturalmente por la extension y la riqueza de los adornos, á todas las viviendas particulares, por más ricas que fueren. Luego, despues que David hubo reunido las tribus en un solo conjunto, enfrenado á los enemigos, escogido Jerusalem por su real residencia, y la hubo ensanchado y provisto de fortificaciones, se ocupó en dirigir la construccion de su propio alcázar, en la ciudadela de Sion. Ayudado por el rey Tiram con arquitectos tirios y preciosos materiales, le hizo probablemente erigir á imitacion del riquísimo alcázar fenicio, no ménos magnífico y lujoso, ostentando en él la pompa asiria, babilónica y pérsica.

Salomon, más favorecido y más inclinado aún al lujo de los países occidentales, no se contentó con un solo palacio cuya construccion duró trece años, sinó que le añadió otros soberbios edificios: un palacio para su esposa egipcia, y una casa de recreo en el Líbano, con grandes parques y viñas. «Salomon empleó trece años para fabricar su casa. Y cuando la hubo concluido, fabricó tambien la casa de palo de cedro del Libano, larga 100 varas, ancha 50, alta 30, sobre cuatro líneas de columnas de palo de cedro, con vigas del mismo palo, que descansaban sobre las columnas. Estaba cubierta de palo de cedro sobre las vigas, las cuales descansaban sobre 45 columnas, repartidas en tres hileras. Habia tres ringleras de ventanas, y tres veces ventana sobre otra ventana; todas las puertas y todos los postigos eran cuadrados, cubiertos, etc. Hizo un peristilo, largo 50 varas, ancho 30; un zaguan con columnas y un dintel delante. Hizo la sala del trono, donde juzgaba; estaba enlosada enteramente de palo de cedro.

Y su casa donde habitaba, tenía otro patio en el interior de la sala; hizo también una casa para la hija de Faraon, su esposa. Las murallas eran de ricas piedras, talladas y aserradas, desde los cimientos hasta la techumbre, y exteriormente hasta el patio mayor. La base era construida con ricas y grandes piedras, de diez y ocho varas. Tenían una capa de piedras aún más preciosas, talladas como las losas de palo de cedro, y el patio mayor tenía en derredor tres hileras de columnas de piedra tallada, una de vigas de palo de cedro, lo mismo el patio interior del templo, y asimismo el atrio. El rey Salomon envió á buscar á Hiram de Tiro, el hijo de una viuda, de la tribu Neftali, y su padre era tirio; trabajaba en obras de bronce; ante al rey Salomon, hizo todo el trabajo que le encargó aquel monarca.

Edificios semejantes á los de Salomon, ó que á lo menos tenían un plan análogo, aunque reducido, parecen las ruinas que se ven en Persépolis, los que formaban el alcázar de Susa y los que se elevaban en Tirza, nueva residencia de los reyes de Israel, después de la división del reino. Cuando el rey Omri trasladó la regia residencia en Samaria, surgieron los llamados palacios de marfil (adornados con marfil), edificios favorecidos por el casamiento de su hijo y sucesor Achab con la hija del rey Ethbaal de Tiro; otros lujosos edificios eleváronse en la misma época, especialmente casas de recreo con jardines.

Las fábricas en Jerusalem, á las que más tarde añadió algún riquísimo edificio el rey Johakim, fueron, sin embargo, siempre las principales en toda la Palestina. Yo sé historiador, hablando del real alcázar le llama una obra superior á cualquier descripción, en el cual luchan el arte y la riqueza, sin que ninguno de los dos rivales llegue á vencer al otro.

Parece que la esencial diferencia entre estas construcciones de los reyes de Israel y los soberanos asirios y babilonios consistió en la muy caracterizada entre los edificios sagrados y los profanos. Los lujosos palacios-castillos de estos últimos encerraban también los santuarios de la nación, y tenían, como en Egipto, el carácter de templos-palacios fortificados; al contrario las residencias de los monarcas de Israel y Judá, llevaban únicamente el sello de la pompa mundana. Allí no había imágenes de dioses ni cuadros que representasen ceremonias religio-

sas, etc.; nada más que ese lujo oriental que rodea al soberano como el más rico y elevado individuo en el Estado, como al humano representante de aquel Supremo Sér, á cuyos mandamientos él tambien estaba obligado á someterse.

Esta diferencia, que parece haya reinado tambien en el reino sirio-fenicio, era una ley del mismo Moisés. El habia desterrado el culto del toro Apis, en cuya idolatría habia caido el pueblo hebreo en el tiempo que moraba en Egipto, y habia restablecido el culto del verdadero Todopoderoso Jehová.

Para dar mayor firmeza á la nueva alianza entre Dios y el pueblo, habia edificado nuevamente los templos segun la antigua costumbre patriarcal. Había, para el uso del pueblo, sencillos altares de piedra tallados sin gradas ni adornos, sobre los cuales se ofrecian los sacrificios; luego un sitio aparte para custodia de los sagrados objetos y para el culto más íntimo.

Aunque en las circunstancias inciertas y vacilantes, por las que pasaron los israelitas despues de la toma de la Tierra Santa, muchos entre ellos y repetidas veces se alejaron del verdadero Dios y entregáronse á la idolatría local, la mayoría quedó fiel á la ley de Moisés. La tribu de Efraim habia llevado el arca santa y el sagrado tabernáculo, y lo colocó en Silo, que era su territorio. Por lo demás, sacrificábase sobre altares, que se erigian preferentemente en las alturas ó sobre los techos de las casas, ó bajo la sombra de copudos árboles; más tarde, para ponerlos al abrigo de la intemperie, eleváronse en su derredor una especie de capillas.

Faltan detalles acerca la forma y el tamaño del Arca de la alianza, que las tribus reunidas bajo Abimelech erigieron en la ciudadela de Siquem. Sábese solamente que despues de muerto Gedeon siguieron los israelitas aficionados á la idolatría y elevaron un templo á Baal-Berith. *Aquel templo, como el culto del ídolo, era sin duda una imitacion directa de costumbres sirias ó fenicias.* Acaso correspondia, por el plan arquitectónico, á las ruinas todavía existentes en Malta y Gozzo, las que eran colonias fenicias. Entre ellas llama especialmente la atencion la Gigantea, enorme torre, en Gozzo, por su plan más regular. Este edificio está compuesto de dos salones paralelos independientes y descubier-

tos; el mayor mide 81 piés de largo. Cada salon está repartido en dos patios de forma ovada. En el interior de esos patios, unidos por un pasillo que los atraviesa, encuéntrase nichos de piedra en forma de rejas, colocados irregularmente, altares, y en los arcos de los nichos, piedras cónicas, que tal vez eran groseras imágenes de ídolos.

Durante la época de los jueces, la influencia del culto sirio era muy poderosa entre los israelitas. Había levantado altares á los dioses filisteos Baal y Astarte, colocando en ellos efigies de esos mismos dioses riquísimamente vestidas. La casta sacerdotal estaba discorde entre sí por lo que atañe al culto, como el pueblo por lo referente á la política. Los mismos servidores de Jehová no temían cometer pecados de incontinencia en el mismo tabernáculo:—«Eli era muy viejo, y supo lo que hacían sus hijos, hasta el punto de abusar de las mujeres que iban á la puerta del tabernáculo de la asamblea para cumplir con sus preceptos religiosos.

Tanta corrupcion moral fué enfrenada por la eleccion de David, que resolvió restablecer á su antiguo culto los santuarios de la nacion y al verdadero Dios. Reunió 30,000 hombres escogidos entre los israelitas y con ellos trasportó solemnemente el Arca santa, sobre la cual pronunciábase el nombre de Dios. El arca estaba colocada sobre un carro nuevo; Ahio y Usa, hijos de Abinadab, guiaban el carro. David y toda la familia de Israel danzaban delante del arca, acompañados por el sonido de las arpas, de los tambores, de las campanillas y de los címbalos. Así llevaron el arca entre gritos de júbilo y ruido de trompetas. Fué colocada el arca en su lugar, y David ofreció sacrificios al Señor, y bendició luego al pueblo en nombre de Dios.

El rey, en lugar del antiguo tabernáculo, había erigido otro nuevo sumamente rico; más tarde echó el plan de la fundacion de un templo fijo, que debía sobrepajar en magnificencia su alcázar (la casa de palo de cedro). Los acontecimientos que turbaron la tranquilidad del reino y la muerte del rey impidieron la ejecucion del edificio sagrado; así es que durante el reinado de aquel monarca, no hubo más templo que el citado magnífico tabernáculo.

Muy probablemente lo que refiere la Sagrada Escritura acerca el espléndido lujo del pabellon mosaico relaciónase á ese tabernáculo.

Después elevóse el templo, que ocupaba un espacio de 100 varas de largo y 50 de ancho. Estaba rodeado de columnas, y en los intercolumnios colgaban tapices. Una cortina de 20 varas de ancho cerraba la entrada. Este atrio reemplazaba el patio anterior. El verdadero espacio, que era también un cuadro prolongado, estaba colocado al extremo. Tenía 10 varas de ancho, 10 de alto y 30 de largo. El tablado estaba compuesto de vigas paralelas perpendiculares, de palo de acacia y doradas, atadas por cerrojos, que pasaban en anillos de oro y sostenidas por pedestales de plata. Superiormente desplegábase cuatro alfombras. La que estaba más cerca del santuario era de lienzo, de color purpúreo, azul oscuro y encarnado claro, con un tejido que figuraba imágenes de querubines. La segunda, una tercera parte más larga, que cubría la primera, era de fina lana de cabras; la siguiente, de piel encarnada y la cuarta de pieles. Las dos primeras, más preciosas, estaban sujetas por medio de nudos y ganchos de oro. La entrada, colocada hacia el Oriente, estaba cerrada por una magnífica cortina de lienzo con figuras bordadas. Colgaba acaso como las tapicerías en el palacio de Ahasverus, en Susán, de columnas de palo de acacia doradas ó cubiertas con plancha de oro, que probablemente descansaban sobre bases de plata. Una segunda cortina, igualmente tejida con figuras de querubines, colgando de cuatro columnas cubiertas de lámina de oro, dividía el interior en dos partes. La primera tenía 20 varas de largo y 10 de ancho; la posterior 10 de ancho y 10 de largo. Allí estaba el Arca de la alianza; en la parte anterior, al Occidente, una mesa con panes de la propiciación, tazas, copas y jarros; hacia el Mediodía, frente de estos objetos, un candelabro de seis brazos y un altar incensario. En el medio, delante de la entrada, había un altar para los sacrificios y una grande bacía para las purificaciones.

Salomón, que tuvo la suerte de realizar el plan de su real predecesor en el interior de la ciudad, no ahorró nada de lo que estaba á su alcance en la construcción del sagrado edificio. Después de haber determinado el sitio que debía ocupar, frente la ciudadela de Sion, continuó los trabajos ya empezados por el rey David. Levantó en todo Israel 30,000 hombres y los envió al monte Libano; cada mes 10,000. Adoniram, era el jefe de esos trabajadores. Había en el monte 70,000 hom-

bres de carga y 80,000 leñadores y talladores de piedra, sin contar los capataces, 3 300, que velaban porque se hiciese el trabajo. El rey mandó llevasen piedras grandes de ricas clases y talladas para poner los cimientos. Aliado y amigo del rey Hiram, éste le había proporcionado los citados leñadores, más hábiles que los isrealitas, y, pagándolo el rey Salomon, grandes masas de oro, de palo de cedro y abeto. Estas últimas traíanse del Líbano, por medio de grandes balsas, hasta el sitio donde las podían recibir los hombres de carga.

Después de siete años de activo y continuo trabajo, fué concluida la fábrica. Inmensas fuerzas habíanse necesitado únicamente para poner sus cimientos, pues fué ensanchada la colina sobre la que debía descansar, y rodeada hacía Oriente por una muralla, que media 400 varas de alto. Existen todavía algunos restos de esa antigua fábrica. Por ellos reconócese que el templo era un edificio perfectamente técnico.

La construcción del templo representaba simbólicamente la idea de la unidad del Dios verdadero que allí se adoraba, pues era, por así decirlo, una sola localidad, y no como en los templos de Siria y de otros países paganos, donde imaginábanse varias divinidades mayores y menores; en el templo del pueblo hebreo, también las localidades secundarias relacionábanse de alguna manera al único Todopoderoso.

Tenia ese edificio 60 varas de longitud, 20 de ancho y 30 de alto. La división anterior tenía 40 de longitud y la posterior 20, cuadradas. En la parte oriental de la casa elevábase un átrio, que tenía 20 varas de largo y 10 de ancho. Las dos columnas que estaban delante tenían una altura de 23 varas. En derredor de la casa fabricó Salomon un pasillo ó corredor, y otro en derredor de la parte menos vasta ó sea *sancta sanctorum*; otro, en fin, en derredor del atrio. El pasillo menor tenía cinco varas de ancho, el segundo seis y siete el tercero.—Esos pasillos ó corredores conducían probablemente á estancias, que comunicaban interiormente entre sí por medio de puertas y escaleras. Como según la correspondencia de las medidas, el *sancta sanctorum* tenía 20 varas de alto, y por lo tanto 10 varas menos que el *sanctus* (treinta varas), acaso había habitaciones en el espacio que quedaba vacío debajo del techo, las que debían tener 10 varas de alto.—Llegábase á los pisos superiores por medio de una puerta al Mediodía y una escalera de cara-

col. El *sanctus* recibia la luz por unas ventanas que se habian hecho en la pared de circunvalacion, la cual tenia 10 varas de altura más que el templo. Dejaban aquellas ventanas tambien paso al humo de los incienso, etc. Cerraban las ventanas unas tablillas horizontales, á manera de celosías. Sobre el templo habia un corredor ó pasillo que media cinco varas de alto, y el techo estaba enteramente cubierto de palo de cedro.

Las murallas eran formadas de piedras de sillería, que se llevaron preparadas; no se oyó en el templo el ruido de ningun martillo ú otro instrumento de hierro mientras se trabajaba. El techo, pues, como queda dicho, estaba compuesto de tablas de palo de cedro; una capa del mismo cubria interiormente las paredes, y el suelo estaba cubierto de madera de abeto; luego las paredes y el suelo mismo estaban cubiertos de plancha de oro. Todo, en fin, era oro; ni se veia una sola piedra. La division entre el *sanctus* y el *sancta sanctorum*, que habia sido formada por una cortina en el tabernáculo, era en el templo un tabique de madera de cedro, en el cual abríase una puerta cerrada por dos hojas de palo de olivera: luego una riquísima cortina de lienzo finísimo, de púrpura azulada y color encarnado, con bordados que representaban querubines, colgaba delante de la puerta. Las hojas de la puerta formaban un pentágono, y estaban adornadas con esculturas de querubines y ramas de palmera, todo cubierto con lámina de oro. Otra puerta de lo mismo, pero de forma cuadrada, cerraba el *sanctus*, cuyas hojas giraban sobre goznes de oro y llevaban los adornos de la otra puerta. Ambas tenian adornos de oro en forma de cadenas.

En el interior, rodeando el templo, habia un patio, que se llamaba tambien patio de los sacerdotes. Estaba construido con tres capas de piedras talladas y una de vigas de cedro. Ese patio sostenia unos salones abiertos y otras estancias, morada y asilo de los devotos. Desde aquel patio interior llegábase por algunas gradas á otro exterior más vasto. Podia cerrarse con puertas de bronce, y parece que más tarde estuviese rodeado, como el otro, con estancias exteriores. Es probable que la entrada de este patio estuviese á Oriente. Tambien es probable que un pasillo, tal vez cubierto, condujese desde allí al régio palacio.

Los útiles necesarios para el culto eran el adorno esencial y movable del interior. El patio anterior, donde se reunia el pueblo para cum-

plir con los deberes religiosos, estaba sin adornos. En el patio interior había un tablado de bronce, que servía para la ceremonia de la coronación, un altar para los sacrificios, una grande bacía de cobre y diez de bronce más pequeñas. En el *sanctus* había un altar para los perfumes, los útiles necesarios para el sacrificio, diez candelabros de oro y diez mesas para colocar los panes de propiciación. En el *sancta sanctorum* había solamente el Arca de la alianza.

Un preciosísimo adorno, y muy celebrado, del templo de Jerusalem, eran las citadas dos columnas colocadas delante del patio anterior. Eran una obra del tirio Hiram Abif. Eran cilindros de bronce y llamábanse Jaquin y Boas. Median acaso 18 varas hasta el chapitel, 12 de circunferencia y 4 de diámetro. Los chapiteles, del mismo metal, median cinco varas de altura; las bases, de piedra, median diez varas, y así la altura del conjunto corresponde al informe de la crónica. No son muy claras las noticias acerca el adorno de esas columnas. Sin embargo, parece haya sido extraordinario.

La división del reino, que tuvo lugar después de la muerte de Salomon, llevó consigo también la división del culto.

El mismo Salomon, después de haber elevado el templo á ser el santuario nacional, después de haberlo provisto de los sacerdotes que requería el culto de Jehová, se inclinó al culto de Siria: «Siendo Salomon anciano, sus mujeres inclinaron el corazón del rey á otros dioses. Salomon adoró á Astarte, diosa de los Sidonios, y Malka, abominación de los Amonitas. Salomon entonces fabricó una altura á Kamos, abominación de Moab, en la montaña que está delante de Jerusalem, y á Moloch, abominación de los hijos de Amon. Así lo hizo para todas sus mujeres extranjeras, para que pudiesen sacrificar á sus dioses y ofrecerles el humo de los inciensos.»

Mientras en la Judea, bajo Roboan, fué restaurado el culto de Jehová Jeroboan, en Israel, esforzábese en introducir ídolos extranjeros, de manera que todos los levitas y los sacerdotes que habían quedado fieles al Dios verdadero, iban á Jerusalem para adorarle en su templo. Jeroboan seguía en la idolatría: nombró sacerdotes del cabro, hizo fabricar dos becerros de oro, y dijo: No vayais á Jerusalem: ¡aquí está vuestro Dios, el que os ha sacado de Egipto! Colocó uno de los becerros hácia

Betel y el otro hacía Dan. Luego erigió un templo en las alturas y nombró sacerdotes que no eran de la tribu de Levi.

La arquitectura de ese templo estaba sin duda en oposición á la del templo de Jehová, semejante á la arquitectura sirio-fenicia contemporánea. Más tarde, bajo Manasés, el mismo templo de Salomon sirvió de asilo á los ídolos extranjeros y á sus altares.

Pocas noticias tenemos sobre la coordinación arquitectónica de los templos fenicios, y confusas son las relacionadas al plan de esas construcciones en Israel y Judea. La imagen del templo de Pafo, que se encuentra en una antigua moneda, fué reconocida templo de Astarte; representa un edificio elevado; en medio, un ídolo groseramente formado, parecido á una pilastra con atrios laterales adornados con columnas; delante, un patio cerrado donde tenían su nido las sagradas palomas de la diosa. Es cierto que la arquitectura y ornamento de los santuarios tirios debían ser extraordinariamente magníficos, especialmente desde que el rey Hiram favoreció la riqueza y el lujo en la ciudad de Tiro. A él debió una parte importante de la ciudad sus palacios, y todo el país en general, no solamente la restauración de los antiguos santuarios ya existentes, sino también la erección de otros enteramente nuevos. Los templos de las divinidades protectoras del pueblo fueron ensanchados y hermoeados; el templo de Baalsamia adornado con incensario de oro y con una columna del mismo metal y otra de esmeralda.

El material de construcción para esos santuarios debía ser el mismo del templo de Salomon; principalmente piedras de talla y palo de cedro, á los que acaso se añadieron los mármoles de Paro y de Tarso, y más tarde aun los metales más ó menos preciosos.

Luciano describe el templo fenicio en Yerópolis como un edificio erigido sobre una altura, en medio de la ciudad, rodeado por una tríplice muralla, cuyas salas de ingreso, hacía el Norte, tenían unos cien pasos de largo. El santuario (*naos*), hacía Oriente, era de arquitectura jonia; la parte anterior adornada con mucho oro, con techo y puertas también de oro. En esta última se encontraba una división especial (*thalamos*) con entrada abierta. Allí, donde probablemente estaban colocadas las groseras imágenes de los dioses, no podían entrar más que los sacerdotes y sirvientes.

Luciano dice que tales imágenes eran de gran tamaño y simplemente en forma de columnas. Parece que en la isla Arado haya algunos de tales ídolos entre otras ruinas de santuarios tallados en la peña. Son pilastras redondeadas en la parte superior, que miden hasta 50 pies de alto y 14 de diámetro, con sencillos adornos.

Los dos cultos en la Judea, el del verdadero Dios y el de los ídolos siguieron hasta el rey Asa. Este monarca imitó á David; desterró á los profanos y derribó todos los ídolos. Alejó también á su madre, Maaca, para que no dominara; pues había erigido un ídolo en el bosque. Asa le derribó y le hizo quemar á orillas del torrente Cedron. Pero no fueron derribados los altares; sin embargo, Asa permaneció fiel al verdadero Dios. El templo de Jehová en Jerusalem había sido despojado de sus mejores tesoros por Sesonqui; Asa trajo lo que tenían él y su padre de objetos de oro y plata.

Tales esfuerzos aislados para restaurar la antigua fe, no dejaron huellas muy profundas. La reacción de Israel contra Judea, contribuyó poderosamente á debilitar la religión. La alianza entre los dos reyes bajo Josafat había introducido otra vez la idolatría, que acababa de ser abatida. Mas recobró fuerzas cuando Acab de Israel hizo fabricar en su nueva capital Samaria un templo á Baal y le proveyó con cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y cuatrocientos profetas del bosque.

Un acto tan culpable y atrevido, había despertado sin embargo, en el pueblo una terrible de oposición, pero no logró contrarestar la caída del templo de Jehová en aquellas tristes circunstancias. Raras veces, por ejemplo, bajo Joas y Usía, se hicieron reparaciones en aquel santuario; mucho más á menudo sus tesoros fueron empleados en objetos políticos. Varias veces, una por Israel mismo, fué enteramente despojado de sus riquezas. Nabucodonosor, después de haberse también apoderado de todo lo que había en él de precioso, le derribó enteramente y lo entregó á las llamas.

La erección de un nuevo templo por Zorobabel, después de la esclavitud babilónica, tuvo probablemente el mismo plan del antiguo. Aunque fabricado también con la ayuda de arquitectos fenicios y favorecida esa obra por el rey de Persia, parece no haya podido compararse al magnífico santuario fabricado por Salomón. Faltábale el Arca de la

alianza, pues había sido destruida con el santuario que la encerraba. Quedó, pues, vacío el *sancta sanctorum* y no se pudieron colocar en sus sitios correspondientes más que los demás utensilios del templo, que fueron voluntariamente devueltos á los hebreos. Es probable hubiesen también en ese edificio átrios con columnas; en las monedas de los macabeos hay grabada la imagen de un templo que lo demuestra.

Volvió á entrar la discordia en el pueblo, y el nuevo templo estuvo sometido á las vicisitudes del antiguo. Desde la época griega, fué no solamente saqueado, sino también profanado por la idolatría y el delirio político; su forma cambió, fué restaurado, otra vez profanado, finalmente, como punto céntrico de la ciudad, provisto de fortificaciones, y después, dividido en diferentes partes por Herodes cuando la toma de Jerusalén.

Bajo el gobierno de este último, favorecido por el mismo príncipe, que acaso utilizó las construcciones todavía existentes, surgió un santuario colosal, llamado templo herodiano del nombre de su fundador. Su fábrica duró nueve años y medio; la construcción de los patios anteriores solamente duró ocho años.

El arca del templo ocupaba un estadio cuadrado ó sea media milla romana. Los patios anteriores se elevaban el uno más arriba del otro á manera de terrados; de aquellos se llegaba al verdadero santuario. El patio más exterior rodeaba, formando un cuadrado, todo el sagrado edificio. Tenía varios portales; había, en el interior, á lo largo de las murallas, unas dobles galerías, cuyos techos, de palo de cedro, descansaban sobre columnas de mármol, las cuales median 25 piés de alto. El suelo estaba enlosado con piedras de varios colores. Por 14 escalones se llegaba de allí á una pared de división que rodeaba el edificio y tenía tres varas de alto, luego á un escalon de 10 varas de ancho, y, en fin, al muro de circunvalación del verdadero patio anterior del templo. La muralla media 40 varas de alto. Cinco escalones conducían á sus puertas, la oriental se abría en el patio de las mujeres, separado del de los hombres por medio de una pared. Todas las puertas sostenían habitaciones especiales hasta la altura de 40 varas. A los dos lados de cada puerta había una columna, la cual media 12 varas de circunferencia; las hojas, que median 30 varas de alto y 15 de ancho, eran ricamente dora-

das. La puerta principal era mayor y más preciosamente adornada que las demás. Las murallas interiores rodeaban, como en el otro patio, átrios cubiertos, de sencilla arquitectura, pero sostenidos por columnas. Una barandilla de piedra, de una vara de alto, separaba este patio del de los sacerdotes, el cual contenía la estancia de la sal, la de la leña, la del pozo, etc., y rodeaba el santuario. Como el patio mayor, eran también estos dos últimos enlosados con piedras de varios colores.

El santuario surgía sobre una altura, á la que conducían 12 gradas. Era enteramente construido de mármol blanco, en parte dorado. Del Sur al Norte media 60 varas de ancho, 100 de alto y 100 de largo, incluyendo el átrio. Como este último media 100 varas de largo del Sur al Norte, excedían de 20 varas por cada lado los ángulos del santuario, pues que este último media 60 varas. La distribución de las localidades interiores parece, según José historiador (y puede ser no sean ciertos sus informes), hubiese sido de la manera siguiente: el atrio, largo 50 varas, ancho 20 y alto 90; el santuario ó *sanctus*, largo 40 varas, ancho 20 y alto 60; el *sancta sanctorum*, ancho 20 varas, largo 60 y alto 20. Sobre el techo, formado probablemente con vigas de palo de cedro, había estacas doradas esparcidas para espantar los pájaros. En derredor del techo había una barandilla, la cual media 3 varas de alto. A los dos lados del templo, llegando á una altura de 60 varas, se elevaban construcciones de tres pisos, en que cabía un crecido número de habitaciones. Servían para encerrar objetos sagrados, etc.

El interior del *sancta sanctorum*, en el cual una piedra en la que se colocaba el incensario para el gran sacerdote que celebraba, debía reemplazar el Arca de la Alianza, estaba separado del *sanctus* por una puerta y una cortina. Sus hojas estaban doradas y la cortina era una rica alfombra tejida en varios colores. Allí estaba un candelabro de siete brazos, la mesa para los panes de proposición y el altar de los perfumes. En el átrio, un portal abierto, que media 70 varas de alto y 25 de ancho, permitía mirar el interior del *sanctus*. Sobre esa puerta había una escultura dorada, la cual representaba una gran vid, con racimos colgando, que llegaban á cinco piés de tamaño. En el atrio había dos mesas, una de mármol y una de oro. En el patio de los sacerdotes, un poco al Sur de la entrada, estaba la bacía para las purificaciones,

y á la distancia de 22 varas del átrio, el grande altar de los sacrificios. Al Norte, á corta distancia, estaban seis hileras de anillos para sujetar las reses destinadas al sacrificio, y cerca de ellos, para desollarlas, 8 columnas bajas, unidas por medio de vigas de palo de cedro; en los intercolumnios habia mesas de mármol donde se colocaba y se partia la carne. Al Oeste habia otras dos mesas, una de mármol y otra de plata; encima de la primera se ponía la grasa de las víctimas, encima de la segunda se colocaban los utensilios del sacrificio.

Esta magnífica fábrica, en la que se desarrolló una mezcla de arquitectura oriental, griego-moderna y romana, especialmente en los ornamentos, mezcla que se encuentra todavía en las ruinas de Palestina que pertenecen á los últimos tiempos, por ejemplo, las tumbas llamadas de los reyes, de Absalon, de Zacarías, de Josafat, etc., se conservó, sin mudanzas esenciales, hasta la entera ruina de la ciudad. Cuando el emperador Tito tomó Jerusalem, á pesar de sus esfuerzos para impedirlo, el templo fué presa de las llamas. Algunos objetos solamente, el candelabro de oro y la mesa de la proposicion, se salvaron para aumentar la gloria del victorioso romano, cuando regresó á Roma.

Una parte de las fortificaciones quedó en pié cuando fué destruido el templo. Extendíase hácia la ciudad alta, la fortaleza Sion, con la cual comunicaba por medio de una puente.

La ciudad de Thimnath-Serah es una de las más antiguas fortalezas de los hebreos; elevábase sobre el monte Efraim. Había cabido en suerte á Josué cuando la particion del país como herencia, y él la restauró y fortaleció, probablemente segun la arquitectura militar que habia dominado en esa tierra, eligiéndola por su residencia. Por lo demás, los sitios conquistados por los israelitas y que no habian sido destruidos, podían servirles hasta cierto punto de defensa en aquella época.

El plan de verdaderas fortificaciones militares para asegurar y defender las ciudades, desarrollóse con perfeccion sólo en los últimos tiempos del reino: — «Salomón fué á Hamath-Zola y la derribó. Fabricó Thadmor en el desierto, y todas las ciudades de abastecimiento, que edificó en Hamath. Edificó Bethhoron superior é inferior, fuertes ciudades con murallas, puertas y cerrojos. Fabricó también las ciudades que le habia dado Hiram, é hizo morar en ellas los hijos de Israel.» — «Roboam

vivia en Jerusalem, y fabricó ciudades para amparar á Judea con fortalezas. Elevó obras sólidas de fortificación, estableció en ellas comandantes y provisiones, comestibles, aceite y vino, y en cada ciudad puso escudos y javelinas, y las hizo muy fuertes.» — «Asa fabricó fuertes ciudades en Judá, y dijo: Fabriquemos estas ciudades, rodeémoslas con murallas, torres, puertas y cerrojos. Así lo hizo, y todo salió bien.» — «Jetham fabricó ciudades en el monte de Judá, y en los bosques fabricó castillos y torres.»

Es cierto que fueron utilizadas las fuerzas de los obreros fenicios para erigir esas obras militares en Palestina, como para edificar los palacios y los templos en la misma tierra. Los arquitectos tirios eran buenos maestros, tanto para construcciones terrestres como marítimas, y podían dirigir los trabajos con el mejor acierto bajo todo punto de vista.

Especialmente las fortificaciones de la isla de Tiro, surgidas desde el octavo siglo antes de Cristo como baluartes, sobre todo contra el poder asirio, eran las mejores obras militares hasta entonces conocidas. Unas grandes murallas de circunvalacion, que median 150 piés de alto, fabricadas con enormes piedras soldadas de argamasa de yeso, flanqueadas por elevadas torres y defendidas por tropas de Libia, rodeaban la peñascosa ciudad, de manera que era imposible desembarcasen los enemigos ni empleasen escalas y máquinas de guerra. Otras obras, que estaban en comunicacion con colosales diques, defendian los puertos y las norias de la ciudad.

Los arsenales y las casas de consumo estaban defendidas por torres enormes y sólidas cadenas de cierre, y de esta suerte nada faltaba para sostener los ataques de los más fuertes y numerosos enemigos.

No menos admirables eran las construcciones del interior que habían erigido los fenicios para proteger las colonias y el comercio. Consistían por una parte en larguísimas murallas fronterizas, por otra en torres erigidas sobre alturas. Cuidaron especialmente fortificar las islas más cerca de tierra, como los mejores asilos en casos de ataque. Por ejemplo, la ciudad de Arvad, fabricada encima de un escollo, rodeada de murallas y torres, en la que se ocultaba un sinnúmero de casas de un solo piso, tenía acaso el plan que indican algunos bajo-relieves asirios. En esculturas asirias de los últimos tiempos se encuentra la representa-

cion de la costumbre que tenían los guerreros asirios de colgar sus escudos á las almenas de las torres.

Las fortificaciones de las ciudades en Palestina, que ganaron probablemente despues de la época de la esclavitud en extension y fuerza, consistian esencialmente, como las fenicias, en murallas de circunvalacion, altas ó bajas, muy sólidas, con un coronamiento de almenas, con sólidas puertas cubiertas á veces con chapas de metal y elevadas torres. En diferentes distancias habia torres ó verdaderas obras de vanguardia. Supérfluo es decir que, donde lo permitia la localidad, se erigian sobre alturas. Jerusalem, la más antigua residencia de los monarcas israelitas, fué siempre la plaza más fortificada de todo el reino. Solamente el esfuerzo de Pompes, despues de tres meses de sitio, logró penetrar en ella; así resistió largo tiempo á Tito, emperador romano. Sin embargo, él derribó la ciudad menos tres torres, y una parte de la muralla occidental. Estos restos fueron tambien abatidos bajo Adriano.

El ejército israelítico trataba tambien de guarecerse contra los ataques del enemigo en los campamentos. Es probable colocasen las tiendas, como ahora los árabes, en forma de círculo, y las defendiesen exteriormente por medio de baluartes ó fosos. Habia vanguardias y, durante el combate, guardaba los equipajes una guarnicion que quedaba en el campo. Se erigian trofeos despues de la victoria, que acaso eran estacas, de las que llevaban colgando algunas prendas tomadas al enemigo.

Como los israelitas no tuvieron antes de Salomon, ni ocasion ni impulso para emprender grandes expediciones marítimas, su construccion naval quedó hasta entonces esencialmente limitada á botes de transporte, grandes y pequeños, para navegar en los rios y en los lagos. Solamente algunas tribus, que moraban en la costa, comerciaban ya desde antiguo con los fenicios por medio de la navegacion. Parte, traian las mercancías desde el mar á Joppe, valiéndose de grandes balsas, y desde allí se conducian á Jerusalem.

Los fenicios, los primeros y mejores marinos de la antigüedad, fueron los maestros de los israelitas por lo referente á construccion naval. El mismo Salomon fué deudor á los fenicios (á los cuales la tradicion atribuye la invencion del arte de navegar, de las velas y de los barcos de guerra, para lo cual desde tiempo muy remoto proporcionaba la isla de

Chypre el más excelente material) del armamento de los barcos, en los cuales habia muchos marinos de la misma nacion que envió de comun acuerdo con el rey Hiram, para descubrir las Indias. Los barcos que en aquellos tiempos viajaban á Ofir cada tres años, debian ser poco diferentes de los buques tirios. Ezequiel los describe llamándolos preciosos, magníficos palacios de agua.—«¡Oh, Tiro! tus fronteras están en el medio del mar; tus arquitectos han perfeccionado tu belleza. Los abetos de Senir te han proporcionado las tablas, los palos de tus barcos son los cedros del Líbano, las encinas de Basan te han dado los remos, los bancos de tus remadores son de máfil y de palo del boj de Chypre. Tus velas son del lienzo precioso de Egipto, adornadas con bellos bordados, y te sirven de banderas. Tus cubiertas, del color del cielo y de la púrpura, proceden de las islas Elisa. Los habitantes de Sidon y de Arvad son tus remadores; los más hábiles son tus pilotos. Los obreros más ancianos é ingeniosos de Gebal hacian las composturas de tus barcos.»

Un adorno, al cual los fenicios estaban especialmente aficionados, era una imágen simbólica de las tres divinidades mayores del país. Así adornábase la parte anterior y la posterior de los barcos de guerra; ornamento usado tambien por los asirios, que probablemente lo hacian formar por los pueblos de la costa. El número de los barcos de guerra tirios era comparado con las armadas de los Estados vecinos, siempre extraordinariamente crecido. Todavía en la época persiana, habiéndose notablemente debilitado Fenicia, Sidon, Tiro y Arado, añadieron trescientos barcos á la armada persiana. Por lo que se refiere á la construccion de esos barcos y á su armamento, parece fueron menos preciosos y elegantes que los navíos de los mercaderes fenicios, pero eran más fuertes, y se parecian á fortalezas. Tenian varios pisos; en los inferiores estaban los remadores; los guerreros, muy bien amparados, estaban en los superiores. Como las tropas de tierra colgaban sus escudos de las almenas, así los guerreros marinos colgaban los suyos del borde de la cubierta.

Desde el tiempo más remoto estaban determinadas las rotas de mar á lo largo de las costas; habia puntos fijos de descanso ó estacion entre las ciudades coloniales, de los que muchas veces se desarrollaban depósitos de mercancías y colonias secundarias. Tales sitios estaban conve-

nientemente fortificados con murallas, y provistos de albergues llamados caravan-serrallos. Su construcción, acaso parecida á la de los patios anteriores de los templos en Siria, era siempre uniforme. Consiste todavía, esencialmente en un vasto espacio rodeado de murallas, de forma oblonga ó cuadrada, con átrios abiertos, divididos en celdas; en la vecindad de esas fábricas encuéntrase también pozos y plantaciones.

El mayor depósito de mercancías de esta clase fué Palmira, fundada por Salomón en el desierto de Siria, en un oasis sumamente fértil. Allí se habían establecido luego mercaderes; almacenes de provisiones y palacios surgieron muy pronto, y aquel sitio llegó á ser una verdadera ciudad mercantil. Todavía en esa llanura existen grandiosas ruinas de templos, largas galerías de columnas y acueductos, testimonios de una época gloriosa.

En toda la Palestina se fabricaban pozos ó cisternas, para remediar la falta de agua de manantial. A veces eran muy grandes, como aquella en la cual hizo Ismael arrojar setenta cadáveres.

Los hebreos establecían frecuentemente jardines cerca de los palacios y de las casas. En ellos se cultivaban la vid y árboles frutales; algunos ofrecían, bajo sus copudos árboles, frescos y agradables paseos en las horas más calurosas. En ellos se encontraban también unas cómodas piscinas para bañarse, y hermosas y perfumadas flores. Tal costumbre había penetrado entre los israelitas, probablemente á causa de la fama de la cual gozaban los jardines fenicios. Como los persas y otros pueblos de Oriente, apreciaban mucho los hebreos los árboles grandes y copudos, que entre ellos indicaban el sitio destinado á las asambleas generales. A veces se erigían bajo su espeso follaje monumentos y tumbas.— « Todos los valerosos se levantaron, y tomaron el cuerpo de Saul y los de sus hijos; los llevaron á Jabesch, sepultaron esos cadáveres bajo el terebinto, y ayunaron siete días. »

Exceptuando los cadáveres de personas ilustres, de reyes ó profetas, se enterraban siempre los muertos fuera de las ciudades. Comunmente se escogía alguna gruta cerca de un terebinto; las montañas de Palestina ofrecían esas grutas en grande número. A veces se dejaba á la gruta su forma natural, á veces se tallaba en forma de celda mortuoria con pasillos y cuartitos laterales. Cerrábanse por medio de una grande

pedra.—«Asa se durmió como sus antepasados, fué enterrado en su tumba, cavada en la ciudad de David; fué colocado en un lecho, lleno de especies y bálsamos.»

MUEBLES Y UTENSILIOS

Hay pocos testimonios sobre los oficios relacionados á muebles y utensilios entre los hebreos, y sobre su analogía con aquellos de los pueblos vecinos. Puede conjeturarse que antes de la fundacion del reino poco se ejercitaron tales oficios entre ellos, pues que no variaron sus condiciones polítticas. Despues del tiempo de los jueces, solamente se desarrollaron por la influencia directa de los vecinos pueblos de la costa, en mil diferentes formas. La tradicion deja suponer más bien obreros extranjeros que israelitas en los tiempos de Moisés, acaso egipcios y fenicios. Parece en general que los hebreos no llegaron nunca á la actividad trabajadora de sus vecinos. Es probable dejasen el trabajo más menudo á los extranjeros, contentándose con fabricar los muebles y útiles más necesarios. Los israelitas, como no podian hacer lo mismo que los obreros extranjeros, los estimaban mucho, y más aumentando la aficion á las comodidades y á los refinamientos del lujo fenicio y asirio, y entre ellos era popular este refran: «Quien no hace aprender un oficio á su hijo, enséñele á hurtar.» La mayoría de los obreros, que los monarcas enemigos de Palestina habian llevado á sus ciudades, pertenecian probablemente á las tribus cananeas antiguas y á las fenicias ó filisteas.

Entre éstos habia los trabajadores de metales, herreros y cerrajeros, acaso tambien los artífices en oro y plateros, que probablemente se ocupaban en fabricar los ídolos y los ornamentos arquitectónicos de metales nobles. La mayor parte del material necesario procedia del comercio europeo-fenicio, pues que los hebreos no hacian trabajo de minero. Ese comercio les proporcionaba principalmente oro, plata y cobre en abundancia. Tambien recibian estaño y plomo; los países norte-orientales proveian mineral de hierro, acero y hasta la platina, recientemente descubierta por segunda vez en nuestros tiempos. La liga ó mezcla de

metales, la fabricacion del bronce (cobre y estaño) del electro (oro y plata) y más tarde del bronce de Corinto (bronce, oro y plata) eran familiares tambien á los artífices hebreos que sabian tambien fundir, mezclar y pulir los metales.—El útil principal de tales oficios era el yunque, luego habia varios martillos, diferentes varas de hierro, los hornillos necesarios para fundir, fuelles y ollas.—«El artista alentaba al platero; el que fabricaba las chapas, alentaba al que hacia los yunques.—Hacíase un hacha de hierro, trabajada en el fuego de carbon, formada con el martillo por un robusto obrero.»—«Sopla el fuelle, el fuego derrite el plomo.»—«Como se mezclan en medio del horno plata, bronce, hierro, plomo y estaño, como se pone fuego debajo, animándolo con el fuelle, para que se derritan los metales, así mezclaré y haré derretir mi enojo y mi cólera.»—«La olla es para derretir la plata, el horno para derretir el oro, pero Jehová es aquel que prueba los corazones.»

Además de los artistas en metal, que despues de la esclavitud de Babilonia, como los demás obreros, habitaban un barrio especial, á lo menos en Jerusalem, formaban probablemente una corporacion numerosa los carpinteros, ebanistas, etc. Entre ellos contábanse tambien los carreteros, los cesteros y los que esculpian la madera, que hacian tambien, por lo que parece, vasijas de la misma. Como en Palestina habia escasez de palo bueno para fabricacion, esos artistas tambien sacaban mucho material del extranjero.

Los viajes á Ophir, establecidos por Salomon, proporcionaban tambien el precioso palo de sándalo, el marfil, etc., para trabajos delicados y lujosos. Los principales útiles de tales obreros eran el hacha, la sierra, la barrena, etc.

Los artistas más relacionados con aquellos eran los curtidores, pues que contribuian á la solidez de ciertos armazones de palo y fabricaban odres para contener líquidos. A causa del mal olor que despiden las pieles, trabajaban los curtidores en una plaza abierta, lejos de la ciudad.

Sus útiles deben haber sido poco diferentes de los que usaban en Egipto los del mismo oficio.

Los olleros han dado su nombre á una puerta de Jerusalem.

Trabajaban á la antigua manera egípcia, y los profetas sacaron muchas veces comparaciones de su industria.

Las vasijas, despues de formadas, barnizábanse y luego se ponian al fuego. «El ollero que trabaja con las manos y con los piés, cuyo cuidado continuo es la perfeccion de su obra, recibe la recompensa que le es debida. Con la mano da forma al barro y oprime la masa con sus piés. Esmérase para perfeccionar el barniz y limpiar cuidadosamente el horno.»

Las formas de las vasijas de barro, que servian comunmente para objetos vulgares, eran sin duda parecidas á las ya citadas de los antiguos pueblos orientales, y por lo tanto muy uniformes. Para usos de cocina usábanse ya en tiempo antiguo ollas de diferentes tamaños. Algunas eran tambien de metal ó colocábanse sobre trébedes de metal. En las Sagradas Escrituras se hace á menudo mencion de ollas de barro y de bronce; así tambien de frascos de barro. Se usaban para llevar los sólidos y los líquidos, tazas llenas, vasijas de barro y copas; habia tambien, especialmente para conservar mayores cantidades de líquidos, unos grandes jarrones de barro, que todavía se pueden ver en el Oriente. «Gedeon entró y preparó un cabrito, luego unas hogazas de harina sin levadura; colocó la carne en una cesta, vertió el caldo en una olla y lo llevó todo bajo el Terebinto.»

Los hebreos usaban jarros de barro, pero preferentemente odres para el transporte de líquidos. Reemplazaban los toneles, que se usaban solamente raras veces. «Isaí tomó un borrico que cargó con pan y un odre de vino; luego un cabrito, y lo envió todo por medio de David, su hijo, á Saul.» «Judit entregó á su compañero un odre de vino y una vasija de aceite; llenó un saco de viaje con harina de cebada, hogazas de higos y pan muy blanco; le entregó todas esas cosas bien tapadas.»

La verdadera vajilla de mesa limitábase á diferentes tazas y copas de tamaño mayor, de madera, de barro ó de metal; luego, como entre los egipcios, asirios, etc., á platos, bandejas y cestas, en las que se colocaba la carne ya cortada en pedazos.

En los grandes banquetes, en ocasiones de fiestas de familia, nacimientos, bodas, etc., el amo de la casa partia él mismo los manjares á los convidados, y en estas circunstancias gozaba ostentando la más preciosa vajilla.—«Tú me preparas una comida, perfumas mi cabeza con oleo precioso y llenas mi taza hasta los bordes.» —«¡Desdichado el negli-

gente en Sion y el temerario en el monte de Samaria! Os acostais en cama de marfil; comeis los corderos y las terneras; cantais acompañando con el arpa é inventais instrumentos de cuerda. Bebeis el vino en grandes copas y os perfumais con el oleo más precioso.»

Más arriba ya hemos hecho mención de los preciosos jarrones de bronce de los sidonios. Es cierto que también los reyes de Israel, especialmente desde cuando se establecieron más estrechas relaciones entre Palestina y Fenicia, habían poseído tales lujosas vasijas. «Todas las tazas y las copas del rey Salomón eran de oro; los muebles de su casa eran todos de oro, nada había de plata; la plata estimábase en nada en el tiempo de Salomón.» Además de las tazas y copas para beber, habían unos cuernos, más ó menos ricamente adornados, que servían para el mismo objeto ó para contener pequeñas cantidades de líquido; también se hacían imitaciones de cuernos de metales nobles; los de cristal se estimaban muchísimo. Es probable que procediesen parte de Fenicia, parte de Egipto. No cabe duda que hubiese también entre los israelitas vasijas grandes y pequeñas de palo, de piedra ó de metal, las que debían parecerse en la forma á las que se encontraron en las excavaciones de Egipto y Asiria. Un ejemplar de aquellas formas es una vasija de piedra, que fué encontrada en territorio de la antigua Babilonia.

Los muebles de las personas acomodadas consistían en sillas, camas ó canapés, asientos, mesas, armarios, aparatos de alumbrado y de calentar. Estos últimos, de los cuales servíanse también los reyes, eran llamados ollas de fuego. Colocábanse en medio de las habitaciones y cubríanse, para evitar el humo, con un armazón de palo cubierto con una alfombra. Las lámparas y los candelabros eran copas, parte de piedra, parte de metal, con ó sin sostenes, y sin duda parecidos á los que se encontraron en Nínive.

Los hebreos, como los demás antiguos pueblos orientales, cambiaron muy tarde la costumbre de acostarse sobre almohadones (especialmente durante la comida) por la de sentarse, y continuaron pues siempre usándolos como los asientos y las sillas. Las camas, asientos y sillas se hacían comunmente de madera; los colchones eran de telas preciosas, adornados con piezas de metal, cubiertos con ricas almohadas y pre-

ciosos tapetes. Especialmente las camas de los ricos llevaban semejantes adornos: «Estaban provistas de cordones, cubiertas con alfombras de varios colores, con telas de Egipto, perfumadas con mirra, acíbar y canela. Unas almohadas especiales, muy blandas, servían particularmente para apoyar el brazo izquierdo; había también almohadas para la cabeza y la espalda: molicie moderna, condenada por los profetas.

Las mesas, que se colocaban delante de semejantes vasijas, eran relativamente bajas y compuestas, como las mesas orientales que se usan hoy día, de una base cuadrada y una tabla redonda, que descansa encima de ella. Ahora se usa cubrir esas mesas con un tapete de cuero, antes de la comida; el tapete, redondo como la mesa, estaba provisto de anillos y se recogía á manera de saco después de comer.

El trono que Salomón hizo construir para él mismo, sin duda con la ayuda de artistas tírios, da un ejemplo del lujo que reinaba en la corte israelítica, lujo favorecido por aquel monarca. Aquel trono, semejante á los tronos egipcios y asirios, estaba formado de marfil y enteramente cubierto de oro. Subíase al trono por tres gradas. Tenía un alto espaldar, redondeado en la parte superior, dos brazos sostenidos por leones y un banquillo delante para los piés. A los dos lados de las gradas, como símbolo de fuerza, había seis leones, cuya hechura era tan primorosa, que nada había igual en ningún reino.

Otros tronos, menos preciosos, en que solían sentarse los reyes de los últimos tiempos en ocasiones solemnes, para dar audiencia ó para administrar justicia, se colocaban en sitios abiertos ó bajo las puertas de la ciudad. Delante estaban desplegadas riquísimas alfombras, costumbre todavía en vigor en el Oriente. «El rey de Israel y Josafat, y el de Judá, se sentaron en sus tronos, con el traje de los días de fiesta, sobre una alfombra, á la entrada de la puerta de Samaria; y todos los profetas anunciaban los acontecimientos del porvenir en su presencia.» El trono de los reyes de Israel era semejante al de los faraones de Egipto y de los reyes de otros pueblos.

Los hebreos imitaron, en un tiempo relativamente moderno, las armas y demás cosas relacionadas á la guerra de las naciones vecinas; primero de las tribus cananeas, que los hostigaban continuamente, luego de los fenicios y de los asirios. Los primeros estaban, desde los tiempos

más remotos, familiarizados con el uso de los carros de guerra; la tradición atribuye á este pueblo y á los asirios la invencion de todo lo relacionado con la misma.

Cuando los israelitas atacaron á los pueblos que habitaban la tierra de promision, debian sentir dolorosamente la falta de útiles de guerra, especialmente de carros; aunque Judá se apoderase pronto de la montaña, no podia echar los habitantes del valle, pues aquellos poseian carros de hierro. Desde la fundacion del reino fué remediada esta falta. David, despues de haber vencido gloriosamente al numeroso ejército de los sirios y haberse apoderado de sus carros de guerra, adoptó su uso y puso de esta manera los cimientos de una nueva division de las fuerzas militares, la que fué más y más desarrollada por sus sucesores.

La construccion de estos carros debia ser sin duda la de los egipcios, pues procedian parte del Asia occidental, parte eran formados á imitacion de aquellos, y más tarde acaso absolutamente iguales. Si el armazon de tales vehículos era de hierro ó á lo menos fortalecido con este metal, esto debia proceder del terreno montuoso y pedregoso de aquel país. Probablemente fué adoptado el mismo sistema para los demás carros, que servian para transportar las mercancías y las personas. Estos carruajes, de dos ó de cuatro ruedas, estaban provistos de asientos, más ó menos cómodos; los arrastraban bueyes, mulas y raras veces caballos.

Parece que los útiles de guerra para sitiar las fortalezas eran tambien iguales á los de sus vecinos. Los hebreos se servian de escalas y torres, y para abrir brechas, de arietes de sitio. El rey de Babel está en la encrucijada. A su derecha, segun la profecía, hácia Jerusalem, se colocaron máquinas destinadas á destruir las murallas, y las puertas, y á levantar parapetos y baluartes. El rey Usia introdujo además máquinas especiales para arrojar piedras, con las cuales defendia las torres angulares de su capital.

OBJETOS RELACIONADOS AL CULTO RELIGIOSO

Tales objetos, de los cuales ya se ha hecho mencion hablando de las diferentes divisiones del templo, desde la época de David y de Salomon, no eran menos preciosos los del magnífico edificio en el que debían colocarse. Eran producto de la habilidad de los artistas fenicios. Hiram Abif, el ingenioso constructor de las célebres columnas del templo, dirigió la fabricacion de los utensilios sagrados destinados al templo de Salomon.

Bazaleel y Pholiab parece hayan fabricado el Arca de la Alianza, destinada principalmente á conservar las tablas de la ley y á ser colocada en el *sancta sanctorum* en otra arca especial para este uso. Su forma y sus ornamentos estaban determinados exactamente por una ordenanza mosaica. — «Hareis un arca de palo de acacia, la cual debe medir dos varas y media de largo, una de ancho y una y media de alto. Debe estar enteramente cubierta, exterior é interiormente, de lámina de oro, y hareis un borde de oro en su rededor. Fundireis cuatro anillos de oro para colocarlos en los ángulos. Luego hareis unas estacas de palo de acacia cubiertas tambien de oro: estas estacas están destinadas á transportar el arca atravesando los anillos de oro, ni se deben sacar nunca de su sitio. En el arca estará encerrada la ley. La tapa debe ser de oro puro, y medirá dos varas y media de largo y una y media de ancho. Hareis despues dos querubines de oro para colocarlos en los dos extremos de la tapa. Los querubines la cubrirán con sus alas y tendrán el rostro uno enfrente del otro, dirigiendo la mirada á la tapa.»

No son menos exactas las indicaciones acerca los demás objetos que debían colocarse en el tabernáculo; así, como queda dicho, acerca de la mesa para colocar los panes de propiciacion, del candelabro del altar de los perfumes y de otros objetos que se empleaban en los sacrificios.

Los panes de propiciacion, de harina finísima y sin levadura, correspondían en el número á las doce tribus y debían renovarse cada sábado.

La mesa donde se colocaban era de palo de acacia; tenía dos varas de largo, una de ancho y una y media de alto: estaba cubierta con plancha

de oro y adornada con un borde del mismo metal. En los tres ángulos tenía cuatro anillos de oro, en los cuales pasaban las estacas para llevar la mesa de un sitio á otro. Estas estacas eran también de palo de acacia cubierto de oro.

Las tazas, las copas y los platos, que se usaban para los sacrificios, debían ser de oro puro.

También, muy exactamente, se describe la forma que debía tener el candelabro. Este debía ser de oro puro, tener seis brazos, tres tubos por cada lado. Luego debía tener un ornamento de seis cálices de flor y seis manzanas. Este candelabro tenía siete lámparas, todas de oro puro; también las despabiladeras debían ser del mismo metal, y el peso de todo el conjunto llegaba á un talento.

El altar de los perfumes debía poderse transportar fácilmente, como todo lo que estaba en el tabernáculo. Era de palo de acacia; tenía una vara de largo, una de ancho y dos de alto. Los cuernos estaban en los cuatro ángulos. Cubríale enteramente una lámina de oro y tenía un borde del mismo. Debajo de éste estaban los anillos, en los que debían pasar las estacas para llevarle. Las estacas eran también de acacia y estaban cubiertas con lámina de oro.

El altar de los sacrificios, los instrumentos necesarios para inmolar las víctimas, las vasijas y la bacía para las purificaciones de los sacerdotes, eran comunmente de metal, pero siendo en general de grande tamaño, no eran muy macizos.

El altar de los sacrificios era hueco, de palo de acacia; tenía cinco varas de largo, cinco de ancho y tres de alto. Tenía cuatro cuernos en sus ángulos y estaba cubierto con una capa de bronce. Tenía una reja de bronce á manera de red; también la reja estaba provista de cuatro anillos con las correspondientes estacas.

El altar llenábase de tierra en el hueco cuando debían usarlo, y acaso la reja servía para sujetar mejor las tablas. Los cuernos no eran probablemente más que un adorno; no es inverosímil tuviese la forma del cuerno del toro ó de la voluta, que empleaban los asiáticos occidentales y los asirios, ornamento arquitectónico empleado frecuentemente más tarde por los artistas griegos y romanos.

La bacía en la cual los sacerdotes debían purificarse las manos y

los pies antes de penetrar en el santuario, era de bronce; de bronce igualmente la base en que descansaba; para lo cual las mujeres que servían en la tienda ó pabellon de la asamblea habian entregado sus espejos metálicos. Debía tener, como las enormes tazas de bronce encontradas en Kujundschik, una forma circular.

Parece fuesen tambien de bronce los utensilios para el sacrificio. Consistian en ollas para las cenizas, paletas, tazas, una especie de tenedores y escalfadores; luego en los citados platos, etc., y en varios cuchillos. Estos últimos eran originariamente de piedra, así en el antiguo Egipto como entre los antiguos hebreos; más tarde se hicieron de metal (bronce ó hierro) y provistos, especialmente los cuchillos para inmolar las víctimas, de mangos de oro ricamente adornados.

El cuidado de todos los objetos necesarios para el culto, el trabajo de colocarlos y transportarlos convenientemente era obligacion de los levitas. «Cuando se levante el campamento y venga Aaron con sus hijos, quiten la cortina y cubran con ella el Arca de los Mandamientos. Pongan encima una manta de pieles de Tachas, luego una cubierta de color morado y coloquen las estacas. Cubran la mesa de la propiciacion con un paño de color morado, coloquen encima las tazas y las copas, los platos y el pan perpétuo. Cúbranlo todo con una manta de color escarlata y pongan encima otra de pieles de Tachas y preparen las estacas. Cubran el candelabro con un paño morado; cubran tambien sus lámparas, sus despabiladeras, sus escalfadores y las aceiteras. Colóquese todo en una manta de pieles de Tachas y póngase así sobre las angarillas.

El altar de oro debe cubrirse con un paño morado y luego con una manta de pieles de Tachas y colocar las estacas en sus anillos. Tómense todos los utensilios que sirven para el culto en el santuario; pónganse en un paño de color morado, cúbranse con una manta de pieles de Tachas y colóquense en las angarillas. Luego se debe limpiar el altar de las cenizas y cubrirlo con un paño purpúreo; despues poner encima de él todos los utensilios que á él se relacionan; escalfadores, tenedores, paletas y tazas, cubrirlo todo con una manta de pieles de Tachas y colocar las estacas. Cuando Aaron y sus hijos hayan concluido, cubierto el santuario y todo lo que le pertenece, luego que deba marcharse el ejército, vengan los hijos de Kehat para llevarlo, pero no toquen el san-

tuario, ó sino, morirán. «Esta es la tarea de los hijos de Zehat en el pabellon de la asamblea.»

Exceptuando la antiquísima sagrada Arca de la Alianza, Salomon reemplazó los demás muebles y útiles del tabernáculo con otros muchísimo más ricos y preciosos, y que correspondían á la espléndida coordinación arquitectónica del templo de Jehová. Conservando generalmente las formas del antiguo, el nuevo aparato del culto debía ser superior al primero también en sus mayores dimensiones, pues no era probable debiese pasar de uno á otro sitio.

La antigua Arca de la Alianza fué colocada como antes en el *sancta sanctorum*. Flanqueábanla dos colosales querubines enteramente cubiertos de lámina de oro, á imitación de los dos que cubrían su tapa.

El altar de los perfumes, colocado en el santuario, tal vez muy semejante al que estaba en el antiguo tabernáculo, era de palo de cedro y cubierto con lámina de oro. En lugar de la única mesa de la propiciación y del único candelabro, había diez mesas y diez candelabros. Eran parte de plata y parte de oro; en las mesas había, no solamente el ya citado número de panes, sino también cien copas de oro llenas de vino.

Los candelabros, enriquecidos con preciosos adornos en forma de flores, etc., estaban colocados cinco al Norte y cinco al Sur. Cada uno tenía sus despabiladeras de oro, etc.: las copas y los cuchillos, los incensarios y los escalfadores eran de oro macizo.

Los objetos en los cuales más lució la habilidad de los artistas tirios, y especialmente de Hiram-Abif, en tiempo de Salomon, fueron los muebles del patio interior; no tanto en la fabricación del altar de los sacrificios y en sus adornos, cuanto en las vasijas que debían servir para la purificación de los sacerdotes.—El altar de los sacrificios parece haya sido esencialmente diferente del antiguo tan sólo en el tamaño y en la materia. Era enteramente de bronce y tenía veinte varas de largo, veinte de ancho y diez de alto; en lo demás parecía al antiguo. El artista citado esmeróse en la fabricación de la bacía para lavar las manos. La taza, que media diez varas de un borde al otro, estaba fundida; tenía cinco varas de alto y treinta de circunferencia en el borde superior. Coloquintidas rodeaban por debajo su borde; diez de ellas

abrazaban el fondo (el mar); las coluquintidas formaban dos guirnaaldas y estaban fundidas con la misma bacía. La sostenian doce bueyes; tres vueltos hácia el Norte, tres hácia el Occidente, tres hácia el Sur y tres hácia el Oriente. Tenian las espaldas vueltas hácia dentro y las cabezas hácia fuera. El espesor de la bacía era lo ancho de una mano, el borde imitaba la flor del lirio, inclinado hácia fuera; contenia agua bastante para dos mil baños. Esta grande bacía estaba á derecha, hácia Oriente, frente al Sur. Hiram hizo además cinco sostenes en el lado derecho y cinco en el izquierdo. Eran de bronce; median cuatro varas de largo, cuatro de ancho y tres de alto. Tenian varillas horizontales colocadas entre las perpendiculares. Sobre las primeras estaban esculpidos leones, bueyes y querubines; encima de ellos y debajo habia un adorno de guirnaaldas colgando. Cada uno tenia cuatro ruedas de bronce y los ejes eran del mismo metal. Las ruedas eran fundidas como todo lo demás. Hiram grabó en las tablas y en las varillas, leones, querubines, ramas de palmera y guirnaaldas en derredor. Todos eran iguales, de una misma medida y de una misma forma. Hizo tambien diez bacías de bronce; en cada una cabian cuarenta baños; tenian cuatro varas de diámetro y estaban colocadas sobre los diez sostenes. Finalmente Hiram hizo para el patio interior tambien, las bacías, las paletas, las tazas y las ollas, que sin duda no tenian ménos mérito que los trabajos de bronce y oro.

Los muebles y utensilios destinados al nuevo templo que hizo erigir Zorobabel despues de la esclavitud babilónica, el cual fué menos rico y menos vasto que el antiguo, exceptuando la citada Arca de la Alianza, consistian en aquellos que se encontraron en el tesoro de Ciro y que pertenecian al templo de Salomon. Aquel príncipe, rey de Persia, los hizo entregar por medio de su tesorero Mitridates á Scescbazar, príncipe de Judá. Eran treinta tazas de oro, mil tazas de plata, veinte y nueve cuchillos; luego otras treinta tazas de oro y cuatrocientas diez tazas de plata de segunda clase, y mil otros varios objetos. El número de los objetos de oro y plata llegaba á cinco mil cuatrocientos. En lugar de las lámparas de colgar, que acaso se habian perdido, los hebreos recibieron un candelabro de oro con siete lámparas. Es probable que todos estos objetos hayan sido robados ó destruidos.

MUEBLES Y UTENSILIOS DEL TEMPLO HERODIANO

Segun informes que da José, historiador, parece probable lo siguiente:

El Arca de la Alianza faltaba naturalmente tambien en este templo. En el átrio habia dos mesas, la una de mármol, la otra de oro, sobre las cuales el sacerdote, al entrar y al salir del *sanctus*, colocaba los nuevos panes de la propiciacion y quitaba los viejos. La grande bacía para las purificaciones y los diez sostenes de las otras pertenecian al templo antiguo, á lo menos esto es muy probable. Al contrario el altar de los sacrificios, parece haya sido fabricado para el nuevo templo. Este altar media de cuarenta á cincuenta varas de largo y de ancho. En los cuatro ángulos llevaba un adorno en forma de cuerno; un sendero de suave subida, el cual venia del Sur, conducia al verdadero hogar, que estaba en medio del altar. Más arriba se ha hecho mencion de los utensilios del sacrificio.

El candelabro y la mesa de la propiciacion aparecieron en el triunfo de Tito.

INSTRUMENTOS MUSICALES

Aunque se haga muchas veces mencion, en el Antiguo Testamento, de los instrumentos de música relacionados con el culto religioso, sin embargo, no se encuentra una descripcion exacta de su tamaño y de su forma. Las figuras de semejantes objetos, que se pueden ver en las esculturas del antiguo Egipto y de Asiria, los que todavía se usan en el Oriente, son el único medio de tener una idea de ellos.

Entre los hebreos usábase ya antiguamente una especie de tambor, castañuelas y címbalos de metal; luego el sistro y el triángulo.

Entre los más antiguos instrumentos de vientos cuéntanse la trompeta y varias clases de flautas y silbatos. La primera fué muy usada en el acompañamiento de los sacrificios, especialmente desde la época del rey David. Las trompetas que servian en el santuario central, de cuya forma habla José historiador y que es probable se parezca á las que se

ven esculpidas en el arco de Tito, eran de plata; distinto parece haya sido el cuerno que, con la trompeta, daba señales militares. Los silbatos y las flautas imitaban sin duda los mismos instrumentos usados en Egipto, de forma muy sencilla. Créese los haya inventado Jubal, llamado padre de los músicos que tocan instrumentos de cuerdas y silbatos. No se sabe si su forma era la de la churumbela ó zampoña, ó más bien de la flauta de los pastores. Los carios empleaban las flautas en las ceremonias fúnebres, llamadas Adonias. Es probable hayan pasado á los fenicios, y de éstos á los hebreos. Posible es que los instrumentos se distinguiesen entre esos pueblos sólo por el tamaño y el número de los agujeros; pero es cierto que habia flautas dobles y sencillas.

Faltan noticias acerca de los instrumentos de cuerdas. Conocido solamente es el nombre de arpa, que era el instrumento favorito de David; como podia tocarse tambien andando, más debia parecerse á un laud que á una arpa moderna. Es cierto que habia otras clases de arpas y liras, entre las que se conoce el salterio y la sambuca.

Entre todos los citados instrumentos, la flauta estaba especialmente consagrada á los entierros. Con la flauta acompañábase el canto de luto que tenia lugar en la casa del difunto. Con las flautas acompañábase el cadáver, despues de lavado y vendado con tiras de lienzo y luego colocado en un ataúd. Se colocaban en las tumbas de los guerreros sus armas, y en las de las personas principales sus adornos preciosos. A veces poníanse los muertos en sarcófagos de piedra, segun la costumbre fenicia, y se decoraba la tumba, como en Egipto, con imágenes simbólicas é inscripciones.



CAPÍTULO VI

Los pueblos del Asia menor.

OBSERVACIONES PRELIMINARES

EL Asia menor es el puente natural entre los países del Oriente y Europa. En el Norte, Oeste y Sur, países bañados por el grande Océano, es probable que el territorio haya sido ocupado por emigrantes áricos, y parte por semíticos. Los primeros, llegando del Oriente, habíanse establecido en el interior; los segundos, llegando del Sur, á lo largo de las costas. El conflicto de esos primeros habitantes de Oriente con los colonos europeos, griegos y trácios, ha producido probablemente, como en el Asia anterior, la division en numerosas tribus, más ó ménos importantes. Pero más marcada quedó la diferencia entre ellas por lo que se refiere á la inclinacion á la cultura, determinada por su país originario. Las sierras que atraviesan el país casi en línea paralela, especialmente en el Oeste, (Olimpo, Temno, Dindimo, Tmolo, Mesogis, Cadmo, etc.) y las diferentes condiciones naturales de los distritos que encerraban, eran favorables á una tal division. Esta misma division y

las condiciones locales, debían determinar más tarde esencialmente el futuro desarrollo de la cultura. Mientras las más favorecidas tribus, especialmente las griegas, llegaron muy pronto á un elevado desarrollo en las costumbres y en la industria, una gran parte de la población quedó sumida en su originaria barbarie.

Como en el Asia anterior, allí también eleváronse primero los países de la costa y las islas más vecinas á una verdadera civilización. Ya en el tiempo más antiguo, los carios, más íntimamente aliados con los fenicios, poseían varias industrias. Habitaban casi todas las islas y una parte de la costa del Sur, desde la cual mantenían, aunque á manera de piratas, un vasto comercio entre Oriente y Occidente.

En el continente más cercano á Europa arraigóse primero la cultura. Homero en sus poemas describe el país como repartido entre varios pueblos, que sin embargo estaban todos aliados. Los troyanos eran los más fuertes é independientes. No muy inferiores á ellos en la cultura eran los meonios, los cilicios, los licios, los carios y los frigios. Todos poseían un vasto territorio en el occidente de la Península, y estaban en comparación de las tribus de los alizonos, paflagonos, etc., que ocupaban en parte los países del Nordeste, en un grado elevado de civilización más y más desarrollada.

En los poemas de Homero aparecen un siglo más tarde, principalmente los cilicios, los licios, los carios, los frigios, los lidios y los capadocios como pueblos históricos. Los frigios habitaban el centro de las llanuras fértiles y ricas de bosques, tenían adelantada cultura y una forma de gobierno fija. Los lidios habitaban el territorio occidental, atravesado por el Meandro; no se sabe con certeza si eran del mismo origen de los misios y de los carios. Este pueblo estaba destinado á determinar la suerte del Asia menor. Sin tomar en cuenta la influencia guerrera á la cual ya en tiempo muy remoto fueron expuestos aquellos países por los Estados orientales, especialmente por los asirios, y más tarde por los pontinos, desde el tiempo del rey de Lidia Gigés, y de las victorias de sus sucesores Ardys, Sadijattes y Alyattes, casi todos los Estados de la península pertenecían al reino de Lidia. Únicamente las colonias griegas, ya florecientes, habían resistido con pocas excepciones á las armas lidias. Creso, sucesor de Alyattes, aprovechando la división

que había penetrado entre aquellas colonias, logró someterlas á su cetro y dar así la mayor extension á sus dominios.

Persia derribó la grandeza de Lidia. Conquistada por Ciro, no fué más que una satrapia persiana. Trescientos ochenta años antes de Jesucristo, el Asia menor del Occidente y del Norte fué ocupada enteramente por los galos. Bajo la espada de Alejandro el Grande y el dominio romano, la península tuvo en gran parte la suerte de los sometidos países del Asia anterior.

MONUMENTOS

Algunas ruinas solamente conservan hoy dia testimonios de la antigua civilizacion de los citados pueblos. Tales restos están casi todos esparcidos en los territorios que antiguamente pertenecian á los frigios, á los licios y á los lidios. Pocas noticias se pueden sacar de ellos por lo referente al traje; más importantes son las que se relacionan con algunos productos de la industria griega: consisten en jarrones esculpidos, donde están representadas escenas de las poesías de Homero, y otras que tienen relacion con el Asia menor. Allí se encuentran también algunos trabajos de la plástica romana, muy apreciables por la elegancia de las formas.

EL TRAJE

Los poemas de Homero dan las más antiguas noticias acerca la industria de los pueblos del Asia menor. Es cierto que el poeta poseia un exacto conocimiento de la cultura griego-asiática, pues los monumentos asirios y las Sagradas Escrituras, que proporcionan noticias sobre las antiguas condiciones de Oriente, atestiguan, por medio de la comparacion, su veracidad. En aquellos cantos aparecen los troyanos y muchas tribus con ellos aliadas ya dueños de un lujo muy adelantado, y con una industria y comercio notablemente desarrollados.

Por lo que se refiere al traje, esas noticias prueban grande aficion á las prendas preciosas, á las ricas joyas y á las armas artificioosamente trabajadas. Allí se hace mencion de la habilidad en trabajar los meta-

les, de la de las mujeres troyanas en fabricar excelentes tejidos y en teñir el marfil de color de púrpura.

Siendo muy animado el comercio entre la población occidental de la península y sus vecinos europeos, favorecido por el extenso tráfico fenicio-cario y los viajes por mar de los licios y de los cilicios, no podían faltar materiales de todas clases. El país mismo suministraba elementos animales, vegetales y metálicos. Los numerosos rebaños de Frigia y Cilicia proporcionaban magnífica lana de ovejas y cabras; muy pronto además habíase empezado á cultivar el lino, en el Nordeste. En los poemas de Homero háblase á menudo de las telas de lienzo, ensalzando la delgadez de su tejido y su deslumbrante blancura.

Desde que el pueblo de Lidia llegó á ser histórico, y desde que empezaron las relaciones de los griegos con los habitantes del Asia menor, las noticias acerca de su actividad industrial empiezan á ser determinadas. La molicie asiática había reemplazado el sencillo modo de vivir descrito por Homero. Los tesoros incalculables adquiridos por los monarcas lidios, parte por los tributos de los países sometidos, parte por la explotación de ricas minas de oro, habían favorecido el desarrollo de la industria y dado lugar al lujo y variedad en el traje. La inclinación á la pompa, tan favorecida por estas circunstancias y propia del carácter asiático, no quedó sin influencia sobre los colonos griegos, que pronto participaron del lujo de sus vecinos. Sin embargo, su delicado sentido artístico los hizo aliar lo bello á lo rico, y esta mejora penetró entre los lidios, á lo menos desde que fueron sometidos al cetro de Creso. El traje de los frigios y de los lidios, como se ven pintados en los jarrones griegos, demuestra esta favorable mudanza. En aquellas pinturas se puede ver también el desmedido lujo de la época.

Las mujeres solamente preparaban las telas para los trajes: ellas hilaban, ellas tejían, y las mismas princesas se ocupaban sin cesar en semejantes tareas. Así habla el héroe troyano á su esposa, en el poema de Homero: anda á tus habitaciones, cuida de tus quehaceres; el huso y el telar son tus tareas, y mandar á las doncellas que trabajen con asiduidad. Asunto de los varones es la guerra.

La descripción del precioso traje que llevaba la hermosa Elena, demuestra también que las mujeres principales no desdeñaban poner la

mano en semejante trabajo, y nos da un ejemplo del desarrollo que tenía ya antiguamente el bordado de varios colores como adorno de las prendas de vestir, en el Asia menor; arte que probablemente era de origen asirio.

Con el lujo creciente en todos los objetos de la vida pública y doméstica y el dominio de la pompa y de la molicie, que empezó con la soberanía de los lidios, entró la necesidad de establecer verdaderas fábricas para tanta variedad de manufacturas. Habíase formado poco á poco una clase de obreros, que parte trabajaban por su propia cuenta, y parte por encargo. Hay noticias de talleres donde se fabricaban tejidos, de tintorerías, etc. En el arte de teñir con el color de púrpura, los lidios parece haber disputado la fama á las colonias fenicias, Nisiro, Cos, Giaro, etc. La flor del sandix servía para teñir en color encarnado claro; los griegos, para indicar un hermoso color de esa clase, lo llamaban encarnado de Sardis.

Las alfombras de Sardis, de un tejido semejante á la felpa, eran un producto muy estimado; más aún los finísimos transparentes tejidos de lino ó de otra materia semejante á la seda. Esas telas, por su preciosidad, servían únicamente para trajes de lujo.

Además de las citadas industrias, ejercitábase mucho en aquellos países la de tejer en varios colores y el bordado en oro. Había trajes inferiores y superiores de color de púrpura, por los que se distinguían, según Herodoto, las personas principales en Lidia, en tiempo de Creso, pero también había trajes de varios colores y diferentes dibujos. Siguiendo quizá el gusto de los pueblos de Tracia y del Ponto, el dibujo más apreciado era el que formaba cuadritos. Como se reconoce en algunas pinturas de antiguos jarrones, parecíanse en esto á los egipcios, los cuales habían adoptado la costumbre de los asirios.

Un adorno especial de los trajes, usado también entre las poblaciones del Ponto y en las colonias griegas, eran los ornamentos ó bordados de oro. Algunos consistían en chapitas esparcidas sobre la tela. A veces eran de forma muy elegante; y hasta formábanse con ellas artísticos trabajos de relieve. Se colocaban preferentemente, como ya se usaba entre los asirios del tiempo antiguo, en forma de estrellas.

La mayor riqueza de dibujo ornamental se desarrollaba en los bor-

des y en las guarniciones. Los dibujos destinados para este objeto, en parte de gusto asirio, llegaron, bajo la influencia griega, á una delicadeza más elegante y agraciada esbeltez. Usábanse, además de los cuadritos y dibujos á la greca, bonitas y diminutas hojas de palmera y líneas graciosamente torcidas que imitaban el curso del rio Meandro, el cual, dando mil caprichosas vueltas, atravesaba la Lidia; meandros también se llamaban esos dibujos. La doble voluta, muy usada entre los asirios, llegó á ser en el Asia menor, no solamente adorno arquitectónico, sino también ornamento de las prendas de vestir.

En la época descrita por Homero parece no haya existido gran diferencia entre el traje de los dos sexos que se usaban en Grecia y en el Asia menor entre las tribus que no eran griegas. Tampoco había notable distinción entre el traje varonil y el mujeril. Hombres y mujeres llevaban generalmente un traje interior más ó menos largo, semejante en la forma á una camisa, sujeto por medio de una cintura, y encima de él un abrigo á veces ancho, á veces estrecho. La diferencia principal en el traje de las mujeres consistía en la mayor delgadez de los tejidos, en la anchura de las prendas y en ciertos objetos de adorno; alhajas de oro ó de plata, rico calzado, elegante tocado de cabeza y largos velos transparentes.

El traje acostumbrado de los varones, en tiempo antiguo, era muy semejante al de Asiria. Los lidios, como todos los pueblos que no eran griegos, avergonzábanse de mostrarse desnudos; pues cubrían cuidadosamente el cuerpo por medio de largas vestiduras. La primera era una especie de camisa con mangas, tan larga muchas veces, que se arrastraba por el suelo y luego un manto muy ancho. El nombre de este traje, que significa piel, indica la antigua costumbre de vestirse con pieles de animales. En tiempo de Homero, las pieles eran más bien un adorno que un abrigo. Paris llevaba la piel de una pantera sobre la armadura; Menelao, una de leon en el combate; en tiempo de Jerjes los lidios llevaban pieles de cabras; igual prenda se ve en varias esculturas asirias, simbolizando algunos pueblos sometidos.

Homero, exceptuando las polainas, no habla de ninguna vestidura especial para las piernas. Entre los pueblos del Asia menor, aparece solamente en esculturas y pinturas de la época persa.

Es muy probable que se usara entonces una especie de calzas, trajes más cortos, de forma parecida á los griegos. Estando perfectamente abrigados contra las inclemencias de un clima rígido á veces y sujeto á muchas variaciones causadas por la proximidad del mar y de las montañas, se habia cambiado poco á poco el antiguo traje ancho y largo en otro más cómodo y no menos elegante y decente. Refiriéndose á esta costumbre más varonil que la antigua, pudo Herodoto poner en boca de Creso este consejo dirigido á Ciro: «Quitar el valor y la fuerza á los lidios, tomándoles las armas y dándoles traje de mujer.» Esto, sin embargo, no duró mucho tiempo; muchas pinturas en antiguos jarrones son testimonio de ello. Especialmente la figura de Paris, lleva un traje ligero y cómodo, parte asiático y parte griego.

Las partes esenciales del traje lidio, ó más bien frigio, de los varones, eran, pues, en esta época menos antigua, las calzas, las segundas camisas, una especie de chaqueta y un elegante tocado de cabeza. El rey llevaba todas estas prendas tejidas en varios colores. Las calzas á veces se adherian á las formas y á veces formaban ligeros pliegues; tambien la chaqueta, cuyas mangas llegaban á la muñeca, eran anchas ó estrechas. La prenda que se llevaba encima de ella, era, para decirlo así, una camisa sin mangas, adornada comunmente con una larga tira colgando delante y un adorno bordado en las costuras; alguna vez estaba tambien simétricamente cubierta con dibujos de diminutas hojas de palmera, estrellas, etc. Sujetábase con un rico cinturon, pero tan flojo, que la tela de la prenda misma llegaba á cubrirlo. Todas las partes de este traje, si no se adherian al cuerpo, estaban muchas veces adornadas con chapitas de oro trabajadas en relieve. Así se adornaban tambien las chaquetas de largas mangas, que se ponian encima de las camisas. Es cierto que el color dominante en las prendas de lujo era el de púrpura más ó menos claro, luego un brillante amarillo y otro blanco. De los mismos colores eran los zapatos de piel con adornos de oro. Usábanse tambien, en lugar de zapatos, unos calzados parecidos á las botas asirias, que se anudaban por medio de cordones. Finalmente, una gorra ó una tira, que rodeaba la cabeza, remataba el lujoso traje frigio.

La citada gorra, en su forma original, es característica de la poblacion frigio-lidia. Cubria enteramente la cabeza, elevábase hácia delante

y cubria el cogote y las mejillas con anchas tiras colgando, las cuales podian anudarse debajo de la barba; pero comunmente dejábanse sueltas ó enrollábanse, ó finalmente, formábase con ellas un lazo en la frente. Parece que, especialmente en los tiempos más modernos, estas ricas y elegantes gorras hayan sido muy altas: Ovidio cuenta que el rey Midas ocultó bajo un gorro frigio las enormes orejas de borrico que el dios Apolo le habia dado para castigar su temeridad.

Tampoco en el Asia occidental dejó de producir cambios parciales la influencia griega y romana; pero los frigios y lidios permanecieron siempre adictos á su antiguo lujo y á la variedad de colores, tanto, que Virgilo refiere que sus trajes eran teñidos de un brillante amarillo y de un espléndido color de púrpura; dice tambien que llevaban largas mangas y tiras colgando de las gorras. Algun cambio se efectuó en la forma de las prendas. Esto se reconoce en varias imágenes de la época, en las que los trajes más anchos ocultan más las formas del cuerpo, formando elegantes pliegues.

Las calzas, el calzado y el citado tocado de cabeza se conservaron en su forma original, acaso porque nada semejante se habia visto nunca entre los pueblos occidentales. Además de la antigua camisa sin mangas, usóse despues otra con ellas, más ancha y tan larga, que era indispensable recogerla y sujetarla á una cintura especial para no estar privados de moverse libremente. Otra prenda moderna era una capa de gran anchura, sujeta al hombro por medio de un broche.

Mientras, en el curso de los siglos, iba cambiando en algo el traje varonil, el de las mujeres poco habia variado. Hasta en los últimos tiempos, segun las pinturas y esculturas de las varias épocas, quedó casi igual al que describe Homero en sus poemas. Una larga camisa, tanto, que llegaba á los piés, y no menos ancha, sujeta al cuerpo con cintura sencilla ó doble, luego un grande abrigo, eran las prendas más importantes. Los ángulos, rica y elegantemente bordados, constituian el lujo esencial del traje mujeril. El blanco era el color preferido, pero tambien las prendas de las mujeres, como las de los hombres, eran á veces de diferentes colores. No eran blancos, especialmente los vestidos de Amorgos y Cos. Su tejido era tan delgado que, aunque doble, dejaban en descubierto las formas y el color de la epidermis.

Además de dichas prendas, las que muy probablemente no llevaban más que las mujeres principales en el interior de sus habitaciones, y de la ya citada capa, había otras largas vestiduras, que se podían cerrar completamente de arriba abajo. Eran muy largas, y tenían mangas que ocultaban enteramente el brazo. Las esposas de los príncipes, que llevaban una gorra semejante á la de los hombres, sujetaban el traje con una alta y preciosa cintura de oro. Los trajes de esas distinguidas damas iban adornados en las costuras con ricos bordados y chapitas de oro.

Las mujeres jóvenes, especialmente las solteras, llevaban á veces el citado traje sin cintura; pero nunca faltaba en las casadas, ni tampoco un elegante velo. Cintas con flores, diademas de oro ó plata, á menudo enriquecidas con piedras preciosas; redecillas, vendas de finísimo trabajo, varias gorras, además de las frigias, eran partes esenciales del tocado de cabeza de las mujeres. El calzado, al contrario, quedó limitado sin duda á varias clases de elegantísimas zapatillas ó sandalias, y á ligeros medio-botines.

ADORNOS

No había notable diferencia entre los adornos varoniles y mujeriles. Los hombres cuidaban mucho las barbas, como lo demuestran varias imágenes de Baco; ambos sexos arreglaban mucho la cabellera. Los jóvenes la dejaban caer sobre los hombros en elegantes rizos y la perfumaban con óleos preciosos. Virgilio dice que se perfumaban las prendas de vestir con las esencias del Tmolo, se adornaban las muñecas y el cuello con joyas, y el pecho con largas cadenas de oro, llamadas trabas. Los dos sexos llevaban también preciosos pendientes en las orejas, y este adorno era tan común, que los griegos llamaban lidio á cualquiera que lo usase con las orejas horadadas.

No se puede afirmar nada cierto, sino que es preciso limitarse á sencillas conjeturas sobre las distinciones ceremoniales relacionadas al traje en el reino de Lidia. Es probable que también allí, como entre los pueblos del antiguo Oriente, se reconociese por la mayor ó menor pompa en el traje las distinciones de rango y dignidad. Parece que los pobres

llevasen vestiduras muy sencillas y faltas de adornos. De un modo análogo á la costumbre de hoy dia, en aquel tiempo contentábanse el labrador y el pastor lidio con calzas cortas, más bien estrechas que anchas, y una corta chaqueta; el labrador de Licia llevaba calzas más largas, que se sujetaban á los tobillos, un traje, á manera de caftan, de algodón rayado, y medias botas más ó menos largas.

La doble hacha era distintivo especial de los reyes de Lidia, y simbolizábase también con ella al verdadero Dios. Usaban asimismo los monarcas el color de púrpura en todas sus prendas de vestir y el cetro. Parece que los pontífices llevasen esas mismas insignias del rango supremo, é igualmente usasen el color de púrpura. Así á lo menos entre los capadocios, los cilicios y los frigios; en los últimos tiempos de la época romana, los sacerdotes frigios, que se desparramaron á bandadas en el Occidente hasta Roma, llevaban trajes afeminados y caprichosos de varios colores.

Hay grande analogía entre las armas y los pertrechos de guerra que figuran en los monumentos asirios con los que se usaban en tiempo de Homero. Todo asemejábase pues esencialmente á los usos militares del antiguo Oriente. El espíritu guerrero, que fué, desde antiguo, propio de los pueblos del oeste del Asia menor, parece no se haya considerablemente disminuido en la lujosa época más moderna. Todavía bajo Creso, ningun pueblo se juzgaba tan valeroso como los lidios: Homero dice que eran los más esforzados ginetes.

La parte militar fué favorecida por la enérgica dinastía de Gigés. Desde el ensanchamiento del reino, la fuerza del ejército iba siempre aumentando. Este ejército, sin contar las tropas auxiliares, estaba compuesto de 10,000 ginetes y 40,000 peones lidios (armados con escudo y arco), 8,000 ginetes frigios y 40,000 lanceros; 6,000 ginetes de Capadocia y 30,000 arqueros. Las fuerzas, pues, de Lidia no iban en zaga á las del Asia oriental y central, y débese echar la culpa á las vacilaciones y táctica equivocada de Creso, si Lidia sucumbió y fué derrotada completamente en el combate contra Ciro.

Perdida su independendencia, poco á poco quedó aniquilada la fuerza militar de los lidios. Combatiendo bajo un cetro extranjero, no les quedó más que la afición á las armas preciosamente adornadas.

Homero describe la armadura sumamente rica de un general, cuando refiere cómo iba armado Paris:

«Apresúrase á anudar sus polainas, resplandecientes y adornadas de plata; luego cúbrese el pecho con la coraza de bronce de su hermano; cuelga del hombro la espada llena de chapas de plata y la hoja de bronce, y encima el macizo y fuerte escudo; cúbrese la cabeza con el hermoso yelmo con penacho de crines, y en fin, coge la lanza poderosa, que no era demasiado pesada para su robusta mano.»

Una de las más importantes entre las citadas armas defensivas, era el fuerte escudo. En la forma y en la materia parecíase al antiguo escudo oriental, especialmente al asirio. El escudo que más se usaba en el ejército troyano, estaba en parte compuesto con varias capas de pieles de animales, con borde de metal, parte con muchas láminas, colocadas las unas encima de las otras, de considerable espesor, enteramente de metal, de forma redonda ú ovada. A veces era tan grande, que cubria todo el cuerpo. Tenia dos asas interiormente, invencion de los carios, que tambien fueron los primeros que pintaron los escudos. Pasaban el brazo en una de las asas y cogian la otra con la mano. Además de los escudos redondos, los cuales quedaron, en todos los tiempos, los más generalmente usados, como demuestran muchas pinturas y esculturas, probablemente á causa de la citada influencia de Tracia y del Asia oriental, habíanse adoptado en las tropas lidio-frigias pequeños escudos de mano. Por su forma especial, no cubrian más que la parte superior del cuerpo, pero dejaban la mirada libre.

Tambien el yelmo descrito por Homero correspondia en su forma más antigua y en sus adornos á los antiguos yelmos asirios. Hecho como una gorra, de cuero fortalecido con aros de metal, ó enteramente de metal (bronce), para amparar el cogote, las orejas y las mejillas, tenia chapas tambien de metal y fuertes correas para sujetarlo debajo de la barba. Su principal adorno era un largo penacho. Este tambien era un adorno inventado por los carios. El penacho, comunmente hecho de crines de caballo teñidas, estaba sujeto al yelmo en una elevacion cónica ó en una gruesa tira que le rodeaba.

Los lidios y los frigios de tiempo más moderno, alejándose de la forma de la gorra, imitada en cuero y bronce y embellecida con antiguos

ornamentos, llevaban yelmos preciosamente adornados, que tenían, en la forma, mucho parecido con la gorra frigia. Para sujetar el penacho, estaban provistos de la citada tira ó peine. La pieza que servía para amparar el cogote, había sido reemplazada por un tejido de cadenitas ó por una especie de defensa á manera de escamas, ambas móviles.

La coraza del pecho ó de la espalda cubría el cuerpo desde el cuello á la cintura. Las dos partes reuníanse debajo del brazo por medio de ganchos, luego de una cintura y de tiras en los hombros. Tales corazas eran á veces dos piezas de bronce, ó, segun la costumbre asiria, eran de cuero, fortalecidas por tiras de metal, ó en fin, eran una especie de trajes muy cortos, cubiertos con chapas de metal, colocadas á manera de escamas. Parece que se hayan usado poco las corazas de lienzo, pero conocíanse ya en tiempo de Homero. Varias pinturas en antiguos jarros que representan algunos héroes de los poemas del citado Homero, prueban que todas las armas defensivas, escepto el escudo, estaban hechas de chapas de metal á manera de escamas.

Llevábase debajo de la coraza, para defensa especial de las partes del cuerpo más delicadas contra la presión del bronce, una especie de chaleco de cuero ó de fieltro muy espeso. Además, los héroes de Homero amparaban el vientre con una faja de lana. Esa faja estaba también cubierta con lámina de metal, y formaba pues con la cintura superior y la coraza la tercera, ó más bien, contando el chaleco, la cuarta defensa. Únicamente los licios combatían sin esas fajas fortalecidas con láminas metálicas.

Las polainas eran de una ó de dos piezas. En el primero y más raro caso, sujetábanse con hebillas, y cubrían sólo la parte anterior de la pierna; en el segundo, la parte delantera juntábase á la trasera por medio de ganchos. Dichas polainas, como las demás piezas de la armadura, eran de metal, especialmente de bronce ó de estaño; los bordes inferiores eran á menudo de plata y cubrían en parte las correas que sujetaban las suelas á los piés.

La coraza y las polainas parece hayan conservado poco más ó menos la misma forma entre los pueblos occidentales durante toda la antigüedad. Lo mismo se puede suponer, con más probabilidad aún, acerca las armas ofensivas.

La lanza y la javalina eran las principales armas arrojadas, luego el arco y la honda: usaban además la espada, varias hachas y clavas. Según las descripciones de Homero, todas las citadas armas se diferenciaban poco de las que usaban los asirios en el Asia central. El arco, enteramente de asta ó formado de dos cuernos sujetos por medio de una vara en medio de los dos, más se asemejaba al arco de los escitas que al de los asirios. Las flechas eran de palo ó de caña, con puntas de bronce en forma de gancho, y el extremo opuesto adornado con plumas. El arco guardábase en un estuche, con las flechas ó sin ellas. Colgaba del hombro por medio de una larga cinta, y descansaba diagonalmente sobre la espalda.

Llevaban la espada colgando de correas, al lado izquierdo, como los asirios (los persas la llevaban al lado derecho); la empuñadura y el forro eran de metal ó de marfil, y ricamente adornados si pertenecían á guerreros distinguidos. La hoja era de bronce, puntiaguda y de dos cortes. A veces la espada misma iba acompañada de un pequeño cuchillo, el cual, por lo general, no era más que un útil de algun oficio.

Entre los pueblos del Este y del Nordeste usábase, ya en tiempo antiguo, muy comunmente la doble hacha. Había además elegantes guadañas y clavas de madera, fortalecidas con metal, que quizá se parecían á las antiguas asirias.

A pesar de estas numerosas armas de defensa, que los pueblos del Noroeste habían imitado de los pueblos orientales, no llevaban sus guerreros una armadura uniforme: los principales jefes y los más valerosos combatientes tenían el privilegio de llevar una completa armadura, con la cual cubrían su traje comun nacional, y adornábanse además con preciosas alhajas. Luego, encima de la armadura, echaban una piel de animal ó una capa ricamente bordada.

Desde el tiempo que se usó generalmente un traje interior, á manera de elástico, que cubría todo el cuerpo y estaba adornado con dijes de metal, se usaron también unas corazas, hechas á manera de escamas, como las que más tarde aun llevaban los pueblos sármatas.

Muchos guerreros principales preferían, en el período de que estamos hablando, presentarse en la batalla cubiertos únicamente con trajes

riquísimos, y así no había más diferencia, en comparación de los guerreros griegos, que llevaban los brazos y las piernas cubiertos.

Las tropas inferiores, su traje y armadura eran, naturalmente, más sencillas; sin embargo, después de las conquistas de Gigés, el cual sometió las tribus vecinas, se introdujo la variedad en los trajes, que continuó después de la caída del reino, y aumentó uniéndose esas tropas con el ejército persa, que Jerjes llevaba contra los griegos.

En aquel ejército servían todas las naciones del Este; y de las que se hace mención, son los lidios, los frigios, los calibas y las tribus paflagónicas; luego los tracios, los cilicios, los licios, los misios, etc.

Los lidios, imitando enteramente á los griegos, iban mejor armados que todos los demás: combatían á caballo, provistos de largas lanzas. Los frigios llevaban la armadura paflagónica, que consistía en yelmos parecidos en la forma á las gorras frigias, pequeños escudos y grandes lanzas, javelinas, puñales y botas que llegaban á mitad del muslo. Diferenciábase poco el traje de los mosineques, pueblo que habita las orillas del mar Negro. Llevaban calzas á manera de sacos, y yelmos de cuero, adornados con altos penachos de crines. Los escudos eran trenzados y cubiertos con pieles de bueyes blancos; los espadones median seis varas de largo. Los calibas, conocidos en los tiempos antiguos como trabajadores independientes en bronce, llevaban pequeños escudos de piel de buey, yelmos de bronce con penachos y cuernos del mismo metal, polainas encarnadas y espadones de obra licia. Algunos llevaban corazas de lienzo, de un tejido muy espeso, provistas de cordones trenzados para escudar el vientre; yelmos, polainas y espadas encorvadas. Todos esos pueblos, y generalmente las tribus del Ponto, pertenecían á las tropas de á caballo; como también los cilicios y los misios, muy atrasados en la cultura. Los primeros usaban trajes de lana y mantas de piel de buey. Iban armados, como los egipcios, de javelinas y espadas, y cubríanse la cabeza con yelmos, según el uso del país. Los misios solamente llevaban yelmos iguales, pequeños escudos y javelinas de palo con puntas labradas y endurecidas en el fuego. Los tracios, muy fieles al uso primitivo, iban vestidos y armados según correspondía á su patria septentrional. Cubrían su cabeza con pieles de zorra; llevaban, como los lidios, trajes de varios colores, zapatos de

piel de ciervo (ó botines), javelinas, escudos y pequeñas espadas. Los licios, finalmente, llevaban coraza, polainas y gorras con plumas, arco y flechas de caña, puñales y espadas hechas á manera de guadañas y una capa corta de pieles de cabra; los misios llevaban capas más largas, sujetas con ganchos. Entre el crecido número de isleños que servían en el ejército de Jerjes, por lo comun tropas de marina, se usaba la armadura medo-persa ó la griega.

ARQUITECTURA

No es posible fijar con certeza en qué época remota empezó á desarrollarse una actividad artística en la arquitectura de los pueblos del Asia menor. El tiempo en que se fundaron muchas de sus ciudades pertenece al dominio de la tradición, aunque sus nombres estén en el de la historia. Sin embargo, aun en nuestros días, hay ruinas colosales en el territorio licio, en el de Cilicia, el lidio y el cario, que son testimonio de una arquitectura técnica en tiempo muy antiguo. Hay restos de agigantadas murallas, compuestas de una sólida argamasa y cubiertas con grandes piedras cuadradas; otras hay de murallas formadas con fuertes maderos polígonos y muy estrechamente unidos. Algunas de estas ruinas, por ejemplo, las murallas de *Janos*, en la costa de Oaria, dejan reconocer sus antiguas fortificaciones por algunas torres semi-circulares.

Las epopeyas de Homero nos dan las únicas noticias existentes sobre los planos arquitectónicos de esos pueblos. Habla, no de Troya únicamente, la capital (fabricada sobre una oreada altura, con murallas, torres y almenas, ricas y preciosas moradas, etc.), sino también de otras muchas, defendidas por un cerco de murallas y torres. *Ulises dice*: «Ya he llevado el estrago á doce ciudades con mi armada, y he abatido once combatiendo á pié.» Así como los troyanos, vivían los frigios y los lidios, en aquel tiempo, en pobladas ciudades, y también los paflagonios.

Acercas los edificios particulares, faltan enteramente noticias; ni existen ruinas de ellos, excepto algunos escombros de casas, que probablemente han pertenecido á una época relativamente más moderna,

en Licia, cerca de la antigua Aperla, á poca distancia de la playa. Es probable, teniendo en cuenta las muchas montañas de esas localidades, que los habitantes de los distritos occidentales hayan empleado, ya en tiempo remoto, las piedras como materiales, especialmente en la construcción de los mejores edificios. Los bosques proporcionaban otro no menos sólido con sus abultadas encinas, sus abetos y sus plátanos. Tampoco faltaban las preciosas maderas, el ciprés y el cedro, ni los metales de toda clase, que servían, según la costumbre oriental, para solidar y adornar los edificios.

La descripción que nos dejó Homero de los palacios de sus héroes, hace claramente mención de todos los citados materiales; ofrece además un cuadro suficiente del plan y de la coordinación de tales edificios, en los cuales hubo de brillar la pompa oriental. Esto se desprende de la descripción del palacio en que habitaba el rico rey de los feacienses y de la del alcázar de Menelao.

La poética descripción de los palacios régios, en los cuales moraban Ulises, Priamo y Alcinoos, es el mejor monumento que guarda idea clara de aquellos edificios; todos tenían el mismo plan, y donde lo permitía la localidad, elevábanse sobre alturas. Eran indudablemente de forma oblonga y estaban rodeados de una muralla.

En el medio abríase un portal de dos hojas; en los lados había asientos. Este portal daba paso en el patio exterior, donde se encontraban los establos y las cuadras; allí había también la perrera y el foso del estiércol.

Frente del portal había otro, también de dos hojas, el cual daba paso al patio interior, rodeado por una columnata. En la galería que formaban las columnas, abríanse las puertas de las habitaciones. Ocupaba el centro del patio un hogar elevado, que servía á veces para los sacrificios. De allí pasábase á un zaguán, en cuyos lados abríanse las estancias de las criadas, los baños y otras piezas análogas. Después del zaguán, llegábase á un vasto salón de techo llano, el cual descansaba sobre columnas, donde se reunían habitualmente los hombres. Ocupaba este salón, poco más ó menos, la mitad del edificio. Estaba repartido por las columnas en tres galerías, y parece fuese la central la más espaciosa. Allí estaba colocado el hogar doméstico y otros objetos

destinados á usos cotidianos. Una abertura en el techo á manera de chimenea daba paso al humo del hogar. La luz entraba probablemente, durante el día, como en las casas asirias, por la puerta abierta y las ventanas superiores colocadas en la parte más alta del techo. De aquel salón, que en la morada de Ulises tenia un astillero de jâvelinas, subíase por medio de escaleras, al piso superior, repartido en varias estancias.

Desplegábase el mayor lujo en la ornamentacion de la gran sala destinada á los hombres. En el alcázar de Menelao resplandecian sus paredes de bronce, oro, plata, liga de plata y oro, y marfil.

Frente al portal de dicho salón estaba colocada la puerta de la habitacion de las mujeres, que consistia en una gran sala para trabajar, aposentos para las solteras y el cuarto de dormir para el dueño y su esposa. En aquella sala tambien habia un hogar; el techo llano descansaba sobre columnas y, como en el salón de los varones, encontrábase numerosos y elegantísimos asientos. En la sala de trabajo de Ulises y en la de Alcinoos cabian cómodamente cincuenta doncellas.

Las demás estancias de las mujeres eran tambien ricamente alhajadas, y en estas habitaciones algo menores, habíase refugiado Penelope durante la ausencia de Ulises.

En las moradas de los grandes habia tambien, en los bajos, profundas bodegas. Allí colocábanse los tesoros, riquísimos trajes, vajilla de oro y plata y las provisiones.

Rodeaban esos edificios jardines más ó menos vastos. Célebre es el jardín de Alcinoos, que se extendia más allá que el patio, llegando á la puerta exterior.

Esceptuando los citados edificios, moradas de reyes y príncipes, parece que las demás casas hayan sido siempre pequeñas y muy sencillas. Hasta en la rica ciudad de Sardis, la mayor parte de ellas estaban construidas con ladrillos, con techos de cañas ó sencillamente de vigas, y así se comprende que fuese la ciudad presa del incendio, no quedando de ella más que un monton de cenizas, en la guerra contra los griegos. Parece no debieron ser dichas casas muy diferentes de la tienda de Aquiles y de la morada de Eumeo, como las describe la epopeya griega. Eran construidas con maderos; en el interior habia un hogar, y á poca distancia las yacijas ó lechos del dueño y su demás familia.

Como se desprende de las tumbas cavadas en las peñas, la sencilla construcción ya citada empleábase también por tales edificios, que tienen, en verdad, siendo cavadas en la piedra, más esmero en los detalles y más arte en el trabajo y en la forma. Algunas de dichas tumbas son monólitos aislados. En cada lado hay un asiento de piedra, y en la parte posterior un sarcófago con tapa hecha á manera de silla y adornado con bajo-relieves; se parecen más bien á unas arcas descansando sobre pedestales.

Bajo la influencia del arte griego fueron fabricadas otras tumbas, en las cuales se descubre un desarrollo mayor de la arquitectura en el empleo de las columnas. También estos monumentos están cavados en la peña. La parte que forma el techo adelántase mucho de la línea inferior de la fábrica, y descansa en los ángulos sobre pilastras de cuatro lados y columnas adornadas con un chapitel elegante. El conjunto correspondía á algunos pequeños templos, numerosos en la antigüedad griega, y cuya imagen está representada á menudo en antiguos jarros.

Algunas tumbas cavadas en la peña, en el territorio de Frigia, son muy diferentes de aquellos monumentos licios, cuyo origen se remonta probablemente al siglo V y VI antes de Cristo. Estos, tal vez anteriores á los más antiguos de aquellos, presentan fachadas llanas, cuadradas, con adornos en la superficie ó sin ellos. La tumba de Midas, una de las más considerables, lleva un adorno de varillas. Otras, descubiertas también en Frigia, pero que pertenecen á una época mucho más moderna, demuestran el espíritu del arte griego.

Algunas tumbas en Lidia tienen la fama de ser las más antiguas, no tan sólo por su originalidad, sino también por las antiguas tradiciones que á ellas se refieren. Son *tumuli* agigantados, que llegan acaso al número de sesenta, á poca distancia de Sardis. Elévanse sobre una base redonda de piedra, que mide hasta cien piés de diámetro; son de forma cónica y considerablemente elevados.

Habiéndose abierto una de estas tumbas, se descubrió que no encerraban otra cosa que un sarcófago de piedra.

Parece que bajo estos monumentos están las tumbas de los reyes lidios, Atis, Gigés y Aliates: la descripción que hacen Herodoto y Jenofonte del sepulcro del último de estos reyes, confirma tal opinión. El

primero de esos autores dice, que la tumba de aquel rey, despues de las construcciones egipcias y babilónicas, era el mayor monumento del mundo; que la base tenia 3,800 piés de circunferencia, la longitud era de 1,300 y la anchura 600.

Corresponden á la forma de estas tumbas régias, que se parecen á un gran monton de tierra, las noticias que nos da Homero acerca la forma de los monumentos fúnebres de su tiempo. Así describe las tumbas de Hector, de Aquiles, de Patroclo y de muchos más.

Tambien en aquella época remota rodeábanse los monumentos fúnebres con copudos árboles, luego con columnas, que atestiguaban alguna particular memoria del difunto.

LOS TEMPLOS

Aunque se haga muchas veces mencion de los templos en los cantos de Homero, en ninguna parte de ellos se encuentra una noticia satisfactoria sobre su construccion. Al contrario, hacen á menudo mencion de los bosques sagrados y de los altares, y los recuerdan siempre cuando tratan de la celebracion de las ceremonias del culto. Es dable conjeturar, por lo poco que dice el poeta, que él se refiere á unos edificios ocultos, cercados y separados de los profanos y rodeados de árboles, en los cuales se adoraban los dioses.

Segun el mismo poeta, habia lugar suficiente en uno de dichos santuarios para caber la reina Hecuba y sus doncellas, y tambien para sacrificar doce grandes vacas; pues el edificio debia ser bastante espacioso.

Es verosímil que los templos de la poblacion indígena fuesen mucho mayores que los santuarios, los cuales servian al culto griego en los distritos occidentales del Asia menor. La religion del país correspondia á la fenicio-siria.

Como en los templos de Siria, representaban esos pueblos los dioses casi siempre bajo la forma de una piedra cónica. Entre los frigios, los carios, los lidios y otros pueblos, una piedra cónica representaba especialmente la Gran Madre ó sea Cibeles, la personificacion de la naturaleza productora. A ella eran consagrados los peces. Cerca el

templo de esta diosa había un estanque en el cual cuidábanse con mucho esmero esos peces, que se adornaban con anillos de oro. Atribuyóse á Midas la fundacion de un templo á Cibeles en la Frigia. Refiere la tradicion, que se colocaban cerca de su imágen panteras y leones, pues se creia que la habian amamantado estos animales. En la Cilicia habian otros edificios muy ricos, consagrados al culto. Senaque-rib, 700 años antes de Cristo, habia edificado un templo cerca de Tarso. Los misios, los carios y los lidios celebraban juntos las ceremonias del culto en un vasto templo consagrado al Júpiter Carío en Milasa, erigido en medio de un bosque de plátanos. Allí estaba la imágen de ese dios, adornada con los distintivos de la dignidad regia. Los dos santuarios de la diosa Ma ó Mene, en las dos ciudades, ambas llamadas Komene, pertenecian á los más célebres edificios de este género entre los sirios. Estaban construidos sobre escarpadas pendientes, rodeados por un vasto territorio sagrado, y en él habia numerosos ministros del culto.

De todo lo dicho se desprende, que los templos y las moradas de los grandes iban siempre acompañados con fortificaciones más ó menos importantes; pero es aún mas verosímil que no faltasen para la defensa de las ciudades grandes y pequeñas. El gran número de agigantadas ruinas de murallas, que todavía se pueden ver donde se elevaban esas ciudades, lo prueban evidentemente. Además, existen unos manuscritos aun más antiguos, que tratan de los diferentes sistemas de fortificacion, para defenderse de los enemigos exteriores.

Erigíanse las ciudades en puntos lo más elevados posible; se rodeaban con murallas provistas de almenas, de torres y puertas que podian cerrarse, y además construíanse baluartes y se cavaban fosos, para mayor seguridad, en derredor de las ciudades.

De un modo análogo se defendian los campamentos. Rodeábanse tambien de un profundo foso, un baluarte de tierra con empalizadas y una muralla provista de torres y puertas. En el interior del recinto se celebraban las funciones religiosas, los ejercicios de la guerra y de la gimnasia. Allí se establecian las cabañas de los guerreros. Las tiendas de los soldados inferiores eran probablemente chozas muy primitivas hechas de ramos, hojas, etc. La del general, al contrario, cuando se

trataba de un largo sitio, era una construcción de madera, parecida á las casas de los grandes. Tal debía ser la de Aquiles, en el campo acaico delante de Troya.

Los lidios y los frigios, que llevaban consigo las mujeres en unos carros cuando iban á la guerra, habrían adornado la tienda del general con toda la pompa del Oriente.

Muy importante, en los cantos de Homero, es el uso de los navíos: los griegos llegaron á Troya por mar, y Ulises emprendió y concluyó su larga y peligrosa navegación con un barco construido con sus propias manos. El arte de navegar generalmente no pudo desarrollarse más que en países de costa, pero los territorios del Asia anterior y del Asia menor eran los más oportunos para favorecerlo. Las primitivas tentativas llegaron á grande perfección por la vecindad del continente europeo, y el gran número de islas, que son como estaciones entre el Occidente y el Oriente.

Las noticias que nos da Homero sobre la construcción naval pueden servir también para darnos una idea clara de los barcos fenicios y de otros pueblos del Asia occidental. La hermosa descripción del trabajo de Ulises en la isla de la diosa Calipso, nos presenta con mucha claridad el modo de trabajar y reunir las partes que deben formar un buque bien construido. Aquel barco no tenía más que un palo, el cual se elevaba en el medio y llevaba una vela, que podía desplegarse ó recogerse por medio de maromas, las cuales servían también para sujetar el palo. Las maromas estaban hechas de *biblos* ó de cuero. Había remos y un timón. El número de los remeros llegaba á veinte en los buques pequeños, y á cincuenta en los mayores, destinados á la guerra. Unas gruesas piedras, colgando de fuertes maromas, reemplazaban el ancla.

El número de los navíos que sitiaban Troya llegaba á mil ciento ochenta y seis. Esta armada pues representaba la tercera parte de la del rey Jerjes. Esta última consistía en cuatro mil doscientos y siete navíos de guerra. Mil doscientos y siete eran triremes, ó embarcaciones de tres órdenes de remos, y los tres mil restantes eran inferiores.

LOS MUEBLES Y UTENSILIOS

La mayor parte de los objetos lujosos ensalzados en los poemas de Homero, se consideran como producto de la industria extranjera, fenicia ó egipcia. Parte son preciosos jarros, ánforas ó vasijas de oro y plata, canastas y trébedes de Egipto, trabajos en metal de la isla de Chipre, jarros de Sidon, de preciosos metales, trabajados en oro con la mayor elegancia y el más delicado esmero. Los muebles descritos en aquella epopeya corresponden por su trabajo á los productos del Asia anterior y central.

Las noticias históricas acerca de las inmensas é incalculables riquezas de los reyes lidios, especialmente acerca de los innumerables objetos de plata y oro, ofrecidos en el templo de Apolo en Delfos, hacen conjeturar un notable desarrollo en el arte de la fabricacion de vasijas; sin embargo, no es dable saber si era industria enteramente nacional ó imitada del extranjero. Las relaciones comerciales entre los lidios y los griegos duraron mucho tiempo y produjeron correspondencias amistosas y cambios de objetos preciosos.

Aunque los griegos mismos alaben á los lidios por su progreso en varias industrias y les atribuyan la invencion del arte de grabar el metal; aunque ensalcen las tribus del Asia menor, por los trabajos finísimos en metal, sin embargo, la tradicion refiere que en las islas de Samos y Quios hubo las principales oficinas de los trabajos artísticos. Allí habíase formado, acaso por antiguas influencias fenicias ó carias, una verdadera escuela artística de griegos trabajadores en metales. Célebres entre ellos son los nombres de Glauco, Reco y Teodoro. Estos dos últimos inventaron la fundicion de bronce y el arte de grabar piedras preciosas. En la misma época desarrollóse en las mismas islas el arte del ollero, y llegó á tal perfeccion, que buscaban sus productos tambien en los países occidentales. Si debemos creer á Herodoto, Glauco de Samos trabajó para el rey lidio Aliates; Teodoro para Oreso: esto confirma la suposicion que la industria (por lo que se refiere á muebles y utensilios) en el Asia menor, y la industria lidia especialmente, desde el rey Gigés, se desarrolló bajo la influencia asiático-griega. Además, hay que

tomar en cuenta que Gigés fué el primer bárbaro que, despues del rey Midas, haya enviado ofrendas al templo de Delfos.

El mayor número de esas dádivas, exceptuando el leon de oro, la estatua de oro, que media tres varas de alto, ciento y diez y siete medias tejas de oro del rey Cresos, eran vasijas de metal más ó menos artísticamente trabajadas. Habia muchos cráteres, vasijas redondas con ancha abertura, destinadas á contener crecidas cantidades de vino, con un pié ó, como entre los asirios, colocadas sobre una base. Entre las ricas ofrendas de Gigés descollaban seis de los tales cráteres de oro, los cuales pesaban treinta talentos. Más estimada aun, sin embargo, fué la de Aliates, á lo menos bajo el punto de vista del trabajo artístico. Consistia en una grande vasija, obra del citado Glauco, de plata, con base de hierro y riquísimos adornos de metal.

Entre las vasijas enviadas por el rey Cresos, además de una de plata y otra de oro, que pesaba ocho talentos y medio y doce minas, (en la de plata cabian seiscientas ánforas de líquido) habia cuatro jarros de plata de forma ovalada, una vasija de oro y otra de plata para el agua consagrada, y un número de jarros de plata redondos. Herodoto vió en Tebas, en Efeso y en Milesio, otros regalos del mismo rey. Descollaba entre ellos un trébedes de oro, que fué colocado en el templo de Apolo en Tebas.

De dichos objetos se habla tambien en la epopeya de Homero. Allí se hace mencion del cráter, como de una enorme vasija de metal, de la cual se sacaba vino con vasijas menores.

Luego se habla en aquellos cantos de bacías de oro y plata, de jarrones para el agua, y de bañeras de plata. Háblase en ellos de ánforas de metal ó de loza para conservar ó transportar crecidas cantidades de líquido, de jarros con mangos portátiles (*hydriæ*), de odres de piel de buey ó de cabra.

La epopeya de Homero habla tambien de canastas de cobre, de oro y de plata; tambien de cañas trenzadas, para llevar en la mesa alimentos secos, pero con más pormenores y más frecuentemente, de vasos y tazas de nobles metales. Muchos nombres diferentes hay en el poema para tales recipientes, lo que indica que habia muchas clases de ellos, pero no refiere nada respecto á sus formas. Parece, sin embargo, que la

mayor parte de ellos hayan sido copas más ó menos grandes. Entre los pequeños hay que recordar la redoma. Había también de tamaño mayor, y de oro y plata, y entonces servían como objetos de aparato, para premios en los juegos guerreros.

Más generalmente usada era una copa doble (depas); varia en la forma y en la materia.

No es inverosímil que, especialmente en la Lidia y en la Frigia, usaran también verdaderos cuernos para beber. Jenofonte cuenta que los usaban preferentemente las tribus de Tracia, y son los más antiguos recipientes de líquidos, casi entre todos los pueblos. Adornábanse con noble metal ó se hacían de metal, imitando su forma.

La influencia griega que multiplicó las formas y perfeccionó el trabajo de los citados objetos, desarrollando el arte de las lujosas comodidades entre los lidios, perfeccionó también artísticamente el trébedes. Ya en el antiguo Egipto, en el Asia anterior y en el Asia central, y también entre los lidios, había sido un importante útil de cocina para sostener ollas, copas y otros objetos análogos. El trébedes sirve para el mismo uso también en nuestros días; pero en los templos de los dioses, pronto llegó á ser un mueble precioso. Así lo describe Homero en sus cantos: lo describe como una alhaja preciosamente trabajada, y refiere el nombre de Efestos, que era el mejor artista en la fabricación de los *tripodes*, que descansan sobre ruedas de oro y van provistos de magníficas asas.

El trébedes es un útil de cocina, un objeto de lujo en el templo, y un rico mueble en las habitaciones, donde es el sosten de la bacía de plata, que sirve para lavarse las manos.

Casi todos los muebles usados, en el tiempo más antiguo, en el Asia central y en la anterior, se encuentran también en las casas asiático-griegas: faltan completamente testimonios materiales para juzgar la formal diferencia entre la época antigua y la moderna bajo este punto de vista. Existen solamente algunos modelos de origen griego y menos antiguos, que representan muebles y objetos análogos, en los cuales se reconocen las formas antiguas asiáticas, que corresponden á las descripciones de Homero. Allí se ven los más antiguos ornamentos orientales, piés de bestias, palmas pequeñas, estrellas, varillas y meandros; luego

las formas arquitectónicas de los antiguos asirios empleados en los muebles, otras más esbeltas, como se apreciaban en el tiempo más remoto en el Asia occidental y en Egipto.

Los asientos descritos en la epopeya de Homero, son especialmente el trono y el *clismo*. Aquel, una silla elevada con banquillo para los piés, parece haberse diferenciado muy poco de los antiguos tronos orientales. Era el asiento del rey, y luego de los grandes; el *clismo*, probablemente menos alto que el trono, acompañado también por un banquillo; se parecía seguramente á los antiguos sillones orientales. Ambos asientos eran magníficamente guarnecidos al estilo de los orientales. La madera del trono, del clismo y de los banquillos, estaba cubierta con lámina de oro ó adornos de plata; á veces también artísticamente tarascada con plata y marfil. Además, tales asientos se cubrían con magníficos tejidos. Es probable que el trono de Midas fuese de esta clase; trono que ofreció al Dios de Delfos; así habrán sido los ricos muebles y las almohadas que Creso quemó en honor de la misma divinidad.

Si en tiempo de Homero era costumbre acostarse sobre pieles de animales, lo mismo hacía en ésta época, menos cuando las circunstancias se oponían á ello. La costumbre de comer acostados sobre camas, pasó probablemente muy tarde del Asia menor entre los griegos de Asia, y lo era también entre ellos que los varones solos disfrutasen semejante comodidad. La antigüedad de Homero no conocía más camas que las destinadas al sueño, pero no menos preciosas y artísticamente trabajadas que los asientos. Era una especie de cajon llano, compuesto de tablas, que descansaba sobre cuatro piés más ó menos altos: estaba adornado con oro, plata y marfil, y además (como se refiere de la cama de Ulises) provisto de tiras purpúreas de piel de toro. Encima de esas tiras colocábanse pieles, luego preciosas alfombras, un cobertor de lienzo y en fin, á manera de manta, una capa de un espeso tejido de lana.

Las mesas, de las que había de varias clases por el tamaño y la forma, servían, parte para preparar los manjares, y parte para el uso moderno en las comidas. Estas últimas eran tablas cuidadosamente aliadas con base de color azul de acero, y se limpiaban á menudo con esponjas.

Luego la citada epopeya habla de arcas y armarios de muy varios tamaños, destinados á encerrar toda clase de objetos preciosos, prendas de vestir, joyas, etc. Estaban provistos de tapas con cerraduras y elegantemente trabajadas; por lo comun arcas y armarios eran sumamente sólidos. Su forma más moderna, usada especialmente entre los licios, se parecía mucho á los fúnebres monumentos de piedra del mismo pueblo, que existen aun en nuestros dias.

El alumbrado de las habitaciones consistia, ó en pequeñas varitas de palo, parecidas á mondadientes, que se mantenian quemando en un recipiente de metal hecho á manera de taza, ó en algun combustible oleoso, que ardia en una lámpara, á veces de oro, ó, como en la casa de Alcinoos, en antorchas encendidas.

Como los griegos tenian ocasion de enterarse de las costumbres de las poblaciones indígenas del Asia menor, no descuidaron disfrutar la natural inclinacion de esas tribus para las reuniones. De algunas refiere Herodoto, que tal inclinacion habia llegado al extremo, de que hombres, mujeres y niños, segun la edad, el sexo y la condicion, reuníanse en verdadero tropel para beber juntos. Como los licios seguian en parte las costumbres de Creta, y en parte las de Caria, éstos habrian tenido la misma aficion; Jenofonte relata muy detalladamente, y como testigo ocular, que los tracios, los paflagonios, los enianos, los misios, etc., reuníanse desplegando mucha pompa en los trajes, para bailar y divertirse en varios juegos. Los lidios se estimaban en mucho por su aficion á las reuniones, pues decian que á ella debian no haber sucumbido á un hambre cruel, que habia azotado su nacion bajo el rey Atis; luego decian que las tales reuniones habian producido la invencion de varios juegos, como el de los dados, de los huesos, que servian al mismo uso de las bolas, etc.; pero no el juego de tablas (probablemente parecido al de damas ó dómينو) que jugaban los griegos ántes que ellos.

Entre las diversiones descritas en la epopeya de Homero, exceptuando los juegos guerreros y los de gimnasia, los principales son, los juegos de dados, de bolas y de tablas. El primero se consideraba principalmente juego de niños, que lo hacian con pequeños huesos de pié de animales; el juego de bolas era diversion muy preferida de jóvenes y doncellas. El aparato de este juego debia ser muy lujoso, y ostentaba,

como refiere Homero, la púrpura artísticamente trabajada. El juego de las tablas parece haya sido especial diversion de los varones.

Mientras, por la referida tradicion, atribuíase á los lidios la invencion de esos juegos ya conocidos en la más remota antigüedad en Asia, á los griegos les concedian, y tambien á los frigios, la gloria de haber cultivado la música antes que ellos.

INSTRUMENTOS DE MÚSICA

En la Grecia se consideraba la cítara de tres cuerdas como una invencion de los lidios; reputábanse luego los carios como muy hábiles para tocar el silbato y la flauta, instrumentos que daban unos sonidos agudos y desagradables. La zampoña, los címbalos y el tambor se atribuian á los frigios, y á Marsia, frigio, especialmente, la gloria de haber tocado por primera vez la flauta en lugar de la zampoña. Si se considera que los griegos mismos afirman que siete años antes de Cristo sabian fabricar y tocar instrumentos de viento frigios, ejecutando música frigia, no puede dudarse que la música griega fuese de origen asiático; sin embargo, la fábula de la victoria de Apolo sobre Marsia prueba alegóricamente que los discípulos llegaron á vencer á los maestros. Cuéntase de la música guerrera, que la del rey lidio Sadiate consistia en silbatos, diferentes flautas é instrumentos de cuerda, y la de los tracios estaba compuesta de trompetas hechas con piel de buey curtidas.

Los cantos de Homero hablan de la flauta, de la zampoña y de otro instrumento, que debe parecerse á la trompeta; luego de uno de cuerdas llamado formix, y de la cítara menos estimada, probablemente poco distinta de la primera. Los dos se parecian á un laud. El *formix* era un instrumento consagrado especialmente á los banquetes. Homero dice que era el preferido de Apolo. La epopeya habla de la trompeta como instrumento musical de guerra, y no hace mencion de ningun otro de esa clase.

ÚTILES DE GUERRA

Homero describe muy superficialmente el carro de batalla: en ninguna parte hace mencion de las máquinas para la defensa, conocidas y

empleadas por los asirios en la antigüedad. Aunque este silencio no sea una prueba que tales máquinas fuesen desconocidas, se desprende, sin embargo, de las descripciones de las batallas, que preferían luchar en campo abierto, á sostener el sitio escudándose con las murallas de una ciudad, mereciendo ser llamados cobardes ó exponiéndose á los horrores del hambre.

El carro de guerra para los héroes de Homero, era el caballo de batalla.

En el Asia anterior y en el Asia central, desde tiempo muy remoto, usábanse los carros de guerra; es pues verosímil que también los carros de los griegos hayan sido construidos en aquellos países. Las descripciones de los carros preciosamente adornados de las divinidades, puede ser no sean otra cosa sino una representación de los carros asiáticos.

Comunmente esos carruajes se construían con palo de higuera y eran provistos de clavos y láminas de bronce y de hierro. El yugo, destinado á sujetar dos caballos, era de palo de boj y redondo. Enganchábase un tercer caballo de reserva por medio de una correa atada al yugo. El aparejo de los caballos se componía de correas magníficas de color de púrpura, con adornos de oro y marfil.

Algunas esculturas griegas dan una idea exacta tanto de los carros como de los muebles de aquella época. En ellas se reconoce mucha semejanza entre los carros griegos y los asirios. Los unos y los otros van provistos de una vara que une el timón al toldo. En tiempo antiguo había carros de dos ruedas con asiento, carruajes para viajar con dos asientos y cuatro ruedas; el toldo tenía la forma de un arca: arrastrados por mulas y desprovistos de asientos, servían como carros de transporte.

Desde el tiempo en que se formó la caballería lidia, especialmente desde la época de la dominación de aquel pueblo, parece que el carro de batalla haya desaparecido poco á poco. La época histórica refiere, que el origen de la caballería fué una división de ginetes, armados de largas lanzas, que combatían valerosamente sin apearse. También en el ejército auxiliar de Creso, descrito por Jenofonte, los árabes y los asirios solamente aparecen provistos de carros de guerra.

OBJETOS RELACIONADOS AL CULTO RELIGIOSO

Entre las poblaciones del Asia menor, el culto era análogo al de Asiria, Fenicia, etc.; los objetos á él relacionados entre los griegos del Asia menor, en tiempos de Homero, parecen únicamente imágenes de los varios dioses, altares para los sacrificios y los perfumes, los útiles necesarios para celebrar esos mismos sacrificios, pero sin ninguna significacion simbólica. A cualquiera persona era lícito hacer sacrificios á los dioses y tambien traer consigo los instrumentos necesarios. Los sacrificios de animales que requerian tales instrumentos, tenían entonces, y tuvieron aún más tarde, el carácter de una comida de fiesta en honor de la divinidad.

El territorio occidental del Asia menor, que se extiende hácia el Oriente desde el rio Haly hasta las montañas de Armenia (el Antilauro), hácia el Norte hasta el mar Negro, al Sur hasta los barrancos del Tauro, habia acogido la poblacion de la Siria. Unas hordas errantes del Norte, que habian bajado del Cáucaso, ocuparon despues los países de costa y fijaron su morada, esparciéndose y separándose en pequeñas tribus, en los valles de las montañas. Recelaban siempre los ataques enemigos preparados á la defensa armada, y poco á poco se derramaron combatiendo en la parte del país que más tarde se llamó el reino del Ponto.

La antigua poblacion, así rechazada hácia el Sur, habíase tambien desarrollado y formaba un pueblo con territorio geográficamente fijo. Entró en el dominio de la historia bajo el nombre de capadocios. Aunque la epopeya de Homero no haga mencion de ellos bajo este nombre, los persas ya entonces los indicaban como pueblo importante. Segun el relato de Herodoto, antes de la dominacion persa, los capadocios eran sometidos á los medos, y los griegos les daban el nombre de sirios.

La inmigracion de los pueblos galos tuvo por consecuencia otra limitacion en el territorio. Mientras ocupaban los distritos septentrionales del país y fundaban un reino, los sirios quedaron limitados á un espacio relativamente pequeño, atravesado por el Antilauro. Sus fronteras en el Norte eran Galacia, en el Este y en el Sur las montañas de América, en el Oeste la Licaonia.

La población de todos los citados territorios, separada de los pueblos del Oeste por las condiciones del país en parte montuoso y casi inaccesible, agitada por frecuentes cambios en sus recíprocas relaciones, en parte aun menos favorecida por la naturaleza que las otras, participaron muy poco de su cultura. Tampoco las colonizaciones de los fenicios, en tiempo muy antiguo, y las que siguieron de los griegos, habían podido ejercer duradera influencia sobre las tribus indígenas. La mayor parte de la población del Oriente continuó en su primitivo basto sistema de vivir también bajo el señorío de Roma.

Homero tenía dudosas noticias de los pueblos que habitan la costa del mar Negro. Dice que desde allí los alizones, bajo el mando de Hodio y de Epistrofo, acudieron en socorro de los troyanos; la célebre nación de las Amazonas, dice Homero, era también aliada de los troyanos.

Una noticia más digna de fe sobre las tribus del Oriente, hasta entonces envueltas en las profundas tinieblas de la tradición, encuéntrase en la narración de Herodoto de las batallas y victorias de los persas en aquellos países. Las comunidades, probablemente hasta entonces libres, fueron sometidas bajo el dominio persa; estaban obligadas, á lo menos en parte, á servir á los persas y á pagarle tributos. Jerjes, como ya queda dicho, incorporó esos indígenas al núcleo de su ejército. En aquel encontrábase, además de las citadas nacionalidades, los caslo-pactios, los utios, los micos y los paricanios; luego los mosquios, los tibarenes, los macronos y los mosinecos, los marios, los alarodios, los sasprios, etc.

EL TRAJE

Las armaduras y las prendas de vestir de todos estos pueblos, como las describen las relaciones existentes, indican claramente sus costumbres primitivas y sencillas. Su traje, conveniente para el clima de su patria septentrional, consistía entre la mayoría de ellos, en un vestido de crines. Los sarangos solamente llevaban prendas de colores varios y botas que llegaban á la rodilla. Los macronos, como dice Jenofonte, amparábanse las rodillas con cortas calzas, hechas á manera de saco.

Las armas de esas tribus eran groseras y sencillas. Los caspios y algunos otros, llevaban, parte, arcos de caña y espadas, parte puñales-cuchillos. Los sarangos llevaban arcos medos y venablos; los mosquios, los macronos y algunos otros, largos venablos, que median seis varas; los colquios, venablos más cortos y espadas.

Las armas defensivas, eran: parte, escudos trenzados cubiertos con pieles de buey curtidas; parte únicamente un escudo para la cabeza, de madera y á veces cubierto con alguna tela.

EDIFICIOS

Las casas de estos y de otros pueblos del mismo origen, (muchos entre ellos habian logrado conservar su independendencia ó recobrarla contra los persas) hasta en los últimos tiempos, fueron groseras cabañas de madera, poco diferentes de las moradas que todavía se usan en aquellos países. Aun muy cerca de las más ricas ciudades coloniales, se fabricaban con el mismo sistema; Trapezo, por ejemplo, estaba rodeado, en tiempos de Jenofonte, de aldeas colquias formadas con tales chozas. No faltaban sin embargo fortificaciones para defenderlas. Muchos, como los mosinecos, elevaban sus moradas en la cumbre de las montañas, y fabricaban torres de madera en la llanura; otros, como los drilos, rodeaban el grupo bien ordenado de sus casas de madera, con una empalizada con torres, luego con un dique y un foso. Las familias que vivian en las cercanías de dichas aldeas, en ocasion de peligro, refugiábanse allí con sus muebles, utensilios, ganados y provisiones. Como los utensilios limitábanse á lo extrictamente necesario, recipientes de madera, de loza y de metal, para preparar y conservar los alimentos, bastaba esa especie de fortaleza para recoger á todos con su pobre hacienda. Jenofonte habla de los citados pueblos y además de los taocos, fasianos, etc., como de habitantes de las montañas, muy valerosos, y dice que sus fortificaciones eran poco más ó menos las arriba descritas.

Más adelantados en la cultura que la poblacion del Ponto eran los capadocios. Sin embargo, las condiciones montuosas del país habian contribuído á separarlos en numerosas fracciones, y por consiguiente, sólo en parte llegaron á un alto grado de cultura. La ocupacion princi-

pal de las tribus menos cultivadas consistía en la cria del ganado en vastas proporciones. Cuidaban sobre todo los caballos, muy buenos en aquella tierra. Los capadocios pagaban sus tributos á los persas con caballos, y el cuerpo preferido en el ejército del rey de Capadocia en tiempos de Jenofonte consistía en 6,000 jinetes.

EL TRAJE

Aquellos pueblos que, desde su sumision al cetro de la Media habian probablemente adoptado muchos usos medos-persas, llevaban un traje parecido en lo esencial al de los paflagonios. Así vestian los guerreros sirios-capadocios del ejército de Jerjes. Llevaban túnica, calzas, botas que llegaban á la mitad del muslo, yelmos cubiertos con turbantes, pequeños escudos, largos venablos, jabalinas y puñales-cuchillos. En la Capadocia del norte hay una escultura en una peña que parece representa la inmigracion en el país de tribus enemigas y su pacto de alianza pacífica con los indígenas. La escultura parece del tiempo del dominio medo. Herodoto, hablando de los sacos ó escitas, dice que llevaban gorras puntiagudas, calzas cortas y hachas dobles; pues se supone que algunas figuras del citado monumento representan escitas, y las otras, por el traje afeminado, medos ó asirios.

Si esta escultura no llevase decididas huellas de remota antigüedad, pudiérase atribuirle al tiempo en el cual los galos apoderáronse de la Capadocia septentrional.

Aunque en esas figuras se reconozca el traje de los pueblos que allí inmigraron, sin embargo no hay nada en ellas parecido á calzas, prenda que se atribuye á los escitas. Parecen más bien (exceptuando la gorra y el calzado puntiagudo) un pueblo que llevaba únicamente un delantal. Los galos permanecieron fieles á ese traje antiasiático, como endurecidos contra las intemperies climatéricas, hasta las conquistas romanas. Casi desnudos, combatian á los romanos con escudos redondos, que median tres piés de diámetro, venablos y espadas; á pesar de tan escasa armadura, habian inspirado tanto terror á los países orientales que amenazaron, que los mismos reyes de Siria les pagaban tributo.

EDIFICIOS

Los capadocios, faltando en su país los grandes bosques (pues solamente se encontraban en el centro del país, en las pendientes del monte Argeo), debieron pronto y preferentemente edificar con piedra. Ruínas ciclópeas, esparcidas en un vasto territorio y algunos trabajos arquitectónicos en peñas del valle Marquiana, demuestran en su ornamentación, ora la influencia griega, ora la asiria.

Un grandísimo número de estancias cavadas más ó menos hábilmente en las montañas que atraviesan el país, se remontan á una antigüedad mucho mayor que la de aquellos monumentos, antigüedad casi prehistórica. Muchísimas hay de forma cónica con varios pisos, puertas y ventanas. Por el crecido número de moradas cavadas en las peñas, es justo suponer que la mayor parte de los habitantes, como en Frigia, Cilicia, Pisidia é Isauria, vivían como troglóditas. Cuando los romanos pisaron aquel territorio, no encontraron ciudades, sino arrabales fortificados ó castillos erigidos sobre las montañas.

Desde Alejandro, las colonizaciones en el territorio de Capadocia llegaron á tener la importancia de ciudades, solamente bajo el dominio romano, y despues una administracion más desarrollada. En el tiempo de Estrabon habia en el templo de Artemis, en la Comana licaónica, un crecidísimo número de sacerdotes para el culto de la diosa, y Pesino, el centro comercial más célebre en el país galático, en cuyas murallas se encerraba el templo de la Gran Madre con su más venerado símbolo de piedra, cabia una masa innumerable de mercaderes de todos los países del mundo.

Como aquella tierra no era muy rica de productos naturales, y no podía sacarse de ella más que los ya citados caballos y algunos minerales estimados, la industria local no podía ser más que limitada. Los útiles necesarios debían ser de procedencia extranjera ó sumamente sencillos.

ARMENIA

Este país abunda más que Capadocia en escarpadas montañas: tiene forma ovada y se prolonga á Oriente casi hasta el mar Caspio; al Sur,

hasta las inmensas elevadas sierras de Siria, Asiria y Media: forma geográficamente el paso, por decirlo así, entre el Asia menor y los citados reinos del Asia anterior y central.

La poblacion, probablemente originaria de la tribu aria, mezclada sin embargo con elementos semíticos, ocupa un lugar importante en las más antiguas noticias históricas. El nombre de la Armenia, es citado en la tradicion que relata, como la familia de Noé bajó del monte Ararat y fundó la nueva estirpe humana. Luego, muchas veces, en el antiguo Testamento, se hace mencion de la Armenia. Los hijos de Sanherib, Adramelec y Sarezzer, despues de haber muerto á su padre, se refugiaron en el territorio de Ararat. En la profecía de Jeremías, en la cual anuncia la destruccion de Babilonia, se encuentra el nombre de Ararat con los de Minni y Askenas.

Los grandes caminos del Eufrates, Tigris y Araxes tuvieron una esencial influencia en el desarrollo de la cultura, especialmente entre las poblaciones del Sur. Tenian ya en tiempo remoto un comercio animado hácia el Oriente y el Sur y cambios con mercancías extranjeras de gran valor. En el tiempo de Ezequiel, y mucho antes, los mercaderes visitaban los mercados de la lejana Tiro; iban con ligeros botes á Babilonia para vender, como en otras partes, los principales productos de su patria: caballos, mulos, vino de palmera, etc.

Por estas relaciones no interrumpidas entre los distritos meridionales de Armenia y los llamados pueblos civilizados, aquellos indígenas debieron luego apercibirse que les hacia falta una verdadera cultura. Adoptaron poco á poco costumbres medas y luego persas, y llegaron hasta á abrazar la misma religion de los persas, pues honraban preferentemente á Artemis.

Muy diferentes eran las condiciones de las tribus que moraban en las montañas, especialmente en el Norte y en el Este. Como participaban poco en el comercio de que hemos hablado, escasa fué la influencia de la cultura extranjera. Continuaron, como los pueblos del Ponto, á ser parte pueblos nómadas y pastores, parte salteadores de caminos.

La consecuencia fué, que una parte de la nacion llegó á un considerable desarrollo de cultura, y la otra permaneci6 en su primitivo estado, y esta diferencia se manifestó en todas sus relaciones exteriores.

EL TRAJE

Armadura y traje, parecíanse entre la parte más civilizada de los armenios, al traje y á la armadura de los medos y de los persas. Una escultura, además de otros testimonios, que se ha encontrado cerca el Vansee, entre muchas ruínas de edificios, confirma esta semejanza. En ella se ven muchas figuras, unas con pobladas barbas, otras sin ellas, que llevan largas camisas con mangas, capas y una gorra á manera de yelmo. Algunas llevan en la mano un grueso palo que remata á manera de maza.

Entre los pueblos más atrasados que Jenofonte tuvo ocasion de conocer atravesando la Armenia, los curdos se distinguian por su habilidad en el manejo del arco. A consecuencia del clima (en el invierno se amontonan en esa parte de la Armenia inmensas masas de nieve) llevaban sin duda, aun en aquellos tiempos remotos, abrigos pesados de pieles, prenda que se usa tambien hoy día en aquellas montañas.

ARMAS

Consistian las armas en hondas enormes, arcos que median tres varas de largo, flechas que median dos, escudos trenzados, largos ó cortos, y lanzas. Algunos solamente tenian hachas dobles; todos se consideraban como el pueblo montañés más valeroso de Armenia, y tenian lugar preferente en el ejército persa. Segun Jenofonte, la fuerza militar de los armenios consistia en 8,000 jinetes y 40,000 infantes.

EDIFICIOS

Las ruínas citadas cerca el Vansee son testimonio que los edificios armenios eran muy espaciosos y construídos con piedra. Las ruínas que la tradicion llama ciudad de Semirámis, se encuentran sobre una colina, la cual mide un cuarto de milla de largo y 600 piés de alto. Consisten en vastas habitaciones cavadas en la peña, que probablemente servian para sepulcros reales. Esto se desprende del plan general y de las urnas

allí encerradas. Las superficies exteriores de la elevada peña están cubiertas de innumerables inscripciones, las cuales sin embargo no explican si el conjunto es un trabajo asirio ó persa. En la vecindad de Ani, Aklat, Artemite y otras localidades, hay tambien semejantes ruínas, pero menos importantes; mas en el interior de los valles se encuentran muchas cuevas cavadas en la peña, que sin duda debian servir de habitaciones, etc.

Despues de la época persa empezó á formarse la vida de las ciudades. Hasta entonces vivian los armenios en grandes aldeas abiertas, y las tribus más atrasadas, parte en las citadas cuevas, parte en casas subterráneas. Un paso angosto, el cual empezaba en el techo, conducia á aquellas moradas, por medio de una escalera. En el interior, el cual era bastante espacioso, habia lugar para los hombres, las cabras, las ovejas, los bueyes, las aves de corral, y en fin para las provisiones.

Las casas edificadas sobre la tierra eran un conjunto de maderos, ladrillos y musgo; tenian una especie de torres sobre el techo. Segun eso y las descripciones de las viviendas subterráneas, es probable que haya poca diferencia entre aquellas antiguas moradas y las que se usan todavía en la Armenia montañosa.

Tenian alguna importancia los utensilios que encontraron los griegos en las citadas aldeas: consistian especialmente en vasijas de bronce; entre ellas, ollas de gran tamaño llenas de cerveza, que bebian por medio de cañas.



CAPITULO VII

Los indios.

OBSERVACIONES PRELIMINARES

LAS satrapias comprendidas por los antiguos bajo el nombre de Ariana, al oriente del reino persa, separan la India del mundo occidental. Herodoto las describe como un vasto país, relativamente escaso de agua, y desierto; cuyos habitantes, valerosos y esforzados, estaban sin embargo muy atrasados en la cultura. Forman la frontera del Norte las enormes montañas Himalayas, que se extienden de Occidente á Oriente, llamadas palacios de nieve. La India anterior se ensancha hácia el Sur, á manera de península, en las olas del Océano; á ella pertenecen tambien las grandes islas Ceylan, Trapobana y Lauca.

Este territorio limitado por el mar y las montañas, llamado la Italia de Oriente, ocupa una superficie vasta como la Europa, menos la Rusia. Una especie de rios, que brotan principalmente de las montañas del Norte, y de las plataformas centrales, atraviesa el país en todas direcciones. El Indo le baña en el Oeste, del Norte al Sur, por un espacio

de 340 millas. Después de haber recibido en su seno las aguas de siete ríos mayores y de más de 400 menores, desemboca por varias partes en el mar. En la parte superior del país, el Ganges y el Brahmaputra contribuyen á la fertilidad del territorio. El Ganges, llamado la arteria de la India superior, atraviesa un espacio de 300 millas, de Occidente á Oriente, ensanchándose hasta el punto que mide 4 200 pies: el Brahmaputra recorre 320 millas. En el interior de los países del Sur, brotan otros ríos menos importantes, pero que merecen también ser llamados grandes, y su curso es casi parecido al de los ya citados. La mayor parte de estos ríos, siguiendo la natural inclinación de la península, corren hácia la costa oriental. Donde va bajando la muralla de montañas del extremo occidental, se encuentra también una vasta y rica variedad de ríos.

A consecuencia de tan crecida masa de agua, repartida en todo el país y de las condiciones climatológicas, la India desarrolla una fuerza productora que no puede, por su inagotable riqueza, compararse á ningún territorio del hemisferio oriental.

Bajando de las inmensas llanuras heladas del Himalaya, adquiere la vegetación tal variedad, que es de todo punto imposible describirla. Primero se presenta con el carácter de la naturaleza alpina; arbustos, espesos bosques de pinos, encinas y abedules; luego poco á poco pasa á ostentar los árboles colosales del Sur. En los valles del Ganges expuestos al sol, despliega la naturaleza maravillas admirables, y hasta espantosas, de una vegetación en la cual la vida se reproduce bajo mil diferentes formas del seno de la misma muerte. Al lado de la gigantesca palmera, que llega á una altura de 80 pies, hay las preciosas plantas productoras de perfumes y colores. Como en la India del norte el cedro, en el Sur vegeta el estimado árbol tik, cuyo palo es tan fuerte que se puede comparar á las piedras; el banano, cuyas largas ramas se arraigan con sus puntas en el suelo y producen un bosque de las mismas plantas; y un sinnúmero de otros ricos productos de la más fértil de las tierras. Allí vegetan las más hermosas y exquisitas frutas del Sur, la planta del algodón, las especies más variadas y una pompa de flores de mil formas y mil colores. Corresponde en la India el reino animal al vegetal. Los espesos y casi impenetrables bosques están poblados por tigres de extraor-

dinario tamaño y fuerza, leones, chacales, hienas, etc. En las regiones pantanosas hormiguean innumerables serpientes y toda clase de gusanos dañinos; las ramas de los árboles están llenas de numerosos grupos de monos y de innumerables enjambres de pájaros, cuyas plumas brillan con todos los colores del arco iris. Excepto el caballo, que en la India se encuentra solamente en algunas partes, este país posee en el estado salvaje casi todos los animales domésticos de la tierra. Sin embargo, desde los tiempos más remotos, se reemplaza allí el caballo con el dócil elefante y el robusto búfalo.

Además de la riqueza vegetal y animal, la India encierra otra no menos admirable en el reino mineral: ningún país de la tierra abunda como éste en piedras preciosas; el diamante blanco se encuentra en toda su hermosura, y también otras piedras de todos los colores. Hay pocos metales; entre éstos en más abundancia el hierro. El mar de la India ofrece una crecida cantidad de hermosísimas perlas.

Una tierra tan rica de productos naturales no podía permanecer oculta por mucho tiempo á la población comercial y codiciosa del Oeste. En el año mil antes de Cristo fueron allí primero los fenicios, aliados con Salomón, que prepararon una armada para emprender el comercio de la India oriental, el cual continuó en sus manos por mucho tiempo. Aunque hayan sido muy grandes los tesoros que proporcionó la India á los países occidentales, sin embargo, parece que aquellas relaciones comerciales no hayan contribuido mucho para el conocimiento de la verdadera India. También para el sabio Herodoto, eran los indios según las noticias que había recogido en Persia, el último pueblo de Oriente, y los territorios que allí se extienden, un vasto desierto de arena inhabitable. Otros escritores hablaron de los maravillosos tesoros de aquella región y exageraron hasta llegar á lo fantástico y fabuloso. Los griegos estaban destinados á descorrer el velo que cubría la verdad: bajo el mando de Alejandro el Grande, combatiendo los persas, pudieron ver á lo menos, por decirlo así, la antesala del país del Ganges. Nearco, Onesicristo y otros, con la memoria llena de los encantos de la naturaleza india, comenzaron á reemplazar los fabulosos relatos arriba citados, con descripciones exactamente conformes á la verdad. Más conocidas aun fueron aquellas tierras bajo Seleuco Nicator, el cual, después de la

muerte de Alejandro, emprendió otra campaña en los países del Ganges, aumentando las noticias sobre la India. Megastene, embajador del rey de Pérsia en la capital Palibotra, esmerado y puntual observador, no se olvidó de hacer la exacta descripción de las costumbres de las cuales fué testigo. Comparadas con las de esos autores, las noticias comerciales de la época romana son muy mezquinas, á pesar de que no se hayan conservado más que algunos trozos sueltos de los citados escritores. Solamente en tiempo moderno se ha publicado una exacta relación del territorio interior al sur del Ganges.

Hablando etnográficamente, mucho se parece la India á la gran península africana. También la población de la India está repartida en un sinnúmero de tribus, muy diferentes entre ellas por las formas del cuerpo, por el idioma y por la inteligencia más ó menos despierta. También hay allí masas de pueblo de tez más clara y facciones más nobles, otras de tez muy morena y de escasa inteligencia; lo mismo pasa en el Africa del norte, especialmente, desde tiempo muy antiguo. Como las poblaciones de color más claro son las más civilizadas, parece que sean de origen caucasiano, que habiendo entrado en el país por la parte de Occidente, hayan subyugado parte de los habitantes antojtonos y rechazado la otra en lo más interior de la península. Una cierta analogía entre el culto religioso de aquellos indios y el de los arios, hace conjeturar relaciones muy íntimas de las dos tribus en la más remota antigüedad.

Las tinieblas en que se pierden, como entre todos los otros pueblos, esos antiguos acontecimientos, no son sin embargo siempre igualmente impenetrables acerca el desarrollo intelectual de los indios. Bajo el influjo inmediato de las bellezas naturales que los rodeaban por todas partes, su espíritu pasó muy pronto del vivo interés hácia sí mismos y sus operaciones, á examinar el origen y el objeto de la creación, despues, á una actividad más especulativa de la inteligencia. Los indios, sin embargo, aunque posean una literatura bastante rica, no tienen historia alguna, en el verdadero sentido de la palabra.

Los más antiguos cantos populares, que casi siempre se refieren á sus guerras y á las hazañas de sus héroes, llevan un sello tan poético y fantástico, que los hechos históricos que refieren no son otra cosa más que formas dudosas envueltas en niebla. Lo único que se desprende de

ellos con más claridad es que unas batallas heroicas formaron los Estados á orillas del Ganges poco más ó menos 1300 años antes de Cristo, que las tropas victoriosas penetraron más en el interior y conquistaron vastos territorios por medio de batallas sangrientas contra los indígenas, que habiéndolos en parte sometido, empezó una lucha de dinastías entre los Pandu y los Kuru, de la que salió victoriosa la estirpe Pandu, la cual eligió Hastinapura por residencia.

Las relaciones entre vencedores y vencidos determinaron el desarrollo interior de esos Estados. Los primeros consideraban á los segundos como una masa de pueblo inferior y dependiente, y se clasificaban ellos mismos, como los egipcios, en varias castas. La primera era la de los guerreros, luego habia la de los mercaderes, de los trabajadores y de los aldeanos. El clero, poco organizado todavía, desprovisto de sólido lazo exterior é interior, no debia formar casta aparte. En tal sistema de gobierno, probablemente fué aumentando la importancia de los sacerdotes, favorecidos por la enervante influencia de las condiciones locales, y llegaron á constituir una gran corporacion. Meditando sobre la naturaleza de las fuerzas que la ponen en movimiento, llegaron á esa doctrina místico-religiosa, cuyo punto céntrico formaba Brahma, el sér vivo y agente.

Reflexionando sin cesar sobre el órden del universo, que les ofrecia un cuadro continuamente variado, imaginaron que el destino del hombre fuese en todo relacionado á la misma naturaleza, y establecieron numerosas reglas de costumbres para todas las relaciones humanas. La poblacion aceptó voluntariamente esas leyes, y los sacerdotes quedaron victoriosos. Ellos dijeron entonces, fijando más escrupulosamente la división del pueblo en castas, que los sacerdotes habian salido de la boca de Brahma, los guerreros de sus brazos, los mercaderes y artífices de sus muslos, y los aldeanos de sus piés.

Esas doctrinas, producto de una religion ideal, habian gobernado el pueblo por muchos siglos, y en el año 700 antes de Cristo fueron ordenadas en un libro y formaron un verdadero código. Este código, llamado Manu, está todavía en vigor en toda la India, y abraza todas las humanas relaciones ocupándose de los menores detalles.

Si la vida exterior de los grandes se desarrollaba con sumo esplen-

dor, á consecuencia de las inagotables riquezas propias del país, habia límites fijos para el libre progreso de la inteligencia. Mientras el pueblo gemia bajo el yugo del despotismo de los grandes y de los sacerdotes, las especulaciones teológicas de los brahmines habian llegado á producir poco más que una árida filosofía, un pueril ceremonial en todos los actos de la vida, una cadena que aprisionaba la inteligencia.

En tales enervantes condiciones surgió un rey prudente, sabio y filántropo, un benéfico reformador en Cuddhodana. Adandonó en su ardiente celo el cetro y cogió el baston del mendigo. Recorriendo sus Estados pidiendo limosna, se ocupaba únicamente en descubrir las causas de las humanas desdichas, pensando en el posible remedio para aliviarlas. Despues de veinte años, sostenido por el poderoso monarca Rimbisara, entre el año 600-550 antes de Cristo, declaróse abiertamente adversario del orgullo y de la doctrina de los brahmines. Publicando, en una lengua de todos conocida, en oposicion á la doctrina de los brahmines, otra más liberal, la cual, sin abolir las castas, sostenia los universales derechos de todas, luego enseñaba el puro amor del prójimo, la paciencia, la compasion, negaba absolutamente el renacimiento de las almas de los difuntos en otros cuerpos mortales, habia adquirido muy pronto numerosos secuaces.

Estos discípulos lograron, despues de la muerte de Budha, acaecida en el año 540 antes de Cristo, fuese universalmente admitida la nueva creencia. De la encarnizada lucha entre las dos religiones salió triunfando el budhismo. A mediados del siglo tercero era religion del Estado en Magadha, etc. En el quinto siglo de nuestra era el brahminismo, cambiado esencialmente por la influencia de esa doctrina, recobró su antiguo dominio.

La poblacion del país del Ganges, habia quedado casi independiente en el citado desarrollo hasta la entrada de los griegos. Las relaciones políticas de los antiguos asirios y persas con los indios, en épocas mucho más remotas, habian tenido una influencia tanto menos duradera, que puede ser hubiesen tocado, y aun por poco tiempo, principalmente los distritos del Oeste. Al contrario, al llegar allí, la cultura griega encontró un terreno mejor preparado por las disensiones religiosas. La inteligencia, ocupándose en las cuestiones teológicas, habia adquirido más fuerza

y penetracion. Poco tiempo despues de la victoria de la nueva doctrina, se habia despertado una actividad artística en la ereccion de monumentos para la gloria de su fundador. Llegando los griegos, la arquitectura y todos las artes plásticas dejaron de ser originales, y adquirieron el sello del gusto griego, hasta en los más pequeños objetos del lujo doméstico.

Un número relativamente escaso de los monumentos citados pertenece á la verdadera antigüedad. Los más numerosos restos del arte indio pertenecen al principio de la Edad media cristiana. Las fuentes principales de las noticias sobre el traje antiguo indio, son la literatura del pueblo y los relatos (más exactos) de los escritores griegos. Por lo demás, lo que todavía se usa en la India, respecto á las citadas descripciones, aclara muchos puntos dudosos.

EL TRAJE

Los griegos trataron de examinar desde el principio la cultura india ya notablemente desarrollada. Imaginaron un estado salvaje, en el cual se alimentaban de los productos de su tierra sin el menor arreglo y se cubrian con las pieles de los animales muertos en la caza. Faltándoles datos históricos para explicar el progreso, se contentaron con mezclar su propia tradicion con el mito indio. «Dionisio, y quince generaciones despues, Hércules, llevaron la guerra entre aquellos pueblos, los sometieron, y finalmente les enseñaron las leyes de una adelantada cultura.» Así explican los autores griegos la civilizacion india.

Si las obras literarias de los indios, las cuales se relacionan con la más remota antigüedad, los vedas y las epopeyas Mahabharata, Ramajana, etc., no hubiesen sido desfiguradas, las descripciones que se encuentran en aquellas obras serian las más oportunas para formar un cuadro del conjunto y de los pormenores del progreso intelectual en la India. Esos libros llevan el sello de una cultura formada, mezclada con ideas fantásticas y fabulosas. En algunas partes de los vedas y en poesías más modernas, se encuentran alusiones á una vida consagrada á la guerra y á la cria del ganado.

Por lo que se refiere á las exterioridades de la existencia, especial-

mente al traje, aquellas obras demuestran el conocimiento de un lujo que no puede desarrollarse sino bajo un gobierno estable, aumentándose las necesidades, y en medio de una pacífica actividad industrial. En aquellas antiguas memorias hay poca luz acerca las causas del desarrollo de la antigua cultura india; tampoco hay datos fijos sobre la historia del pueblo. La ley Manu, aunque demuestre el estado de la cultura india llegado á la perfeccion, sin embargo por sus reglas invariables sobre la religion, la política y la vida privada, pone barreras insuperables á un mayor desarrollo.

De grande importancia fué para el perfeccionamiento del traje, bajo el punto de vista técnico, la actividad industrial muy favorecida por la separacion de las castas. La fama del indio en la perfeccion de los oficios es debida sin duda á la organizacion del pueblo en castas. El indio, desde su juventud, conoce el arte á que debe dedicarse, y es muy razonable que su único objeto sea lograr en él la mayor habilidad posible. Ocupan una parte considerable en las leyes del Manu los reglamentos relacionados al comercio y á la industria.

Desde los viajes de los fenicios, entre las mercancías que iban al Oeste, los productos naturales de la India, sus preciosas telas, sus objetos de adorno, tambien las armas, en fin, los productos de la industria india, especialmente en lo referente al traje, fueron artículos preferidos. Entre los principales, ya en la antigüedad, ocupaban el primer lugar las varias telas de algodón. En la más remota época de la cultura en la India tuvo principio la industria del algodón y el arte de tejer. En nuestros dias aún los indios se visten por lo comun con tejidos de algodón. Hállase de tales vestiduras en las más antiguas obras sanscritas, luego en las de los autores griegos. Esos tejidos eran á veces del color natural de las varias clases de algodón (blanco, amarillento y rojizo), ó se los teñian en diferentes colores, ó, en fin, ostentaban dibujos de varios colores. Para este objeto se servian, ya en tiempo antiguo, de varios palos colorativos, especialmente el añil, el llamado sangre de dragon (drago) y la cochinilla.

Los indios no iban en zaga á los egipcios en el arte de tejer preciosísimas telas. Conocian el modo de fabricar velos delgadísimos entretejidos con hilos de oro y plata. Parece que la suma habilidad en la

fabricacion de tejidos de algodón hizo descuidar la del lino: la ley habla de vestiduras de lino como insignias de ciertas dignidades; más á menudo, cita trajes de pieles de ciertos animales ó sencillamente vestiduras de corteza de árbol. Es propable que en la India, antes de la Edad media cristiana, no se hayan usado tejidos de lana, pero mucho tiempo antes, las personas principales gastaban traje de seda.

El Manú prescribe el modo de limpiar las prendas de seda. Aunque el gusano de seda sea indígena de la India, sin embargo, es muy probable que en la antigüedad más remota, los tejidos de seda hayan sido procedentes de la China septentrional.

Algunos trozos de las citadas poesías hacen suponer que existiese muy antiguamente una relacion comercial entre las tribus de los Estados del Norte y los arios del Ganges. Describen los objetos que los príncipes indios recibian de allí, y citan, además de grandes masas de ricos metales, piedras preciosas, maderas rarísimas, coral, etc.; tambien finísimos tejidos, trajes de algodón, y principalmente cargas enteras de pieles, armas y adornos. Es probable que las pieles, las cuales es verosímil sirvieran para adornos, fuesen pieles de cebellinas, arminios, martas, zorros, etc.

A pesar de la variedad de las materias y tejidos que poseían los indios desde la más remota antigüedad, el verdadero traje nacional permaneció siempre bastante sencillo. Bajo la influencia de un clima variable, pero generalmente templado (en algunas regiones llega á un excesivo grado de calor), nunca se desarrolló en formas adherentes al cuerpo.

Las tribus que han quedado atrasadas en la cultura, se abrigan todavía, bajo el sistema primitivo, con esteras, pieles de animales, pañuelos de lana, etc., prendas que se llevaban en tiempo de Alejandro; las descripciones de la epopeya, las noticias de Megastenes y de otros sobre el traje de la poblacion india civilizada, indican que el traje todavía usado en los Estados del Ganges, debe ser igual al de la época más antigua.

Este traje indio consiste, generalmente para ambos sexos, parte, en una camisa larga ó corta, unos, en un delantal, otros, en un paño recogido á manera de calzas, luego, en un traje inferior y uno superior de tejidos más ó menos delgados. A veces el solo delantal, ó la camisa, á veces el traje superior, ó éste y el delantal forman el traje completo.

Hay camisas que llegan á la mitad del muslo, hay otras que llegan á los piés.

La capa consiste en una ancha pieza oblonga, como sale del telar, y cada uno se envuelve en ella caprichosamente. Para sujetar la camisa y la capa se valen de un cinturón sencillo ó tejido en varios colores. La cabeza se cubre con una gorra ó con una especie de turbante, formado con pañuelos de varios colores, velos, etc.; el calzado consiste en zapatos ó sandalias de cuero.

Nearco describe, en la manera citada, el traje usado generalmente en aquellos países en tiempo de Alejandro; corresponden á la misma descripción esculturas que pertenecen á varias épocas y á diferentes países, según varios testigos oculares. Estos testigos, después de haber hablado de las condiciones geográficas y físicas del país, de la planta del algodón, de los tejidos con él fabricados, del biso, otro producto también vegetal parecido á la seda, y de otras cosas preciosísimas, se ocupan de los habitantes.

Dicen que tienen talle elevado y formas elegantes; observan que los montañeses se abrigan con pieles de ciervo; que los ciudadanos, al contrario, llevan largos trajes interiores y superiores, de tejido de algodón ó de lienzo, comunmente blanco, á veces de varios colores, una venda para la cabeza, zapatos de cuero blanco con altos tacones de varios colores, muchas alhajas de oro y piedras preciosas, y que van siempre acompañados por un criado que lleva la sombrilla.

Según las noticias aun más completas que nos dejó Arriano, el traje consistía (traje que aun se usa al presente) en una camisa, que llegaba á media pantorrilla, en otra vestidura superior, á manera de manto, sujeta á los hombros y á veces colgando de la cabeza. Según las descripciones del Ramajana, los más principales ciudadanos llevaban trajes de seda purpúrea; sus señoras se adornaban con alhajas preciosas, trajes de seda de varios colores, pañuelos de lana sumamente blanda, corsés y pieles. El mismo poema habla también del elegante calzado de cuero blanco, del que hacen mención también los griegos, y del calzado de la clase pobre, mucho más sencillo y groseramente trenzado.

En fin, todos están acordes en afirmar que pocos pueblos ha habido tan aficionados á la belleza del cuerpo y que tanto se hayan esmerado

para cuidarlo. Baños, perfumes, óleos que favorecen la hermosura de la tez, afeites varios, todo lo conocian y empleaban desde la más remota antigüedad. Hay afeite negro para las cejas, afeite encarnado para los dedos de los piés, y las uñas; para las manos, los piés y algunas partes del pecho, el color carmesí claro, producto del sándalo.

Hombres y mujeres llevaban, como al presente, el cabello largo. Entonces, lo que ahora ya no se usa, los hombres teñíanse la barba con los más vivos colores, blanco, verde, azul oscuro y purpúreo; trenzaban el cabello y lo cubrian con un aderezo parecido á la mitra persa. Las mujeres, aun más que los hombres, se esmeraban en el arreglo de su rica cabellera. Además de las anchas trenzas que caían á la espalda, las jóvenes solteras anudaban el cabello sobre la frente; las ramerás, al contrario, arreglaban el cabello en numerosos bucles, que caían sobre las mejillas y los hombros.

En tiempo de luto, la viuda se arreglaba el cabello en una sola trenza colgando, y renunciaba á todos los adornos; cintas de varios colores, sartas de perlas, corales, piedras preciosas y flores, con las cuales las mujeres indias se adornaban la cabeza desde el tiempo más remoto.

Entre las preciosas alhajas usadas por ambos sexos, descuellan pendientes elegantemente trabajados, sortijas, aros para las piernas y los brazos, dijes colgando del cuello y del pecho, y ceñidores preciosísimos; las mujeres públicas se adornaban tambien las caderas con sartas de perlas de varios colores.

Es cierto que el marfil ocupaba un lugar preferente, como lo tiene todavía, en la fabricacion de los adornos; luego despues el oro, pero no se empleaba en tanta cantidad como el marfil, pues sacábase parte de los países del Noroeste, parte de la India posterior. Era objeto principal de adorno el coral, y aumentando el comercio por mar y por tierra, se usaron muchas perlas y piedras preciosas, que servian á los plateros, citados en el Manú, para rico ornamento de sus trabajos de oro y de marfil, para formar sartas y cadenas.

Muchos celebran los antiguos y grandes pendientes en forma de anillos, hechos con piedras preciosas; luego los brazaletes de asta, de marfil ó de metal, adornados con preciosas piedras. Los más pobres

llevaban un adorno semejante de palo ó de plomo, y en lugar de las ricas sartas de perlas, cordones con piedrecitas redondas y pedacitos de vidrio.

Los aros para las piernas, correspondientes al rango y á la riqueza como los demás adornos, tenían la añadidura de cascabeles ó diminutas campanillas, como las solian llevar las jóvenes hebreas. Generalmente, en la más remota antigüedad, el lujo de las personas ricas habia llegado á tal punto, dice el Ramayana, que en Ajodhja no habia ningun habitante sin pendientes, corona, collar, perfumes y trajes preciosos.

La afición tan profundamente arraigada en el pueblo para el más espléndido ornamento del cuerpo, tuvo que limitarse hasta cierto punto, á consecuencia de la institucion de las clases. Separándose las diferentes clases por la ley del Manú, el traje adquirió un sello simbólico, algo parecido al que llevaba el antiguo traje egipcio, lo que distinguía las diferentes clases por la forma ó el material de las prendas de vestir.

Segun Magestenes, el pueblo estaba dividido en siete clases. Sin embargo, esto y otras observaciones sobre el modo de vivir de los individuos de las diferentes clases entre ellos, parecen estar en contradiccion de la ley. Como acaso no conocia ese autor el Manú, es fácil haya incurrido en varios errores. El Manú hace mencion de cuatro castas solamente: los brahmines (sacerdotes), los guerreros, los mercaderes y artífices, y los criados.

Unicamente la de los criados no era originaria de sangre aria. Estaba compuesta por las tribus sometidas, consideradas como inferiores, buenas solamente para servir. Los arios, determinaron adoptar un antiguo signo exterior para que no fuese posible confundirlos con esas tribus esclavizadas. Este signo era un cordon, venerado como entre los persas; cordon sagrado, con el cual se adornaba al niño al entrar en su casta. Ese cordon, que del hombro izquierdo pasaba al pecho y á la espalda, para los brahmines consistia en tres hebras de algodón, para los guerreros en tres hebras de cáñamo, y para los mercaderes y artífices en tres hebras de lana de oveja. Recibian solemnemente ese cordon los brahmines á la edad de ocho años, los guerreros á la de once, y los mercaderes y artífices á la de doce.

No había leyes especiales sobre el traje de los criados, á los cuales, sin embargo, no estaba prohibido ejercer industrias y oficios. La situación inferior y dependiente, les negaba naturalmente los medios de llevar lujosas vestiduras. Más tarde, esta casta llegó á repartirse en varias secciones; los que habitaban las ciudades, ocupándose en algun oficio, eran más estimados que los moradores de los bosques y de las montañas. Había entre estas tribus menospreciadas, los negros, los párias, los candalas, los niscadas y otros.

Los menos despreciados eran los habitantes de la ciudad que voluntariamente dedicábanse al servicio de los sacerdotes. Los amos recompensaban á los criados con varios productos naturales y con trajes medio usados.

En tiempos de la invasion de los arios, los negros habitaban las orillas del Indo. Los vencedores recibieron de ellos, como tributo, innumerables esclavas de largos cabellos, vestidas de algodón, pequeñas de talla y de color negro.

Los párias, los candalas, etc., no podían tener relacion alguna con las castas condenadas á permanecer siempre en estado salvaje. El Ramajana hace de ellos una pintura que horroriza. «Su color es cobrizo ó pardo de mono; los ojos encarnados é inflamados; llevan un traje interior azul, otro exterior muy súcio ó una piel de oso; sus adornos son de hierro.»

Entre las clases inferiores de la poblacion, repartidas en siete categorías, había la de los prisioneros de guerra. Estos eran los verdaderos esclavos. Les cortaban casi enteramente el cabello para indicar su estado; les dejaban únicamente cinco copos.

Además del citado cordon, la ley prohibía á esas últimas clases llevar las prendas usadas por las castas superiores. Por ejemplo, los mercaderes y artífices llevaban una camisa de lana y la piel de un cabrito, un cinturon de cáñamo y llevaban en la mano un baston de palo de higuera, cubierto con su corteza, y que llegaba al nivel de la punta de la nariz. Los guerreros, al contrario, usaban una camisa de lienzo y la piel de un ciervo, un cinturon de cuerdas para el arco y una vara de banano, que llegaba hasta la altura de la frente; finalmente, los brahmines se vestían con una camisa de delgado tejido de cáñamo, la piel de

una gacela, un cinturón de caña de azúcar y llevaban en la mano un palo de bambú, el cual llegaba hasta el cabello.

Se ignora si estas reglas se observaron rigurosamente, pero las noticias sobre el traje de los indios en general, dejan suponer que los ricos y grandes de las castas superiores no se hayan nunca sometido enteramente á limitar su vestidura á semejante sencillez.

La casta de los guerreros, fué la que más descuidó las prescripciones arriba citadas. Esta y la casta de los agricultores eran siempre las más numerosas, aun en tiempos de Megastene. Gozaba de la mayor libertad tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, por lo cual era concedido á sus miembros gozar de todos los placeres, y tambien dedicarse á alguna provechosa industria, al comercio ó á un oficio cualquiera.

Tales privilegios proporcionaban, en tiempo de paz, á la casta de los guerreros, los medios de adquirir riquezas independientemente, y por otro lado la guerra era para ellos ocasion de muchas ventajas. A ellos pertenecia exclusivamente el botin, menos el oro y la plata, propiedad del rey, el cual pertenecia á su propia casta y los mantenía con su caudal particular. Además, el monarca tenia obligacion de proveer las armas y todo lo necesario para la guerra, objetos que despues se guardaban en los depósitos militares.

LAS ARMAS

Una categoría especial de herreros forjaban las innumerables armas que necesitaba el ejército indio. Las materias principalmente empleadas eran el hierro y el cobre. El primero de estos metales era de fácil alcance; se encontraba en grandes masas y de la mejor calidad; el cobre no era tan bueno, y se debia buscar en los montes Himalaya, en el Norte.

Pronto aprendieron los indios á trabajar el acero, y las espadas de fabricacion india, esportábanse al Occidente desde los tiempos más antiguos.

Los adornos de las armaduras, era obra de los plateros, los cuales tambien fabricaban, además de las empuñaduras de las espadas de oro

y marfil, las corazas compuestas parte de madera, parte de cuero ó fuertes tejidos; los escudos y las polainas, los adornaban ricamente con oro, plata y piedras preciosas.

El escudo fué el arma de defensa más antigua, cuya imagen se encuentra esculpida en el Tope de Sanki: probablemente es el monumento más antiguo de la India.

Como los escudos orientales, el escudo indio estaba compuesto más generalmente de un amazon de palo cubierto con una capa de cuero; otros habia de cuero, fortalecidos con chapas de metal.

En las poesías que describen las batallas de los pandu contra los kuru, los guerreros aparecen armados con grandes escudos de pintadas pieles de animales; el Ramayana describe del mismo modo la armadura defensiva de la guardia del rey.

Parece que cada division del ejército llevaba un escudo de forma diferente. En las esculturas se ven á lo menos tres distintas clases de escudos; una para los peones, otra para los ginetes y una tercera para los guerreros que combatian en los carros.

Mientras otras imágenes simbólicas dan testimonio que los indios en la antigüedad usaban escudos redondos como al presente, los griegos hablan de ellos como de un arma especial de los ginetes, y añaden que los peones se servian de largos y estrechos escudos, de piel de buey no curtida, los cuales llegaban á la altura del hombre.

La falta de noticias más especiales impide ofrecer otros pormenores sobre la antigua armadura defensiva usada en la India. Segun las poéticas descripciones de las hazañas de los guerreros arios, llevaban éstos, además de las corazas, demasiado delgadas para oponer oportuna resistencia á las flechas, abrigos ondeantes, de color amarillo de oro las más de las veces, ó blancos.

Las tropas indias, que servian en el ejército de Jerjes, á las cuales es verosímil perteneciesen los llamados por Herodoto etiopes orientales, se vestian con trajes de algodón, y así tambien los guerreros de la tribu llamada de los indios libres, ó aratta. Estos se cubrían únicamente con largas y ondeantes vestiduras, con borde encarnado, una capa doble encima y una venda para la cabeza, á manera de turbante; los jefes se distinguian por el color oscuro de su traje y un adorno de plata.

Puede ser que las condiciones climatológicas hayan esencialmente contribuido al uso de un traje tan ligero, aun para la guerra, en lugar de las pesadas armaduras formadas con chapas de metal; pero no se comprende porqué en el mismo país, se hayan usado, aun antiguamente, dichas armaduras tan ricamente adornadas.

El arma ofensiva principal entre los antiguos indios era el arco. En lenguaje indio indícase el manejo del arco con una palabra que corresponde á *el arte militar*. Segun el mito, el dios Indra despide sus flechas con un arco colosal, que despues de la batalla muestra á los mortales como arco iris. En las epopeyas, los héroes se llaman hombres que llevan el arco, hombres que saben manejar el arco, y esto es su mayor título para merecer las alabanzas y la gloria. Los arcos que allí conocieron los griegos, median la altura del hombre.

Para armar el arco, se colocaba un extremo en el suelo, hácia la punta del pié izquierdo, agarrando el arco mismo con la mano izquierda y sacando lentamente la flecha con la mano derecha. Las flechas eran de palo ligero ó de caña, con puntas de hierro y un adorno de plumas; median 4 piés y medio de largo. La fuerza de esas flechas fué aumentando hasta el punto que atravesaban cualquier arma defensiva, por más sólida y dura que fuese. La ley prohibia envenenar las puntas de las flechas; prohibia tambien el uso de flechas ardiendo; lo que sin embargo no impidió á los habitantes del reino de Sindomana usar las flechas envenenadas para combatir los griegos.

El arma de uso más general, despues del arco, fué el venablo ó la lanza. En las epopeyas, es el arma principal de los héroes y del dios Indra.

En los cantos guerreros más antiguos este mismo dios es llamado «el que lleva el venablo,» y en los tiempos más modernos el mayor número de los soldados indios no tenían más armas que arcos y venablos; así lo refieren Herodoto, Estrabon y Ariano. Es posible que entre las numerosas armas ofensivas, citadas de un modo sumamente confuso en las poesías, haya algunas de esta última clase. Algunas esculturas muestran venablos sencillos con puntas de metal, á manera de lanza, varas con ganchos para los guerreros que montaban el elefante, y lanzas con hoja de tres puntas. En la grande epopeya, se citan las tribus guerreras

gandhara y sindhu-sauvira principalmente como pueblos ejercitados en el uso de los venablos con varias puntas. En el mito indio el tridente es el símbolo del dios Siva.

Entre las armas ofensivas ocupan lugar preferente espadas y puñales muy vários por la longitud y la anchura. Segun Ariano, casi todos los guerreros de las tropas indias llevaban una espada muy ancha, la cual media tres varas de largo, y que debia cogerse con las dos manos para aumentar la fuerza del golpe.

La epopeya, además de la espada que representa un papel importante en los antiguos poemas heróicos, recuerda las clavas, adornadas con ornamentos de oro, diferentes hachas y guadañas. Algunas hachas tenian una forma muy sencilla, otras eran exactamente iguales á las antiguas egipcias. Es probable que las clavas no fuesen muy diferentes de las que usaban los antiguos asirios.

El Ramayana cita como armas arrojadizas unos discos de metal y unos largos lazos, que servian, como entre los persas, para echarlos al cuello del enemigo que huye.

El conjunto de las fuerzas militares indias, segun los autores del país, llegaba, por decirlo así, casi á lo infinito. Muchos relatos de esta clase parecen fabulosos, y no se pueden considerar como exactos sino aquellos que nos dejaron los que acompañaban á Alejandro. Sin embargo, ellos tambien dicen que el número de los guerreros indios era sumamente considerable. El príncipe Goro únicamente, podia proporcionar por sí solo 50,000 infantes, 200 elefantes de guerra, mucha caballería y muchos carros de batalla. El pueblo relativamente pequeño de los Kattia tenia un ejército de 60 hasta 70,000 guerreros. La tribu de Agalafsar contaba 40,000 combatientes; el ejército de los reyes de Kalinga 60,000 peones y 700 elefantes; el poderoso reino de Magadha 200,000 peones, 20,000 ginetes, 2,000 carros de guerra y 3,000 elefantes; el ejército de Tschandragupta (320 antes de Cristo) estaba compuesto de 400,000 hombres.

El libro de la ley ocúpase de los menores detalles relacionados con la vida privada y la conducta diplomática del príncipe, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra. En él se encuentran los más oportunos consejos para cualquier caso, las reglas para la division del ejército

y los diferentes oficios de las divisiones en tiempo de paz y en tiempo de guerra.

El ejército repartíase en seis divisiones: elefantes armados, guerreros combatientes en los carros, ginetes, peones, comandantes y bagajes del ejército. La posición y los movimientos de estas divisiones correspondían á la antigua coordinación de las piezas del ajedrez; á los dos lados del rey y de sus ministros estaban los carros ó la caballería (alferez y caballo), las alas estaban protegidas por los elefantes (torres) y la vanguardia estaba formada por los soldados de á pié (peones).

La armadura de las diferentes tropas correspondía también, según refiere Estrabon y Ariano, á su oficio en la batalla. Todos llevaban las citadas largas espadas, algunos también arcos y venablos ó arco sólo ó dos venablos sin arco, y éstos eran principalmente los ginetes, cuyos escudos eran pequeños y redondos, mientras la infantería iba armada con los largos escudos ya arriba descritos. La brida de los caballos era sumamente sencilla; no llevaban silla, el freno tenía la forma de un asador al cual se sujetaban las riendas.

En cada carro de guerra, en los tiempos antiguos, había un guerrero, además del conductor; más tarde los guerreros eran dos y tres para cada elefante. Estos últimos, como debían combatir desde lejos, estaban provistos de armas arrojadas.

El traje de los ginetes principales distinguíase por los ricos adornos, y naturalmente, más que todos brillaba el comandante general. Antes de empezar la batalla subía en su magnífico carro de guerra ó, como en el tiempo de Alejandro, montaba un elefante preciosamente aparejado.

El rey, si mandaba en persona (como Poro, que fué hecho prisionero por el mismo Alejandro), defendíase y adornábase con una coraza sumamente sólida y espléndida.

La música y los señales visibles, dirigían el orden de las diferentes divisiones. Entre otros, es digno de memoria el estandarte real, adornado con un dragon; luego había una infinidad de banderas de varios colores, grandes y pequeñas. Las llevaban los diferentes capitanes de infantería ó, según antigua costumbre asiria, estaban colocadas sobre los carros de guerra. Daban la señal de ataque las trompetas de concha,

tal vez también largos cuernos encorvados y dobles flautas; para animar las tropas empleábanse grandes tambores y bacías de metal.

El poder real era más bien elevado por las leyes de los sacerdotes que limitado. Los brahmines se habían contentado con ser consejeros del rey; en lo demás, como los individuos de las otras clases, en la política y en el derecho, dependían del monarca y trataban, como los sacerdotes egipcios para los faraones, de representarlos como divinidades visibles.

Esta manera de considerar la persona del soberano, la cual autorizaba un despotismo civilizado, no carecía de influencia sobre las exterioridades del rey. Pues que el soberano, según las palabras de los sacerdotes, sobrepuja como Judra, al espléndido firmamento, y despide sus rayos, como Surja, el dios del sol, y á todos los mortales, de manera que nadie puede fijar en él sus miradas, pues sobrepuja á todo lo que le rodeaba con una pompa deslumbradora.

La vida cotidiana del rey estaba sometida en los menores detalles á reglas fijas, que tenían su origen en costumbres muy antiguas. Antiguas también eran las solemnidades relacionadas con la elección del monarca.

Así se describe la ceremonia de la coronación en la epopeya del Ramayana: «En medio de una corte reluciente por riquísimos trajes, elevábase el trono de oro del soberano que iba á ser consagrado. En él recibía, entre los gritos de júbilo de la multitud, la consagración y las insignias del dominio: prendas ricamente bordadas de seda amarilla, el cetro de oro, el turbante ó la ínfula; un puñal adornado con piedras preciosas, zapatos de varios colores, una sombrilla de color amarillo. Esta última, la espada y el arco eran objetos que empleados especiales llevaban siempre detrás del rey.»

La descripción de los compañeros de Alejandro, especialmente la de Magastenes, cuando habla de la manera de vivir de los príncipes de Magadha, corresponde á las de las poetas indias. Ensalzan la riqueza de aquellos reyes refiriendo que poseían incalculables tesoros de noble metal; recuerdan las régias prendas y los zapatos, todo de seda, cargado de oro, púrpura y piedras preciosas; luego su cetro, sus collares y brazaletes de riquísimas perlas. A la mesa (continúan refiriendo los griegos) el rey es servido por sus esposas riquísimamente vestidas y

adornadas; cuando da audiencia esas mismas esposas lo adornan y perfuman. Cada vez que el monarca salía de sus estancias para mostrarse en público, esta salida se parecía á una fiesta solemne. Le precedían numerosos criados, que llevaban incensarios, los cuales despedían exquisitos perfumes. Yacía el monarca, cubierto con trajes bordados de oro, en una palanqueta (silla portátil) de oro, adornada con perlas y forrada con pieles de tigre. Iba rodeado de carros artísticamente trabajados, y en fin, acompañado por la deslumbrante guardia del cuerpo. No menos pomposas eran las casas que el rey hacía en sus propios parques.

Si se trasladaba á algun país lejano, montaba un elefante cubierto con riquísimas mantas. Seguíanle primero los guerreros más principales y una numerosísima servidumbre, luego sus esposas, llevadas en literas. En el acto de despedir las largas flechas el rey para herir los animales que cazaba, cantaban sus mujeres.

En ocasión de públicas fiestas religiosas, desplegábase la mayor pompa de la régia dignidad. Iban procesionalmente carros y elefantes magníficamente adornados, músicos, criados, panteras, tigres y leones amansados. Una de las más solemnes entre tales ceremonias religiosas, era el sacrificio del caballo, que se llamó el rey de los sacrificios.

Los sacerdotes habían confiado al monarca la dirección de las solemnidades religiosas y se habían reservado el cargo de jueces supremos.

En tiempo antiguo estaban á la cabeza de su tribu como jueces, y conservaban esta dignidad. Aun que el rey tuviese participación en ello, lo encargaban preferentemente á los guerreros, en lo referente á la justicia, por ser más sabios é instruídos. El rey, sin embargo, nombraba los empleados de la real casa y los ministros de Negocios extranjeros.

Segun el antiguo sistema oriental de gobierno administrativo, el del reino indio descansaba sobre la vigilancia de la policía, que velaba en lo público como en la vida particular, y, por lo tanto, requería un personal muy numeroso. Recibía probablemente su anualidad del Tesoro como la régia servidumbre.

Cada empleado recibía en ciertas épocas fijas, un traje superior y otro inferior, dos y hasta seis veces al año, segun la mayor ó menor

elevacion de su rango. Esos trajes parece indicaban los diferentes cargos, pues la epopeya habla claramente del traje azul como distintivo del verdugo. Los colores eran signos simbólicos en la India: el color amarillo, por ejemplo, significaba la regia dignidad; el encarnado la muerte.

Los testigos obligados á prestar juramento, debian llevar traje encarnado y una guirnalda de flores del mismo color. Los condenados á muerte iban al lugar del suplicio con prendas ricamente adornadas. Esos suplicios eran: la decapitacion ó el palo. Habia penas menores, que eran: las mutilaciones, la marca en la frente con hierro candente, etc.

Los brahmines, los cuales eran los verdaderos autores de la ley, tenian, naturalmente, la obligacion de vivir segun las reglas establecidas para su propia clase.

Su antiguo principio que para llegar á conocer la divinidad es necesario renunciar á todas las relaciones mundanas y sumirse enteramente en la contemplacion de los más elevados objetos, les obligaba á un austero ascetismo.

Su traje tambien estaba sometido á reglas tan rigurosas como el de las demás clases. Dice la ley: «El traje de los brahmines debe ser siempre blanco y perfectamente limpio; nadie puede haberlo llevado antes que ellos. Un criado les debe cortar las uñas, las barbas y el cabello, menos una trenza en medio de la cabeza.

Debe adornarse las orejas con espléndidos anillos, la cabeza con una corona. Lleva en una mano la vara de bambú, en la otra un jarro con el agua para las purificaciones necesarias. Debe tener descubierto el brazo derecho cuando lee los libros sagrados y cuando esté comiendo. Le está vedado lavarse los piés en una vacía de laton; tampoco puede bañarse ni dormir desnudo.»

Además de estas é innumerables otras reglas sobre las exterioridades de los sacerdotes, la forma en que debian satisfacer las necesidades de la vida, entra la ley en minuciosas descripciones del traje que deben llevar, segun los diferentes grados de dignidad sacerdotal.

Encarga á todo brahmin jóven tener intimidad con otro anciano, respetarle y amarle como á su padre espiritual, y, cumpliendo puntualmente todas las reglas del ceremonial, entregarse sin cesar al estudio de los sagrados Vedas.

Mientras recibe la instrucción el discípulo, lleva el traje interior de cáñamo, la piel de gacela, el sagrado cordón y la vara de bambú. No le es lícito servirse de zapatos ni de sombrilla; también debe renunciar á la carne, á la miel, al zumo de las frutas, á los perfumes y á las guirnaldas, á las mujeres, al baile, á la música y al juego, y generalmente ganarse la vida pidiendo limosna.

Cuando el brahmin conocía dos ó tres Vedas, podía abandonar la casa de su maestro; estaba obligado entonces á hacerle un regalo, que debía consistir en tierra labrada, ú oro ó reses, ó en fin, prendas de vestir. Luego tomaba un baño, buscaba una mujer en su propia clase para llegar á ser padre de familia.

Entonces el brahmin para ser santo, debía renunciar á los bienes terrenales, vencer sus pasiones y ocuparse únicamente de los objetos más elevados.

Cuando el brahmin (así dice la ley) llega á ver al hijo de su hijo, abandone á su esposa y á su familia y retírese en la soledad del bosque con el fuego sagrado y los demás objetos que pertenecen al culto. Allí debe vivir en la penitencia, comer raíces y frutas, dormir sobre la tierra, vestirse de escorza ó de la negra piel de la gacela, dejar crecer las barbas y las uñas, llevar traje mojado en el tiempo frío, y sentarse entre cuatro fuegos en el tiempo del calor.

Pasada esta última prueba, el brahmin subía al más elevado peldaño de la escala de la perfección: llegaba á ser brahmin errante. Abandonaba el bosque, recorría el país pidiendo limosna, pensando sin cesar en el Sér supremo y murmurando palabras de los Libros sagrados.

Su traje debía ser una mala pieza de tela, apenas bastante para cubrir las partes vergonzosas; debía llevar el cabello, las barbas y las uñas cortadas, no tener nada más que un bastón, un jarro ordinario, una cesta de cañas de bambú y una escudilla de madera. Indiferente para todo lo que le rodeaba, sumido en sus sublimes meditaciones, debía soportarlo todo por el amor de Brahma.

El ritual de los brahmines había llegado á un ascetismo estúpido cuando surgió Budda con su reforma. Entonces hubo sacerdotes brahmistas y sacerdotes budistas, y se produjo un cambio también en el traje. Los de la nueva secta adoptaron poco á poco también los exterior-

res distintivos de su maestro. Consistían en una tonsura entera y traje amarillo, que Budda había conservado de su régia dignidad abandonando el trono.

Después de muerto este fundador de la nueva secta, sus discípulos se dividieron en varias fracciones, interpretando de distinto modo sus máximas. Algunos, despreciando la regla del mismo Budda, la cual prohibía la prodigalidad, especialmente en las prendas de vestir, empezaron pronto, no tan sólo á abandonar la antigua forma, sino á llevar preciosos adornos y á rodearse de cómodo y rico mueblaje.

Sin embargo, en Pataliputra, capital del reino de Magadha, dominó mucho tiempo aun la doctrina de los brahmines, y venció finalmente el buddismo bajo el rey Azoza.

ARQUITECTURA

En la India, donde el clima exige apenas un ligero abrigo para el cuerpo, donde la generosa naturaleza ofrece todos los recursos para las necesidades de la vida, transcurrió mucho tiempo antes que la actividad constructora se desarrollara, y más que en otra tierra fueron para ello necesarias muchas influencias exteriores. Las montañas de la India abundan en granito y pórfido sumamente duros. Esta circunstancia no podía favorecer las construcciones de piedra; y tanto más cuando sus bosques son riquísimos en maderas muy adecuadas y el suelo proporciona un excelente barro. La vida nómada que llevaban los arios, aun después de haber fundado sus colonias en los valles del Ganges, les recordó muy tarde en edificar verdaderas moradas fijas.

En un principio, no había otra cosa sino pobres aldeas de tiendas y chozas, y son puramente fábulas poéticas las descripciones de ciudades magníficas.

Hastipanura se distinguía entre las capitales como residencia de los reyes Kuru, y es la primera que tiene verdad histórica entre las tinieblas del antiguo mito.

Luego, fundada probablemente mucho más tarde, aparece la ciudad de Ajodhja (la invencible), cuyas colosales ruínas están esparcidas cerca de la moderna Andh, como centro de una civilización ya muy adelantada.

Segun la descripcion del Ramayana, Manú, el primer monarca de la India, la edificó á lo largo de la orilla septentrional del rio Saraju, en una extension de varias leguas, y fué muy ricamente adornada. Tres calles, muy anchas y siempre limpias, la atravesaban de uno á otro extremo. En ellas las casas se elevaban las unas al lado de las otras, sin dejar intervalos entre ellas. Estas casas, de tres hasta siete pisos, tenian hermosos patios, numerosas galerías y magníficas azoteas. Más elevadas aun se levantaban, como cumbres de escollos, las cúpulas de los palacios.

Aquí y allá, veíanse regularmente ordenados, parques, plazas, baños y hermosos jardines. Resplandecian tambien en la ciudad los templos de los dioses. Estaba rodeada de elevados baluartes y fosos llenos de agua. Las murallas, adornadas con piedras de varios colores, colocadas á manera de un tablero de ajedrez, tenian sólidas puertas con fuertes candados. Una guardia de arqueros, hacia centinela sobre los baluartes, cerca del *matacientos*.

Muy alegres eran las calles: veíanse continuamente muchos extranjeros, embajadores, mercaderes con sus elefantes, caballos y coches.

En el interior de las casas tocábanse el tamboril y la flauta, que acompañaban dulces melodías; subia al cielo perfumando el aire el vapor del incienso, el olor de las flores y de los sacrificios. Al anocheecer llenábanse los jardines de hombres y mujeres con ricos trajes, y en las galerías veíanse jóvenes y mozas que bailaban alegremente.

Así describe la ciudad de Ajodhja el Ramayana.

Tiene mucha semejanza esta descripcion con la que dejó Megastene hablando de Pataliputra, la capital de los prasios. Se la creía entonces la ciudad más grande de la India. Tenia la forma de un cuadrado prolongado; media 80 estadíos (2 millas) de longitud en los lados largos y 15 estadíos solamente en los lados estrechos; la circunferencia era de 5 millas.

Un foso de 600 piés de ancho y 45 varas de profundidad, que recibia el agua parte del Ganges y parte del Zona, formaba la primera defensa exterior. Detrás elevábase una muralla de circunvalacion de madera con 64 puertas. La muralla estaba provista de 570 torres y saeteras, siendo bastante defensa para el régio alcázar, que se elevaba en medio de las casas.

Para construir las casas empleaban entonces principalmente, los materiales que se usan hoy día; madera y barro. En la manera de edificar, especialmente los edificios menores, parece que tampoco haya tenido lugar un gran cambio.

Hoy día aun la arquitectura está relacionada al clima. Esas sencillas cabañas que los griegos descubrieron á orillas del Indo, siguen construyéndose sin haber cambiado su forma; igualmente, en las regiones más cálidas, continúan viéndose esos edificios largos ó redondos, que á veces están representados en antiguas esculturas, muy oreados, construídos con cañas de bambú, con techo entablillado.

Comparando la descripción de modernos escritores, que hablan de planos de edificios macizos, fabricados con ladrillos, con algunas de autores indios de la antigüedad y también con imágenes de tiempos sumamente remotos, parece que tampoco resulta cambio esencial en la construcción de esos edificios.

Las casas urbanas de los ricos y principales, consisten comunemente en una armadura de palo de palmera y ladrillos y un techo de tejas hondas; las murallas brillan cubiertas con una fuerte capa de barniz de varios colores; el edificio está adornado con una columnata.

En Benares, centro de riqueza, donde el mayor número de las casas (30,000) son macizas, hay magníficas construcciones de cinco y hasta de siete pisos. En la fachada hay comunmente pasajes abovedados, que llevan al verdadero vestíbulo, colocado mucho más alto que la calle. Galerías, ventanas salientes, etc., adornan los pisos superiores, y encima de todo extiéndese el techo, casi siempre sostenido por vigas esculpidas.

Una idea completa de las vastas moradas de los ricos, encuéntrase en una obra del primer siglo de la Era cristiana. El edificio del cual en ella se hace mención, formaba un cuadrilongo. Siete patios descubiertos conducían á la construcción principal. El conjunto, menos la fachada, estaba rodeado de un vasto jardín.

Magnífica era la entrada principal y el umbral elegantemente pintado. Salía del frontis una planta de jazmín, cuyas ramas flexibles sombreaban y perfumaban la puerta. Encima elevábase un arco taraceado con

marfil, desde el cual ondeaban banderitas de varios colores, guarnecidas con flecos.

Cada pilar sostenía en su chapitel un jarro de cristal, que contenía hermosas flores. Las hojas de la puerta, resplandecían de oro y clavos de piedras preciosas. Flores perfumadas cubrían el suelo. Allí estaba el portero sentado cómodamente en un sillón.

Las construcciones, salas y galerías, que se extendían á los dos lados del primer patio, estaban adornadas como palacios, blancas como la luna, el nácar, el lirio. Escaleras doradas conducían á los pisos superiores, que recibían la luz por ventanas de cristal. En el segundo patio había los establos para los bueyes de tiro, los carneros, los elefantes y las caballerizas. El tercer patio era una especie de recibidor, con asientos y mesas de juego. El cuarto patio estaba destinado á conciertos, representaciones y gimnasia. En el quinto patio estaban las salas de armas y las cocinas. En el sexto las habitaciones de la servidumbre. El séptimo, finalmente, estaba lleno de varios pájaros, parte libres y parte encerrados en soberbias jaulas colgando de las galerías.

El jardín estaba provisto de las más hermosas flores, sabrosas frutas, estanques y hasta de columpios de seda.

PALACIOS DE LOS REYES

La descripción que acabamos de citar conviene en parte á los régios alcázares. El Ramayana habla de columnas y almenas de oro. Sus azoteas y sus galerías eran de las más grandes, proporciones; las superficies exteriores é interiores estaban cubiertas con espléndidas pinturas.

Además, la morada del rey, según el Manú, debía estar en sitio elevado, de difícil alcance, ó rodeada de fuertes murallas y profundos fosos.

FORTIFICACIONES

A semejanza de los régios alcázares, estaban rodeadas de murallas y fosos las capitales de la India en tiempo de Alejandro. Una de las más

célebres fortalezas era la ciudadela Aornus, de la que referia la tradicion que habia resistido al mismo Hércules.

Segun los historiadores griegos, que no cabe duda han exagerado, la peña sobre la cual estaba erigida, media 6,600 piés de alto y 6 millas de circunferencia. A pesar de tanta altura, de casi imposible ascenso, pues la pendiente era, por decirlo así, perpendicular, y no habia escalones cavados en la piedra, sin embargo, la plataforma estaba provista de fuentes, bosques y tierra laborable.

CONSTRUCCIONES DE UTILIDAD PÚBLICA

Habia arquitectos especiales para los caminos, estos, aunque midiesen enormes distancias, eran rectos é interrumpidos á intervalos iguales por columnas miliarias. La ley habia cuidado de la limpieza de los caminos y de su mantenimiento, como tambien del de los canales.

Ruínas todavía existentes de puentes colosales, compuestos de muchos pilares de granito, que miden 20 pies de alto, sobre un plano de 600 piés de longitud; las descripciones del Ramayana y lo que refieren los griegos acerca de un sistema de canales y esclusas para el riego del país, no permiten dudar que tambien la antigüedad india ha producido cosas admirables en este ramo de arquitectura.

En las obras más antiguas de ese país, hay noticias relacionadas á un comercio muy animado por tierra, pero falta completamente lo que se refiere á la navegacion y construccion naval. Sin embargo; los últimos descubrimientos han esclarecido la verdad de que los indios recorrieron los rios y tambien el mar en tiempos muy remotos.

Nada se sabe acerca la construccion de sus barcos. Lo único que se ha descubierto es que los botes, de los cuales se servian los indios para navegar en los rios, eran de cañas ó árboles vaciados, y que, en los Estados del Ganges, los barcos grandes y pequeños, para la navegacion de los rios, estaban construídos por artistas especiales.

Además, autores indios y griegos nos dicen que en la India, como en el Asia central, usaban balsas, odres y hasta ollas llenas de aire, para atravesar rios menores.

Tomando en cuenta la rápida corriente de algunos rios, á la cual no lograban tampoco resistir los barcos griegos de treinta remeros, es justo conjeturar que los barcos indios destinados para esa navegacion, debian ser de una construccion muy sólida, y tanto más sólidos debian ser los destinados á recorrer el mar.

Ya en las antiguas canciones del Origveda se habla de navíos para viajes por mar con cien remeros, y en el Mahabharata, de barcos que desafiaban la tempestad. Debian ser de enorme tamaño los buques indios, pues transportábanse en ellos los elefantes de guerra, desde la isla Ceylan (Trapobana) hasta el continente.

Estrabon y otros autores afirman que los navíos indios, á pesar de su grande tamaño, eran poco oportunamente construídos para su objeto y escasamente provistos de jarcias y aparejos; faltábales además por lo comun un camarote cerrado.

EDIFICIOS DEL CULTO

Tales edificios, en el verdadero sentido de la palabra, no existian en el brahmismo, como tampoco la representacion plástica de divinidades. Desde la época en que triunfó el buddismo, empezó la actividad arquitectónica á desarrollarse tambien en edificios de caracter religioso.

Llegando la nueva doctrina á ser autorizada por el gobierno, favorecida por el rey Azoza, el cual habia abrazado la nueva religion, empezó en los valles del Ganges á surgir una obra colosal, destinada tambien á perpetuar la memoria de la victoria del monarca.

En ella se desarrolló por primera vez, el arte de los pueblos occidentales mezclado y mejorado con influencias griegas. Los más antiguos edificios de esta clase, como lo demuestran sus ruínas, pertenecen á esa época, la mitad del tercer siglo antes de Cristo.

Consistió en monumentos que habia hecho erigir Azoza para eternizar la memoria de Budda y de su influencia reformadora en el país.

Hasta el punto á que llegan las actuales noticias, el mayor número de tales monumentos eran grandes y esbeltas columnas. Como se desprende de las citadas ruínas, eran todas del mismo modelo y construídas con el mismo material, una piedra arenosa de color rojizo. La base

media no más que 10 piés; llegaba la columna, que tenía 6 piés de circunferencia, á una altura de 40.

Sobre una tabla cuadrada elevábase el chapitel con el símbolo de Buddha. Ese chapitel, como los de Persépolis, tenía la forma de un cáliz de flor revésado; el símbolo de Buddha, con referencia al nombre de su familia, era un leon sentado. Otro adorno de esas columnas era una especie de cintas esculpidas, que rodeaban la caña.

Llamábanse columnas de la virtud, porque llevaban grabadas unas máximas morales; y columnas del leon, por llevar el citado símbolo de Buddha.

Una torre que se encuentra al sureste de Patna, en el Behar, de construcción sumamente maciza, pertenece probablemente á los monumentos erigidos en memoria de Buddha.

A pesar de que la tradición la haga remontar á una época mucho más antigua, 5 ó 6 siglos antes de Buddha, es verosímil no sea anterior al reinado de Azoza, tal vez para eternizar algun importante acontecimiento político ó religioso.

La veneración que iba siempre aumentando hácia Buddha, acabó por atribuírsele un carácter divino. La enorme grandiosidad de las divinidades del brahmismo había hecho imposible una visible representación de ellas, luego el buddismo negaba generalmente la existencia de tales dioses, pues en la figura del fundador de esa religión veíase la forma visible de todas las virtudes y de la más elevada sabiduría.

Con la erección de las ya descritas columnas, conservábase su memoria sólo simbólicamente, pero con la siempre creciente veneración por él, llegó la necesidad de representarle en su propia forma. Hicieronse, pues, imágenes de Buddha, algunas veces de tamaño colosal.

Dice la tradición que el cuerpo de Buddha, fué dividido en ocho partes, que se colocaron en diferentes puntos, en colinas elevadas para dicho objeto. Tales monumentos llevan el verdadero sello de la arquitectura nacional.

Los que hasta ahora se conocen están esparcidos por la India oriental, la India anterior y las islas. Uno de los principales está en el país superior de Malva. El mayor de todos, probablemente erigido por el rey Azoza, es una maciza construcción redonda; la base que mide 14 piés

de alto y sube en forma cilíndrica, sostiene un túmulo en forma semi-esférica, el cual mide 42 piés de alto. El diámetro inferior es casi de 120 piés. En derredor hay un andén, de ancho 10 piés. Cuatro puertas, hácia los cuatro puntos cardinales, dan paso en la tumba.

Todas están adornadas con soberbias esculturas; los chapiteles de los pilares tienen la forma de elefantes, leones ó figuras humanas, que representan gnomos. Delante de las puertas del S. y del N. hay columnas parecidas á las ya descritas de virtud, las cuales miden 33 piés de alto.

Un importante adorno de dichos monumentos, muy vario en su tamaño, consistía en un coronamiento á manera de altar con dosel muy ancho, símbolo de la consagración.

La historia refiere que el rey Azoza había provisto esos monumentos de piedras preciosas, sombrillas y estandartes.

Entre las esculturas de Sancki hay varias imágenes de esas tumbas. Puede que sean, pues, no solamente la más antigua y sencilla forma de esos monumentos, sino también que representen la manera de adornarlos en tiempo de Azoza.

En la isla de Ceylan se encuentran notables muestras del desarrollo arquitectónico en estos monumentos del buddismo. Allí Devanamprija, contemporáneo de Azoza, favoreció la nueva doctrina en aquella isla, que llegó á dominar enteramente el país á mediados del siglo II antes de Cristo. Dushtagamani ilustró esta religión con magníficos edificios, y sobre todo, erigiendo los monumentos propios del mismo culto.

El material con el cual se construían esas tumbas, como se desprende de las ruínas existentes, eran ladrillos cocidos y una argamasa parecida al estuco; la base era muchas veces de granito. Algunas tenían colosales dimensiones, hasta 200 pies de alto, y estaban rodeadas con esbeltas columnas ó mástiles para banderas.

El principio de los brahmines, de que solamente en la soledad es posible llegar á una virtud perfecta, era contrario al de los buddistas, que enseñaban ser necesario para ello vivir en sociedad. Buddha, luego que publicó su doctrina, encontró muchísimos partidarios, que pronto fueron sus discípulos. Los nuevos correligionarios continuaron á vivir juntos mucho tiempo, y á ellos iban siempre agregándose nuevos neófitos.

Mientras duró la lucha entre los brahmines y los budistas, estos últimos debieron habitar las casas comunes, y, donde la localidad lo permitía, las grutas y cuevas naturales, celebrando allí mismo sus reuniones. Pero en el siglo III antes de Cristo, triunfando la nueva doctrina, aquellos sitios debían tomar un sello arquitectónico.

Se formaron cerca ó en el mismo lugar en el cual surgían las citadas casas comunes, unas vastas moradas, á manera de monasterios, con azoteas, plataformas y celdas; lo mismo pasó con las grutas que fueron ensanchadas y artísticamente cavadas. Es probable que los primeros edificios fuesen construídos con maderos y ladrillos.

No hay ninguna huella de estas construcciones. Sin embargo, existen algunas grutas cavadas en la peña y esmeradamente acabadas.

Tienen entradas estrechas y bajas. La gruta mayor mide una longitud de 47 piés y una anchura de 20; en una de ellas hay un nicho.

Delante de la mayor hay unas azoteas sostenidas por pilastras, que miden de 6 á 10 pies de ancho, según el número de las celdas cavadas en la peña detrás de ellas. Un pasaje conduce de este zaguan á la cueva interior. La más espaciosa mide 56 piés de largo; en los dos lados hay dos alas en ángulo recto. Uno de estos monumentos está adornado con bajo-relieves que representan batallas; en otros—añadidura que llegó mucho más tarde—hay ídolos del brahmismo.

Ya no bastaba á los budistas vivir de una manera sumamente ascética, observando fielmente las reglas de su fundador y maestro: querían ofrecerle el homenaje de su culto en una tumba erigida en su memoria y á veces delante de su imágen, y así es que los antiguos sepulcros adquirieron el carácter de templos.

El mayor, mejor conservado y probablemente el más antiguo de tales templos, parece haya sido construído en el siglo II antes de Cristo. La forma es análoga á la de una bodega abovedada, cuyos extremos son semicirculares y cuyo interior está dividido por una serie de pilas-tras por todos lados.

En el fondo elevase el túmulo, delante del cual se ensancha una especie de pórtico. El interior mide algo más de 102 piés de largo y

45 de ancho; 41 columnas sostienen la bóveda labrada á manera de arco, y algunas de ellas están detrás del túmulo.

Las siete citadas son sencillamente acantilladas; las demás, de forma pesada, son acanaladas. Todas descansan sobre pesados boceles y llevan encima chapiteles formados como cálices de flor vueltos de arriba abajo, la figura de un elefante arrodillado al lado de una figura humana, varonil ó mujeril. El plan de esta gruta es poco más ó menos igual al de los demás templos-grutas del buddismo.

A pesar de que, en menos de 50 años, con la restauracion del brahmismo, hayan sufrido muchos cambios, hasta á ser sobrecargados de pesados ornamentos, conservaron cual más cual menos el primitivo plan de un átrio oblongo sostenido por pilastras.

Los brahmistas tambien sintieron la necesidad de erigir templos, y tomaron de los buddistas el plan general y gran parte de los ornamentos arquitectónicos.

Empezaron tambien á dar la forma humana á sus deidades y adornar sus templos con plásticas imágenes.

Pocos restos existen de dichas construcciones, y todos están en Kazmira. Parte son edificios sobre el nivel del suelo, parte excavaciones de corta extension y formas de estilo griego. El edificio más notable de esta clase, elévase sobre una colina, cerca la antigua capital. Es octágono, cada lado mide 15 piés, el interior mide 20 piés de largo. Una muralla, tambien octágona, le rodea, á la distancia de 7 piés y medio. Una escalera de 18 gradas conduce á la entrada. Otro templo, llamado Bhau-mago, en el interior de una cueva, está cerca de la ciudad Islamabad. Es pequeño tambien; mide 16 piés de alto y diez en cuadro.

Otro templo finalmente, llamado Pajak, está formado con piedras de tan enorme tamaño, que una sola es una pared entera, y dos el techo. Tiene cuatro puertas; á la de Oriente se llega por medio de una escalera.

Esas puertas están adornadas con deidades del culto de Brahma; el interior con un nicho y pilastras, cuyos chapiteles contienen figuras de toro. En el nicho hay una LINGA, símbolo del dios Siva. Parece que este santuario haya sido edificado en el tercer siglo despues de Cristo.

TUMBAS

Los indios no tenían sepulcros de forma monumental. La costumbre observada también por los griegos (menos el pueblo de Tacshazila), de quemar el cadáver, y la máxima, de que los cuerpos de los difuntos sean impuros, habrá contribuido esencialmente á ello. Los funerales se celebraban con poca pompa. Envolvíase el cadáver en unos paños, quemábasele en un sitio destinado á este objeto, y siempre fuera de la ciudad; luego echábanse los restos en un río.

MUEBLES Y UTENSILIOS

El desarrollo de la industria india descansaba esencialmente en la división del pueblo en clases. Parecíase á lo que se acostumbraba en Egipto. Aunque hagan falta, para juzgar con certeza de esa industria, los testimonios que ofrecen para la egipcia los templos y las tumbas, la correspondencia que había entre las condiciones de los artistas de ambos países, hace creer que los indios no estaban menos adelantados que los egipcios. No les faltaban materiales; al contrario, estaban aun más provistos que éstos. Creciendo el deseo de las comodidades de la civilización, debía aumentar también el conocimiento del provecho que se podía sacar de ellos, y la habilidad en el trabajo con el ejercicio.

Los escritores del país nos dan, además, la prueba que no tardó en llegar á cierta altura esta habilidad; los autores griegos nos informan hasta qué punto había llegado cuando entraron en la India.

Segun las ordenanzas del libro de la ley, la clase de los artistas era una sola, pero estaba dividida en muchas secciones correspondientes á sus varios oficios. En cada aldea había un herrero y un carpintero, que hacían el moviliario de la casa más grosero; un ollero, proveyendo á todo el lugar; el lavandero, para lavar las prendas de vestir, que las mismas familias hilaban, tejían y hacían, ó compraban en el mercado que estaba más cerca; el barbero; y el platero el cual fabricaba los sencillos adornos de las casadas y solteras.

Estos seis industriales, el juez, el cobrador, dos guardias y un astró-

logo, que no debían faltar en ninguna aldea, estaban á cargo del comun. En las ciudades era y es todavía más considerable el número de los artesanos. En ellas, especialmente en las residencias regias, se les presentaba la ocasion de llevar los varios ramos de su industria á la perfeccion. Los indios, muy torpes en el oficio de mineros y en la construcción de sus cabañas, eran de maravillosa habilidad en la fabricacion de los objetos más vários de pequeño tamaño.

Hoy mismo el indio sabe, con los útiles más sencillos, fabricar elegantísimos objetos de metal, de madera y de piedra.

Un viajero moderno dice: «Es cosa de admirar ver cómo los indios hacen los más bonitos trabajos con los útiles menos perfeccionados; extraordinaria es la delgadez de sus tejidos; el tejedor se hace él mismo un telar con lo primero que le viene á mano; tiene un cilindro toscamente hecho, y trabaja en cualquier parte; en una avenida, en un patio, en un jardin.

El que quiere un trabajo del herrero, debe proveerse en el mercado de liga de hierro y bronce y de un yunque; el yunque es una gran piedra, y cuando pesa demasiado, se coloca la fragua cerca de él. Cuando todo está preparado, llega el herrero con un fuelle, dos tenazas y uno ó dos martillos; empieza por limpiar el hierro, y luego, no se sabe cómo, hace un trabajo tan perfecto como si hubiese aprendido en París.»

El viajero Haafner, vió cajitas de betel y toda clase de objetos, más ó menos pequeños y artísticos trabajos taraceados con marfil, de una perfeccion insuperable; conocen los indios á las mil maravillas, el arte de taracear con marfil; no sólo cajas, estuches y otros diminutos objetos, sino tambien mesas, sillas, canapés, sillas de mano y otros muebles de mayor tamaño, representando flores, frutas, paisajes y otras cosas semejantes.

Se puede casi creer que la tan reconocida habilidad de los industriales indios tenga su origen en una remota antigüedad; las noticias que nos dan los autores antiguos son muy superficiales, pues no hacen más que indicar un objeto sin darnos una descripción de él; más clara idea ofrecen aun los detalles arquitectónicos de los antiguos monumentos.

Estos demuestran el sentido ornamental del pueblo, y es de suponer que haya habido analogía entre aquellos adornos y la forma de los muebles y de las alhajas.

El ajuar de los indios pobres, consiste también hoy día en pocos objetos necesarios. Los indios ricos (los habitantes de la costa del Malabar) se contentan con algunas esteras, sobre las cuales duermen y comen; algunas ollas y tazas de cobre, y unas cajas en las cuales guardan sus prendas de vestir, etc.

Si se compara esta sencillez con las descripciones de la pompa que rodeaba al príncipe, resulta que en la India, como en los demás antiguos reinos asiáticos, la corte solamente favorecía el lujo. Los muebles de los régios alcázares eran ricos; la vajilla de mesa, de oro y plata; del mismo metal las vacías y bañeras que servían para las abluciones del monarca.

Según los relatos de los escritores griegos, la forma de las vasijas indias no tenía gran importancia artística, á causa de las materias que empleaban y del escaso conocimiento que tenían acerca la manera de trabajar los metales. Las ollas, cacerolas, tazas y escudillas, eran de cobre.

Por lo que se relaciona al oficio del ollero, en la época á la cual nos referimos, no quedan más testimonios que algunos restos de vasijas de barro, que consisten en recipientes redondos, más ó menos llanos, á manera de cajas y urnas, con ornamentación sencilla.

El uso del vidrio para vasijas fué ignorado por los indios; en la época romana, tales objetos llegaban entre los indios como mercancías extranjeras. Al contrario, parece que hayan conocido muy pronto el arte de fabricar vasijas de piedra. Entre otras, como objeto muy apreciado en los países del O, que se pagaba sumamente caro en el imperio romano, descuellan las vasijas de Murena. Eran comunmente copas, vasos, etc.

Estos objetos, que Pompey trajo (61 años antes de Cristo) á Roma, probablemente pasaron después al gran puerto de Barygaza, donde los habían comprado mercaderes de Alejandría, trasportándolos más lejos.

MUEBLES

En el verdadero sentido de la palabra, solamente las personas principales poseían lo que se entiende por muebles. Es probable que en sus habitaciones el mueblaje consistiera en cómodos sofás para sentarse y acostarse, almohadas y alfombras preciosas, mesas para comer, pequeños estantes de madera y arcas para guardar objetos de valor.

No faltaban materiales: el *ték*, célebre por su solidez, un número de diferentes nogales, la caña de bambú, muchas maderas de varios colores, el marfil, la concha, los metales, y hasta las piedras preciosas, eran de fácil adquisición para adornar las régias habitaciones con lujosas alhajas.

Las mesas de los indios eran pequeñas. En los banquetes de los grandes cada convidado tenía su mesita aparte, sobre la cual colocábase, en tazas de oro, primero el arroz y luego las demás legumbres.

Como se estimaba poco la comida y los manjares eran escasos, debía ser limitado el lujo que á ello se relacionaba.

El más precioso de los asientos era el trono de madera de higuera entallado, cubierto con lámina de oro, sostenido por leones análogos. La sombrilla de seda amarilla que lo cubría reemplazaba el dosel.

No cabe duda que el trono había sido adornado con preciosos tapetes enriquecidos con piedras preciosas. No menos rica era la silla portátil (palanqueta) en la que viajaba el monarca. Dichas sillas ostentaban lujosos almohadones ó pieles de tigre y un elegante y precioso dosel.

Especialmente en ocasiones de fiestas solemnes se podían admirar los muebles y demás objetos que adornaban el régio alcázar. Entonces aparecía el soberano rodeado por sus acompañantes lujosamente vestidos.

Le precedían tambores y campanas; luego elefantes adornados de oro y plata, después carros arrastrados por un par de bueyes.

Llevaban en la procesion objetos de oro, grandes calderas y enormes tazas, mesas, sillas, bacías de cobre indio, enriquecidas con piedras preciosas, esmeraldas, bérilos y carbunclos.

Seguían búfalos, panteras, tigres y leones amansados; luego grandes carros de cuatro ruedas, que llevaban árboles de grandes hojas, entre las que cantaban preciosos pájaros.

Oíase el ruido de toda clase de instrumentos; las calles estaban cuajadas de flores, y el exterior de las casas era adornado con sombrillas, estandartes y banderas.

INSTRUMENTOS DE MÚSICA

Los indios, como está indicado muchas veces también en la epopeya, poseían agigantados tambores, trompetas y muchas especies de flautas; luego varios instrumentos de cuerda que debían ser muy sencillos. Antiguos escritores dicen que formaban liras con las conchas de ciertas tortugas, y que entre los regalos que ofrecieron al rey Arjake, había varios instrumentos de música.

Comparando los instrumentos que usan al presente los indios con aquellos que se ven esculpidos en los antiguos monumentos asirios y egipcios, encuéntrase mucha semejanza entre ellos. La música y el baile eran esenciales en las fiestas profanas y religiosas.

JUEGOS DE AZAR

Los indios eran apasionados para esos juegos hasta tal punto, que la ley los prohibió. A pesar de ello, el pueblo y el mismo monarca eran sumamente adictos á los dados. De ellos se hace mención en los más antiguos escritos indios.

Considerábase el juego de dados, como el de ajedrez, algo que debía aprenderse. Otras diversiones había, las cuales consistían en asistir á los espectáculos de hábiles volatines, escamoteadores, etc.

El cuidado para la belleza del cuerpo, tan desarrollado en las clases superiores, produjo muchos objetos de tocador.

Había bañeras, bacías (de nobles metales si debían usarlas los reyes), espejos, peines para el cabello y las barbas, abanicos blancos, plumeros. etc.; luego frasquitos, cajitas y tarros primorosamente labrados de piedra y madera taraceada.

ÚTILES DE GUERRA

Estos consistían en diferentes máquinas, especialmente lo relacionado con los carros y elefantes, las bestias de carga y carretones.

En los tiempos más antiguos, según las descripciones de los vedas, parece que no había más carruajes que los carros de batalla. Mas tarde las poesías épicas hacen mención también de los elefantes, descritos muy exactamente por los griegos.

Los carros de guerra eran muy semejantes a los que usaban en tiempo muy remoto los pueblos del Occidente. La influencia griega les hizo adquirir una forma más esbelta y elegante, aumentando los adornos.

Banderolas triangulares ó, como entre los antiguos asirios, estandartes, y en lugar de tapetes, pieles de tigre adornaban el carro. En la marcha los carros eran arrastrados por toros y conducíanse los caballos por la brida.

Los elefantes de guerra llevaban una especie de torre, sujeta por medio de una ancha correa, cuerdas y cadenas; formaban los elefantes así cargados unas hileras a la vanguardia, y servían como de muralla para defender la infantería.

Según los escritores griegos, en esas torres no podían caber más que tres ó cuatro guerreros. Para aumentar la violencia del golpe, ataban a la trompa de los elefantes una cadena de hierro y adornaban el animal con muchas banderolas de varios colores.

Parece que los indios conociesen en tiempo remoto una composición parecida a la pólvora y armas para usarla. En el Ramayana se habla de *lanzadores de fuego* y de *matacientos*, de *balas volátiles*, que *producen un estruendo como el rayo*.

APARATO DEL CULTO

Este, en los tiempos primitivos, limitábase a pocos objetos relacionados a los sacrificios. Como los antiguos persas, los indo-asirios del Ganges, consideraban el sol como generador y conservador de los hombres; el fuego como el espíritu que da el alimento y la riqueza.

A estas dos, y también a las demás divinidades, se sacrificaban sus-

tancias blandas; á Indra, el dios del rayo, el zumo de una planta llamada *sôma*.

Cambiando poco á poco las antiguas ideas religiosas, ensancháronse esas sencillas formas del culto. De los antiguos sacrificios de animales, que muy raras veces tenían lugar, habíase conservado solamente el citado del caballo. En tiempo antiguo sacrificábanse de veras los caballos; ofrecíanse acaso simbólicamente en las épocas siguientes.

Los preparativos necesarios para tal sacrificio, eran largos y espléndidos. «Búscase un sitio oportuno á orillas de un rio, y mejor del Ganges. El sacerdote destinado por el monarca á celebrarlo, toma un baño de *sésam* y azafran, con su esposa.

Los cuatro brahmines que lo asisten se purifican en baños de palo de sándalo despues de haber ayunado para prepararse á la sagrada funcion. El gran sacerdote se sienta en un sillón elevado y adornado con piedras preciosas, y empieza invocando, en el nombre del rey, los dioses elementales. Promete, para lograr el perdon de sus propias culpas y de las del pueblo, sacrificar durante seis meses al dios Indra.

Con muchas fórmulas de plegaria, las últimas dirigidas especialmente á cada objeto necesario para el sacrificio, se enciende el fuego en un hoyo. Entonces empiezan las ofrendas á Indra, que van siempre aumentando.

En el último mes se entregan á las llamas cada dia 360 veces, nueve diferentes clases de palo, manteca de vaca y miel. En el último dia aparece el rey para las libaciones. Al concluir la solemnidad de los seis meses, empieza otra de cuatro para Jama, el dios de la muerte.

En ésta el gran sacerdote entrega á las llamas 1000 veces cada dia, manteca de vaca purificada. Sigue otro sacrificio de cinco meses para Varuna (Urano), en la cual se purifica tambien el agua para las aspersiones.

Acabados todos estos sacrificios se busca un caballo jóven, enteramente blanco, sin tacha alguna. Cuando se haya encontrado, lo que requiere meses y hasta años enteros, límpíase con aceite y sándalo, adórnase con un cordón de oro y cúbrese con un velo blanco; luego, despues de haberle dirigido unos largos discursos, se suelta hácia el Norte. Lo sigue un número de guerreros á caballo para protegerlo. Si

en un año no vuelve, todo fué inútil, y empiezáse otra vez la larga función. Si, al contrario, vuelve el caballo, entonces despues de muchas purificaciones y largas plegarias á él dirigidas para disponerlo al sacrificio, es inmolado. Un brahmin le abre la cabeza con el cuchillo sagrado, á lo que sigue una larga ceremonia de la resurrección.

En fin, todo lo que ha servido para el sacrificio, tazas, etc., hasta los vestidos de los sacerdotes, debe entregarse al fuego, que luego se debe apagar con leche echada con mil jarros. El rey ofrece un banquete á los sacerdotes y el monarca mismo toma un baño final.»

Como el buddismo no reconocia divinidades, dejaron de celebrarse tales sacrificios, ni hubo más los objetos á ellos relacionados. Pero en esta nueva religion, á consecuencia de la veneración á las reliquias, necesitábanse incensarios.

Además, en las comunidades de buddistas, para llamar á los fieles adoptaron pronto el uso de las campanas de metal de grande tamaño, y el de largas sargas de perlas, para el más cómodo ejercicio de las oraciones. El principio de los brahmines, que continuó entre los buddistas, de vencer la lujuria por medio de penas corporales, produjo un sinnúmero de instrumentos de tortura. Camas con puntas, azotes, cadenas, hierros con nudos eran más crueles aun en parte, que los castigos impuestos por la ley á los culpables.

LA CHINA

Este último eslabon en la cadena de los países civilizados del Asia, apenas era conocido por su nombre. Tampoco los griegos y romanos tenian noticia acerca de los chinos; refieren que en el extremo nordeste de la tierra habia un país llamado Siná y un pueblo que lo habitaba, llamado Seros, y que, por medio de señas, sacábanse de allí las telas de seda. Por falta de más noticias y por los relatos fantásticos de los mercaderes, hasta en tiempos relativamente modernos, imaginábanse cosas fabulosas acerca de dicha nacion. Faltan testimonios de una embajada enviada á China por Marco Aurelio, en el año 166 despues de Cristo. El geógrafo griego Tolomeo, en el siglo II de nuestra era, hablaba de varios pueblos que habitaban la Serica, conocidos como ricos mercaderes de seda, comerciantes, talladores de piedra, plateros y joyeros habilísimos.

Pocas noticias ha dejado ese autor sobre el país de Siná, pero otro escrito más antiguo describe el pueblo de Sesata que prueba su origen mongólico. Dice: «Cierta nacion, parecida á los pueblos salvajes, cuyos individuos son pequeños, con frente ancha y nariz chata viene anualmente; muchos hombres, mujeres y niños, en la frontera de Siná. Se llama Sesata. Traen consigo unos grandes bultos en cestas formadas de cañas y hojas. Permanecen en la frontera, se hacen las camas con los bultos citados y celebran dias de fiesta. Luego vuelven al interior de su patria.»

El sistema chino de rehusar toda clase de relaciones con otros pueblos, contribuyó esencialmente á guardar ese pueblo de cualquier influencia extranjera. En los tiempos modernos, solamente fué posible penetrar en aquel vasto imperio (rodeado desde el año 214 antes de Cristo por la célebre muralla, de la cual ha hecho mencion Amiano), y se adquirieron noticias más detalladas acerca las condiciones de la cultura china.

La historia de los chinos empieza con el célebre filósofo y maestro de moral Confucio, á mediados del siglo VI antes de Cristo. Entre los muchos escritos que verdaderamente dejó, ó que se le atribuyen, descuella el «Schuking,» coleccion de antiguas tradiciones arreglada históricamente. Considerando las máximas de este autor acerca la vida terrenal y la inmortal, se deduce fácilmente que la cultura de los chinos estaba á grande altura ya en tiempo antiguo, y más aun de lo que lo está al presente.

El imperio estaba dividido en nueve provincias, y producía oro, plata, hierro, estaño, cobre, piedras preciosas, perlas, concha, seda, algodón, cáñamo, madera de varias clases, muchísimas plantas y muchas especies de animales, lo que producía una industria extraordinaria.

Los tributos de los isleños consistían en pieles y prendas de vestir. El áspero clima del país en las regiones septentrionales, los hielos, las abundantes nieves, el cambio repentino de grande calor á un frio excesivo, al cual están expuestas tambien las regiones del Sur, debían ejercer grande influencia en el traje nacional.

Las muchas prendas, hechas á manera de batas, chalecos y chaquetas, de las que se visten todavía los chinos de la época actual de ambos sexos, eran para ellos necesarios en los más remotos tiempos.

Los chinos son prácticos; su objeto es siempre la utilidad material; no tienen afición ni están dispuestos para las verdaderas bellas artes. Contemplando siempre las formas ofrecidas por el reino animal y el vegetal de su patria, y hasta aquellas de los productos de las montañas en el interior del país, se formaron un gusto original, muy diferente de la belleza estética.

Aunque sepan emplear con suma habilidad cualquier materia, nunca, ni en sus edificios, ni en sus muebles se extralimitó la perfección puramente técnica. Entró el buddismo en la China (246-210 antes de Cristo) y parece que desde entonces haya tenido allí alguna influencia el arte indio. Sin embargo, no remontan más allá de la Edad media del Cristianismo los edificios en los cuales se reconoce esa influencia.

La torre de porcelana, que mide 200 piés, en Nanking, fué construida entre 1412 y 1431 de la Era cristiana. En ella no hay más arquitectura china antigua que por lo referente al conjunto y efecto general; lo mismo se puede decir de las llamadas Pá-lu, ó sea puertas del recuerdo.

Al contrario las tumbas, que se parecen á unos islotes cónicos erigidos sobre guirnaldas de piedra, presentan, sin la menor duda, todavía la primitiva forma de los fúnebres monumentos chinos.

FIN DEL TOMO PRIMERO

MNAC
Biblioteca General d'Història de l'Art



1200037775

Reserva 4^o 438

745

R. 1.238

